



LA PINTURA VÍTREA EN FRANCIA



E cuantas artes decorativas puede echar mano el arquitecto para adornar los templos, los palacios y las viviendas particulares que levanta, ninguna debe merecerle mayor atención que la pintura sobre vidrio, por su belleza intrínseca y por los recursos artísticos con que le brinda.

Todo espíritu culto ha juzgado cien veces el efecto maravilloso que produce la luz al quebrarse en los vidrios de colores que cierran los vanos de las iglesias, luciendo «como prados vestidos de primaverales flores,» según la expresión de Prudencio. Al penetrar en la oscuridad relativa de las naves y cruceros, descansa la vista de la crudeza del claror de la calle, y ya serena, siente el invencible atractivo de la claridad que baja de la altura, matizando los muros y columnas con reflejos luminosos de piedras preciosas. Y ya encuentre los admirables mosaicos orientales, las inteligentes combinaciones de tonos y las geométricas figuras del estilo bizantino que oponen á los rayos solares una á modo de traslúcida alfombra; ya los graves personajes y la rica ornamentación del estilo ojival, ya las incomparables obras del Renacimiento, la armonía del conjunto la seduce; aquellos vidrios que parecen abrirse sobre desconocidas é ideales regiones, conmueven artísticamente aun antes de estudiar sus detalles, y por los ojos se

meten hasta el alma introduciendo en ella el dulce bienestar de la quietud beatífica ó la plenitud de íntimo goce originario de la hermosura.

¿Conocían los frailes, que sabían tanto, las influencias morales que la ciencia moderna ha concedido á ciertos colores? Tal vez no lo supiesen científicamente, pero tal vez sí, por esa positiva intuición artística que brota en los cerebros privilegiados, los ilumina y les concede el dón supremo de adivinación. Lo tuvieron algunos para explorar sagazmente y con amable discreción los pechos más cerrados á la simpatía; para dar en ellos con la solución de continuidad que dejase paso á sus miradas; para hablar á la criatura turbada por la duda ó azorada por el remordimiento el lenguaje que en exclusivo le convenía escuchar, vertiendo en los llagados corazones el invencible bálsamo de la cariñosa piedad. No es, por lo tanto, aventurado suponer que los monjes que encargaron y ejecutaron las primitivas vidrieras tuviesen presente, amén de la idea de exornación monumental más acabada que se conoce, el efecto moral que señalado queda, y es incontestable aun para los espíritus más despreocupados.

No es menos comprensible la necesidad de los vidrios pintados en los palacios de los poderosos, en las moradas de los que se llaman con Renán aristócratas de la inteligencia, y hasta en las casas de la clase media que, cada vez más instruída y refinada, comprende la belleza ó la desea inconscientemente, sin comprenderla, como respira el aire aunque ignore sus componentes. Al decir *necesidad*, entiéndase no sólo la de recrear la vista, si bien ya es mucha su importancia, pues bueno es repetirlo, no existe influencia más moralizadora que la del arte, piensen y digan lo que quieran sus enemigos; entiéndase también necesidad material, si se aceptan, como es forzoso, las tendencias de la civilización que alcanzamos. Innegable parece que el nivel intelectual es hoy superior al de nuestros mayores; por más que en la masa popular reinen ideas erróneas en materia de lujo, que tome el oropel por oro fino y prefiera tal vez una cromolitografía á un lienzo al óleo, es una verdad que el buen gusto ha ensanchado sus fronteras, que se le encuentra más á menudo y hasta entre la simple

burguesía, si no del todo puro, alterado por el ansia pueril de figurar, distintivo de todo advenedizo. Lo ha fomentado la riqueza y su natural consecuencia, el bienestar; la generalización de la cultura pública; la herencia legada por las anteriores civilizaciones y la crítica, madre de la admiración por todos los trabajos notables de las edades pasadas. Sin abandonar la impetuosa corriente de *modernismo*, pues no se abandona fácilmente la propia originalidad, la sociedad contemporánea está prendada de lo antiguo; bronces, mármoles, tapices, muebles, todo es antiguo ó imitación de ello, y el mueblaje suntuoso del Renacimiento reclamaba imperiosamente los vidrios de colores en lugar de la fría y antipática lisura del inelegante vidrio ordinario.

Tan claro está lo irresistible de esa tendencia, que la industria artística de la pintura vítrea, después de parecer muerta y para siempre enterrada, florece ahora en Francia con incremento tal que se cuentan quinientos talleres con unos cinco mil operarios, dibujantes, pintores, cortadores, etc.; en menos de diez lustros ha conseguido grado máximo de prosperidad y posee artistas primorosos y geniales que, respetando los moldes antiguos, pero animados de espíritu creador, avanzan por nuevas sendas llenos de fé y entusiasmo con el éxito á su lado. Forma en primera línea M. Carlos Champigneulle, que dirige la ANTIGUA CASA COFFETIER,—hoy CH. CHAMPIGNEULLE FILS DE PARÍS ET C.^{ie},—y por su talento, su juventud y su osadía de innovador merece ser conocido de cuantos se interesan por este arte antiquísimo.

Es en efecto de los más antiguos. Dejando á un lado el hallazgo de la formación del vidrio atribuído por Plinio á los fenicios y que debió de ser simultáneo en varios pueblos, está probado que desde tiempos remotos se conocía la manera de colorear la masa del vidrio. La columna que, según Herodoto, adornaba el templo de Hércules en Tiro y estaba tallada en una esmeralda, el cetro de Sesostris formado de otra esmeralda de algunos codos de longitud, ¿qué podían ser en realidad sino trozos de esmalte hábilmente fundidos? La criatura humana es por esencia imitadora, se complace en la reproducción de la naturaleza, y los pueblos hijos del sol que viven en la luz

y de ella parecen nutrirse, se fijan de preferencia en lo más brillante y luminoso. Se comprende pues que, como lo cuenta Diodoro de Sicilia, los vidrieros tebanos poseyesen un secreto para imitar el jacinto, el zafiro, la esmeralda, el rubí y el topacio. Que los romanos adoptaron rápidamente el uso del vidrio se sabe por la descripción del teatro que mandó fabricar Marco Escauro, ya que de vidrio eran las columnas que sostenían el anfiteatro; también se sabe que se empleó para cubrir los huecos y claraboyas, y aunque no queden vestigios que permitan afirmar fuese vidrio coloreado, parece ser probable, habiendo existido mucho tiempo antes en todas las regiones asiáticas y contándose el arte del vidriero entre las suntuarias. Sea de ello lo que fuere, la primera manifestación incontestable de las vidrieras de colores se dió en la portentosa Santa Sofía, de Constantinopla, reedificada por Justiniano.

En las Galias, que más particularmente han de ocuparnos, las vidrieras existían en las iglesias desde el siglo VI; pero la emplomadura data sólo del siglo XI, juzgando por el modelo de la época que figura en la iglesia de Vendôme. Grande debió de ser la fabricación entonces, y rápidos los adelantos, pues sin dejar las vidrieras de mosaicos compuestas de trozos de vidrios coloreados en la masa, se inauguró la verdadera pintura vítrea, ejecutada con el pincel sobre el vidrio, con colores vitrificables cocidos al fuego. No cabe duda alguna sobre todo esto; el Monge Teófilo habla de esta pintura en su sabroso *Diversarium artium Schedula*, como de una industria muy antigua. Hace más; describe con exactitud y minuciosidad las primeras materias, la fabricación del vidrio, las recetas químicas para obtener los colores, las operaciones sucesivas, desde el dibujo, obra del artista, hasta la colocación en los vanos por los albañiles, sin olvidar cuantos utensilios y herramientas se emplean en la parte mecánica del oficio, de tal modo, que, aún hoy, es el más acabado manual de pintor sobre vidrio. Además, en el siglo XII, las obras ofrecen tal perfección, tanta hermosura, que es forzoso admitir las lecciones de una larga experiencia, conociendo las complicadas manipulaciones de esta industria.

Su inmenso desarrollo lo está también probando. Con las

vidrieras ejecutadas en esta época se podrían cubrir lienzos de pared de muchísimos kilómetros; una sola ventana de la iglesia de Chartres mide doscientos cincuenta metros cuadrados de superficie, y no es la única ni la mayor. Los admirables vidrios de la Santa Capilla, tal vez los más hermosos del mundo, á pesar de ciertas incorrecciones de ejecución, se fabricaron en dos años. Se cortaba, á la sazón, el vidrio de larga y cansada manera; mojaba el obrero la parte del corte con un pincel mojado en goma; apoyaba luego á lo largo de la trazada línea una punta de acero, luego un hierro candente, y, en fin, se golpeaba con el grujidor hasta dividir las dos partes. Hoy corta el diamante en un minuto lo que antes exigía doce. Igual ventaja respecto del plomo, que tiraban á mano, con el cepillo, mientras hoy lo hace mecánicamente la hilera. A pesar de estas ventajas, para fabricar los vidrios de la Santa Capilla, un taller de cien operarios que no se ocupase de otra materia, emplearía ahora diez años; el cálculo aproximativo será, pues, que más de quinientos obreros, y obreros peritos en su oficio, trabajaron exclusivamente durante dos años en esa obra monumental.

Dicho queda que existían las vidrieras en Francia en el siglo VI. Arte nuevo, permaneció algo estacionario hasta que las Cruzadas le trajeron de Oriente el secreto de la luz, la riqueza del color, y llegó á su apogeo en los siglos XII y XIII. Las bellezas contenidas en San Dionisio, en Bourges, Chartres, Strasburgo y Metz lo dicen claramente. Es la edad bizantina. En el siglo XIV se dulcifica la forma y el dibujo; desaparece la rigidez de las figuras modeladas con ciencia; cambian los motivos ornamentales; busca el artista la perspectiva que desconocían sus predecesores; fábricanse vidrios de mayor tamaño para conseguir mayor caudal de luz; ocúltanse los plomos en los pliegues de las vestiduras, en las sombras; descubre Juan de Brujas las propiedades de la plata que da al fuego inimitable tono amarillo, y permite la primera aplicación de la graciosa pintura grisalla y oro; pero la brillantez de los colores ha disminuído, el vidrio resulta frío, y lo mismo se mantiene en el siglo XV que cierra la segunda edad, la ojival. Con el siglo XVI amanece el Renacimiento, la época de transición

que crea obras nuevas, que revivifica las artes todas, la escultura, la arquitectura, la pintura. Los pintores sobre vidrio del siglo de Miguel Ángel son numerosos y excelentes: Maese Claudio y Guillaume, de Marsella, que ejecutan las vidrieras de la capilla del Vaticano por los cartones de Rafael; Juan de Molles, de Gascuña, autor de los vidrios de la catedral de Auch; Roberto y Nicolás Pinaigrier, que adornaron las iglesias de San Hilario, en Chartres, San Gervasio y San Esteban del Monte, en París; Juan Cousín, Valentín Bouch, y el adorable Bernardo de Palissy. En este siglo, la pintura vítrea no puede compararse á la del siglo XIII. Los vidrios pierden el deslumbrador fulgor de los antiguos, respondiendo á la aspiración del momento, que es el desprecio de la convención y del claro-oscuro, la introducción de la verdad, del aire libre. En el siglo XIII, la pintura vítrea es todo color y plomo; en el XVI, todo dibujo y esmalte, aplicación forzosa de los descubrimientos de Palissy. Tienen las dos defectos y bellezas. El que sólo juzga con su gusto y porque sí, podrá preferir la una ó la otra; el crítico sincero que estudie sin idea preconcebida, y considere antes que nada las tendencias de las dos épocas, comprenderá y admirará las dos sin restricciones, pues sería locura exigir á los divinos maestros del Renacimiento lo que encanta en los sencillos dibujantes y poderosos coloristas de sus abuelos del siglo XIII.

Continúa la marcha en el XVII á causa de la fuerza de propulsión, y aún lucen los Pinaigrier, los Jaimes de Paroy y los Juan de Nogaret; pero es un sol de otoño; ha sido muy intensa la vida en el siglo anterior para que no le siga un período de saludable descanso, y, la reducción del número de pintores, lo raro de los pedidos, la precaria situación de los talleres que se cierran poco á poco, todo suena la hora de la decadencia, el trámite de la muerte... aparente, que nada muere. Sujetas están, por desgracia, á la moda todas las artes industriales; las que pueden renovarse siguiendo la corriente, subsisten; las que no, perecen, hasta que un hombre las resucita, las limpia del polvo del olvido, las ofrece á los ojos atónitos de su generación y provoca nueva época de vitalidad y triunfos. En el siglo XVIII los vidrieros habían progresado mucho; los vi-

drios tersos y brillantes que presentaban el atractivo de la novedad, merecieron los favores de la sociedad más inconstante y caprichosa que jamás se vió; las vidrieras de colores fueron reemplazadas, y completamente relegado á la tumba el arte de la pintura vítrea que cultivó en último lugar, dejándonos una interesante historia de ella Pedro Le Vieil.

El abandono fué absoluto; no quedó nada, ni un solo pintor que trabajase para algún raro aficionado; la Revolución era más amiga de romper vidrios que de pintarlos, y tan olvidado yacía este arte que, cuando hacia el tercio de nuestro siglo se pensó en reanudar la deslabonada cadena, como quiera que la manufactura de Sevres fracasase en sus tentativas, se escribió y se hizo tradicional que se habían perdido para siempre los secretos de los antiguos. Era una solemne simpleza; los secretos dormían en la biblioteca, esperando muy cómodamente en las páginas de las obras de Le Vieil y del Monge Teófilo, que fuesen á hacerles preguntas para responder. En efecto, salvo el corte del vidrio y el tirado del plomo, todos los detalles de la fabricación son hoy los mismos, y no será supérfluo apuntarlos, pues aún se figuran muchos que una vidriera es obra de un solo y único artista.

La primera riqueza de un taller estriba en un grupo escogido de dibujantes y pintores especiales que conozcan á fondo el género de pintura que han de realizar, la cual se estudiará más adelante. Cuando el encargado de pintar una vidriera posee las dimensiones y el diseño del vano que va á cubrir, ejecuta un bosquejo reducido del asunto, que se somete al comprador, y una vez aprobado, dibuja un cartón del verdadero tamaño, y mancha los diferentes trozos con los colores que han de lucir. Es la parte artística, la más difícil, la más cara, pues el precio de los cartones puede ser excesivo, según su trabajo y proporciones. Se colocan entonces los vidrios en un bastidor provisional, y obreros especiales copian servilmente los cartones, dibujando con negro las figuras, aprovechando de los colores en la masa ó aplicándolos sobre el vidrio blanco. Viene á seguida la cocción, que se efectúa en un horno de tierra refractaria, provisto de camas de hierro que cubren capas de yeso, sobre las que se tienden los trozos de

vidrio. Como es indispensable que el vidrio llegue á la semi-fusión, para que la pintura se vitrifique, parecería natural que hubiese muchas pérdidas y destrozos. No es así. Se coloca delante de uno de los ojos del horno una lámina de vidrio recta encima de un pedacito de ladrillo, y cuando el obrero encargado de la cocción ve que las dos puntas de esa lámina se han torcido hacia abajo y descansan sobre la capa de yeso, es señal de que ha comenzado la fusión y ha llegado el momento de dejar enfriar.

El recorte de los vidrios es fácil aunque laborioso; se comienza por cortar retazos de papel acartonado, del tamaño exacto de cada trozo, siguiendo las líneas de plomo indicadas en los cartones por rayas negras; fíjanse estos modelos encima del vidrio, que se corta continuando el trazado exterior del papel. Se tallan á veces pedazos tan exíguos, en especial para los mosaicos, que apenas si pueden sostenerse entre los dedos, y para dar idea, yo que no tengo la mano grande, he podido tener, en la palma abierta, doscientos treinta y dos pedacitos destinados á la orla de una sola vidriera. Fácil es colegir, esto sabido, la minuciosidad y paciencia que han de tener los operarios á quienes se confía tan ingrata y cansada tarea.

Cortados, pintados y cocidos los vidrios, se colocan los trozos encima del cartón dibujado, reproduciendo el dibujo, y cuando es grande una vidriera, no es menuda tarea buscar y rebuscar los fragmentos requeridos entre los centenares que cubren la mesa. Se procede á seguida á la emplomadura, más penosa cuanto más pequeños son los vidrios que se han de emplomar, y concluído el emplomado, se van soldando todos los puntos de intersección para darles la necesaria solidez. Todas estas operaciones, que parecen sencillísimas y que con tanta brevedad se describen, son difíciles, delicadas, largas sobre todo. Representan el producto de muchas manos que obedecen á una sola cabeza: la del artista.

Lo primero que ha de considerar éste es el lugar que va á ocupar su proyectada obra, sus dimensiones en largo y ancho, la altura á que se ha de colocar, la distancia á la que se verá. Existen cabezas durísimas por estar formadas las facciones con los plomos que sujetan los vidrios que, vistas desde lejos

y de abajo arriba, se muestran suaves, sin que se distinga un solo plomo. Por el contrario, hay detalles graciosos y finos que se admiran á la distancia de dos varas, y desaparecerían por completo á la de diez. Tan de atender es esto que, la falta de aspecto monumental y aun el en cierto modo apagado color de las vidrieras del siglo XVI, vienen del poco tacto con que fueron colocadas. Además, como en el vidrio los colores participan de la luz que los atraviesa, lucen con tanta brillantez, que la menor partícula de color adquiere, por radiación, prodigiosa importancia. No alcanza valor un tono, sino por la oposición de otro; un azul claro al lado de un verde amarillo, se torna color turquesa; un rojo parece anaranjado junto al amarillo paja, y violado cerca de un azul, etc. Consiste, pues, el talento, en no yuxtaponer dos tonos iguales, y en aprovecharse de las variedades tonales. Es uno de los méritos que se reconoce á los frailes del siglo XIII, y que tampoco se ha perdido.

La paleta del pintor en vidrios es de todo punto completa. En pos del amarillo de plata descubierto en el siglo XIV, como se apuntó, de los tonos carne que se deben al siglo XV, y de los numerosos hallazgos de Palissy y los *ceramistas*, no se ha encontrado ningún nuevo color, ni hace falta, pues sin contar los esmaltes de aplicación, azules, amarillos, verdes, violetas y púrpuras que, por gradación, dan hasta veinte matices de un mismo tono, se posee el oro, la plata y demás sustancias metálicas, que se cuecen y permanecen en estado de metal. El pintor disfruta ahora de la experiencia de sus predecesores, y cuenta con un auxiliar poderoso que faltaba á aquéllos: la química moderna.

Un ejemplo servirá para probarlo. El arquitecto de Nuestra Señora de París, en 1844, M. Lassus, declaraba que la coloración de todos los vidrios expuestos carecía de potencia, y no oponía la más mínima resistencia á la acción de los rayos luminosos. Era grave el defecto, pues si bien es indispensable que no se vea al través de una vidriera, la luz ha de ser atenuada por sombras relativas, hay que amortiguar la transparencia del vidrio sin oscurecerlo. Esta imperfección provenía de la perfección del vidrio moderno, de su homogeneidad, y se re-

medió fácilmente fabricando vidrios estriados ó granulados que presentaban curvas desiguales á la luz, y descubriendo lo que, en términos del oficio, se llama *salissure* en francés. ¿Tenían los vidrios antiguos en el momento de su colocación, el aspecto que hoy ofrecen? No han faltado plumas que lo han sostenido, aunque no sea aceptable la afirmativa, y se comprende. Todas las materias que componen una vidriera están sujetas á los daños de la intemperie; por lo general está expuesta á la lluvia, de continuo á la influencia higrométrica del aire; la ataca el ácido fluorhídrico, disuelto lentamente por el óxido de hidrógeno, y esto da en el espacio de seiscientos ó setecientos años que nos separan del momento de la fabricación, un tono singular, el polvo de los siglos. Parecía imposible que se pudiera conseguir artificialmente lo que la patina, ese grandísimo é inconsciente factor de hermosura ejecuta naturalmente, y hace que aparezcan los vidrios como vistos al través de una película de oro. Parecía imposible, y sin embargo se ha conseguido. El infatigable artista Coffetier, los pintores Steinheil, Gérente, Didrón y Oudinot, han restaurado vidrieras antiguas en Nuestra Señora, en la Santa Capilla, en Bourges, Amiens, Chartres y Vincennes, y el ojo más hábil y ejercitado es incapaz de distinguir los pedazos nuevos de los antiguos. No es tan solo favorable el descubrimiento para las restauraciones, sino para las composiciones modernas, que resultan más armoniosas, y sin disputa más bellas.

Cuando se inauguró la nueva época de la pintura vítrea, allá por los años de 1840, el movimiento de reacción fué tan rápido como largo el olvido en que naturalmente se tuvo durante las sacudidas de la Revolución y las guerras napoleónicas. Puede apreciarse la intensidad de esa reacción recorriendo la lista sumaria de obras sobre el asunto publicadas en esos años, que irán apuntadas al final para los que deseen conocer más á fondo y en todos sus detalles esta materia. En 1846, Coffetier abrió animosamente un taller, que en breve llegaba á la maestría indicada en la restauración de los vidrios antiguos, y poseía vida propia. Un grupo de inteligencias escogidas entraba en la nueva industria y se ensayaba en la imitación de los modelos del siglo XIII, con éxito feliz. Pero

como en todo arte que nace, ó renace, se necesitaba un hombre de genio que le infundiese la nueva sangre de su inspiración, y ya que está probado que los hombres no faltan nunca, no podía dejar de venir. Vino, con efecto, y se llamó Lorenzo Carlos Maréchal.

Nacido en Metz, de pobre familia, aprendió el oficio de guarnicionero; pero impulsado por su vocación pasó á París, consiguió entrar en el taller de Regnault, y á su regreso al país natal, en 1825, expuso su cuadro de *Job*, que le valió una medalla de plata. De alma sensible, entusiasta é inquieta, tan brillante colorista como si hubiera nacido en Oriente, cansado de la pintura sobre lienzo se dedicó al pastel, logrando, dice M. About con plena justicia, darle el realce y la potencia del óleo. No satisfecho quiso pintar sobre vidrio, y desdeñando las copias y restauraciones, tuvo la audacia de crear vidrieras nuevas, produciendo obras tan notables como *Herodías*, *Santas Valeria y Clotilde*, la *Apoteosis de Santa Catalina*, *Masacricio niño*, y su pasmoso *Viejo Hoffe de Pfeifer*. Fué Maréchal muy absoluto, como todo innovador; no tuvo siempre presente que la obra ha de calcularse según el medio, pero es realmente un artista de genio y el maestro de todos los modernos. Su discípulo más directo, ó por mejor decir, su continuador en cuanto al ingenio, la fe y el entusiasmo artísticos, que como él es creador y abandona airoso y atrevido los antiguos moldes, es Carlos Champigneulle, que forma á la cabeza de los pintores actuales como jefe consagrado por la crítica, y representa el porvenir de la pintura vítrea.

Premiado en todas las exposiciones con las recompensas capitales, el taller que dirige M. Champigneulle ha ejecutado sin número de obras. En Nuestra Señora y San Eustaquio; en las catedrales de Chartres, Bayeux, Toul, Reims, Carcasona y Bayona; en más de cincuenta iglesias, las de Athis, Patay, Quintenie, Granville, Ferrières, Clissón, Lyon, Caen, Lagny, Laval, San Rafael, Jersey, Buenos Aires, etc.; en los Museos de Ginebra, de Haarlem y de Delft, con otros que molesto fuera mencionar, pueden verse los trabajos de esta casa que, como imitación de los antiguos rivalizan con ellos. Pero Monsieur Champigneulle no se ha concretado á la imitación ni á la

fabricación para grandes edificios, ha creado la vidriera para casa particular, ideando una pintura nueva, y éste es su verdadero título al aplauso de la crítica y del público.

Considera este pintor, que es también un escultor de mérito, que la vidriera ha de ser clara, transparente, inundada de sol; sostiene además que si la pintura de tintas lisas con plomos que mantengan cada trozo de color, formando mosaico, conviene para las catedrales y palacios, no está en su lugar en las habitaciones modernas, y que de igual manera,—salvo detalles de ejecución,—se puede y se debe pintar sobre el vidrio que sobre el lienzo. Esta pretensión ha tenido detractores sistemáticos y uno de ellos era el célebre Viollet Le-Duc, que no sin razón mantenía no era posible. Pero los hechos no admiten réplica, y el ilustre arquitecto cambiaría hoy de parecer, como he cambiado yo que compartía su opinión, ante el esfuerzo de M. Champigneulle, coronado por el éxito. Era imposible antes de él, es posible con él.

Sus obras, ya crecidas, lo atestiguan. La vidriera ejecutada para el *Figaro* y es una hermosa alegoría de la *Crítica* sobre vidrio transparente para exornar sin oscurecer, que es el problema; las que pertenecen á M. Alberto Millaud, pintadas también sobre vidrio blanco, una *Fragmentos de arabescos*, otra de incomparable belleza, el *Triunfo de Minerva*; la grisalla que posee Mad. Judic, la graciosa *Fuente de Amor*; una *cortina japonesa* de inimitable delicadeza, en casa de M. J-G. Dumas; la *Hija de Jésté sale al encuentro de su padre*, en el hotel de M. Spielman; la copia de una piedra tumbal, el *Príncipe de Solz*, en casa del grabador Gillot, y otras muchas que al correr de la pluma no recuerdo, prueban que sí es posible pintar sobre vidrio blanco con relieve, obteniendo un fondo sin exagerar las sombras, dando á la habitación más luz y no es andaluzada—que si existieran vidrios sencillos.

Dos calidades superiores resaltan en todas estas obras: la intachable pureza del dibujo y la más sentida comprensión del colorido. Uniendo á esto la maestría de composición, el exquisito gusto en el arreglo de las orlas, la marcada originalidad en los motivos ornamentales, la imaginación caprichosa para la elección de asuntos, y, respecto de la parte mecánica,

una ejecución tan perfecta como desearse pueda; cada vidriera que este personalísimo artista nos convida á ver, es placer nuevo y nuevo triunfo. Tales son los motivos que le hacen acreedor á ser universalmente conocido y me llevan á manifestarle sinceramente mi admiración.

Para formar idea del gusto de M. Champigneulle, describiré la última vidriera que ha pintado, para una antesala de entresuelo, y cubre una ventana casi cuadrada, de cerca de dos metros, dividida en nueve cristales. Está toda ella concebida en tono menor, y el centro se compone de vidrios blancos estriados, en los que los plomos trazan cuadros prolongados. En la parte baja, en el cristal de la derecha, encerradas en un círculo amarillo, ondean las azuladas y espumosas aguas de un mar tranquilo y por ellas colea un delfin coronado, con ligero movimiento. Por este lado se alza una hoja retorcida de rosa subido, que en el espacio de cuatro dedos tiene cuatro gradaciones de tono. Se desliza por el cristal de enmedio como un hilo de agua verdosa sostenido por un violado, y en ella serpentea una culebra con el lomo arqueado, resbalando la achatada cabeza. En el cristal de la izquierda, sobre una quebradura del terreno, de tono salmón, un gallo la mira fijamente, con el espanto en los ojos, el pico abierto y temblorosa la fina lengua. Es un animal adorable; la posición, la expresión, todo es verdad; de tonos amarillentos y negros, la erizada pluma está soplada, y un cuerpo palpita debajo de la pluma, y un esqueleto se ensancha debajo de las carnes. Y el efecto es tal, que no se pierde la ilusión de la verdad, ni vista á dos pasos la pintura, calculada de exprofeso para ser vista de cerca.

Forman la orla de la derecha una mata de lirios y en lo alto una hoja de acanto violada, y una rama verde sobre la blancura del vidrio, tan magistralmente pintada que parece factible cogerla y plegarla hacia adelante. Por la izquierda dominan en los dibujos de la orla el azul y el salmón mezclado con el verde y en el último cristal se desarrolla una á manera de cartela de un luminoso amarillo de oro en el que abren sus pálidos y dulces pétalos las flores rosas de un ramillete entre verdes y acuchilladas hojas. Limitan la cartela,

por la derecha, un tono rosa con dos guisantes verdes, dos esmeraldas; por debajo, entre dos horizontales negras, doce topacios. El efecto general es delicioso. Sosiega la vista y el ánimo, sin que exista un tono que particularmente los distraiga, y do quiera van los ojos hallan una representación pasmosa del natural ó una caprichosa elegancia de curvas que encanta; y cuanto más se mira más seduce la riqueza de detalles y más se va comprendiendo la impresión general por el arte infinito con que los colores están casados. Es una hermosa obra y de nuevo felicito á M. Champigneulle.

La afición á las vidrieras de colores es grande, y lo será más aún, cuando llegue á comprender la clase rica toda ella —y en España parece comprenderlo, pues M. Champigneulle ha firmado bastantes obras para nuestra patria,—que las dos razones que opone al uso de las vidrieras no son más que sinrazones. Es la primera el precio, relativamente elevado, porque dicen que, al fin y al cabo, no son más que vidrios. Tanto vale decir que, al fin y al cabo, los *Borrachos*, de Velázquez, no son más que lienzo. Tan ínfimo es el valor del lienzo, como el del vidrio, pero sobre esa primera materia existe una figura ó un animal, ó conjunto de ellos, y los ha pintado la mano de un artista, y es más vulgar que el vulgo, que la obra artística no tiene precio, no vale nada y es impagable. Tampoco se calcula que, cuando se ejecuta una vidriera, no existe más que un ejemplar de ella, y su dueño posee, por lo tanto, una obra única que ni siquiera el grabado puede reproducir, á menos que él lo autorice, y esta exclusividad hay que pagarla.

La segunda razón estriba en la fragilidad del vidrio. Es innegable que, sin contar las causas destructoras anteriormente expuestas, se rompe el vidrio con facilidad, y que de la cantidad de ellos recogida durante la revolución en el «Museo de Monumentos Franceses,» sólo quedan algunos rosetones en San Dionisio y unos cajones llenos de pedazos que una hada no conseguiría clasificar. Pero, como todo es rompible, calculando de este modo, que cierran las puertas las manufacturas de Sevres, de Sajonia y China. La misma fragilidad del vidrio lo hace más precioso, y en suma, no es ma-

teria imposible conservar intacta una vidriera; puede cruzarla un rayo, como á nosotros descalabrarnos una chimenea en día de viento. Tenemos la manía de apetecer para nuestras viviendas objetos eternos, sin pensar que siempre serán, según toda probabilidad, más eternos que nosotros. Y si tan sólo viven nuestra vida, ¿no es acaso bastante? ¿Debemos renunciar al goce de una obra de arte bajo pretexto de que puede romperse?...

Niñerías son estas que no merecerían examinarse si no fuesen más ordinarias de lo que se cree. La verdad neta es que el arte de la pintura sobre vidrio es de las más hermosas, que su desarrollo es considerable en Francia, que cuenta con artistas de talento, uno de ellos creador eminente, y que la única razón de sér de la riqueza está en fomentar el arte.

LEOPOLDO GARCÍA-RAMÓN.

BIBLIOGRAFÍA.—*Essai sur le peinture en mosaïque*, por Le Vieil, 1768, en 12.º

Diversarium artium schedula, por el Monje Teófilo, 1843, en 4.º París. 1847, en 8.º, Londres.

Essai historique et descriptif sur le peinture sur verre, por Langlois, 1832, en 8.º

Histoire de la peinture sur verre d'après ses monuments en France, por de Lasteyrie, 1838, en folio.

Considérations historiques et critiques sur les vitraux anciens et modernes et sur la peinture sur verre, por Thibaud, 1842, en 8.º

Peinture sur verre au XIV.º siècle, par Bontemps, 1845, gr. en 8.º

Histoire de la peinture sur verre en Limousin, por el abate Texier, 1847, gr. en 8.º

Vitraux de la Cathédrale de Tournay, por Deschamps, 1848, en folio.

Verrières du chœur de l'église métropolitaine de Tours, por Marchaud, 1849, en folio.

Histoire de la peinture sur verre en Europe, por Edm. Lévy, 1855, g. en 4.º

Recherches sur le peinture en émail dans l'antiquité et au moyen âge, por J. Labarte, 1856, en 4.º



DON BOSCO

Y LA CARIDAD EN LAS PRISIONES ⁽¹⁾

SEÑORAS Y SEÑORES: Arraigada tengo en mi alma la gratitud que debo al Ateneo, por la deferencia con que ha acogido siempre los modestos trabajos que he tenido la honra de someter á su consideración; y si el Ateneo ha sido tan benévolo conmigo, en ocasiones en que trataba asuntos que podían provocar controversia, ser objeto de crítica y de pareceres encontrados, confío que esa benevolencia no me la negaréis esta noche, que no vengo con propósito de contienda, sino únicamente con el de ofrecer ocasión de honrar la memoria de un grande hombre, y por mi parte cumplir un sagrado deber, diciendo algo de lo mucho que la humanidad debe al ilustre D. Bosco.

Verdaderamente, señores, el mes de Enero del presente año ha sido tristísimo para nuestra hermana la gran nación italiana. El 15 de Enero moría el insigne Francesco Carrara, mantenedor ilustre de la ciencia penal, el autor clásico por excelencia, el iniciador de la fórmula de la tutela jurídica, que se puede decir informa el Derecho penal moderno.

(1) Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el día 12 de Marzo de 1888.

Quien tanto valía, bien merece que desde este sitio, personas mucho más autorizadas que yo, y también desde otras cátedras de Madrid, consagren un recuerdo al escritor profundo, tan popular entre los hombres de ciencia españoles, como lo fué en su tiempo Rossi, y como es y será siempre nuestro inmortal Pacheco.

No voy esta noche á ocupar vuestra atención hablándoos del hombre meramente teórico; pues siendo escritor tan fecundo que pasan de cincuenta las obras debidas á Don Bosco, no es en el terreno puramente especulativo, no es en el de la teoría, en el que voy á tener la honra de presentaros la figura de D. Bosco, porque no es esa la causa que le ha inmortalizado. Es su propaganda maravillosa; es su desinterés, con nada comparable; es su constancia, que supera á toda ponderación; es todo junto, lo que hace de D. Bosco una de las figuras más salientes del siglo XIX.

Fué hombre dedicado á hacer el bien, que á manos llenas repartió por el mundo entero; y no es España la nación que menos debe al ilustre italiano. Por eso, sin que de mi parte haya propósito de censura, porque soy amigo de la prensa y me honra llamarme periodista, no puedo menos de deplorar que la prensa popular madrileña no haya tenido una frase de recuerdo para el hombre que tanto ha hecho por la nación española. Ya sé que coincidió su muerte con un período de febril agitación, en el que la vida política absorbía la atención de todos, y sólo por eso podrá aparecer explicado que los diarios de Madrid á que me he referido, no tuviesen una frase para el gran sacerdote italiano. Tengo la seguridad de que si hoy algunos periodistas me honran con su asistencia, aprovecharán la oportunidad que les ofrezco para remediar el silencio, presentando á la consideración del país lo mucho que valía el que es objeto de mi trabajo esta noche.

Nació D. Juan Bosco el 15 de Agosto de 1815 en el caserío de *i Becchi*, Ayuntamiento de Castelnuovo d'Asti, en Turín.

Podía D. Bosco decir, como Silvio Pellico, que daba gracias á Dios por haber venido al mundo en una posición que, estando tan lejos de la indigencia como de la fortuna, le per-

mitía ver con completa serenidad los verdaderos defectos sociales, sin odio ni envidia para la opulencia, ni desprecio ni olvido para la desgracia. Perteneció á una familia modesta; y al distribuirse los trabajos, teniendo en cuenta la complejión física de D. Bosco, porque era hombre de robustez extraordinaria, un verdadero atleta, su familia le dedicó á las labores del campo. Sin embargo, no era esa su vocación; D. Bosco tenía el propósito de instruirse, y, armonizando los deberes que la familia le imponía con sus deseos de ilustrarse, acudía á la escuela, distante muchos kilómetros de la casa paterna. Dominado por aficiones religiosas, acudía también al templo para oír las predicaciones de los sacerdotes, y las retenía con aquella memoria prodigiosa, que era una de sus facultades características, que conservó siempre, hasta sus últimos instantes; pues recordaba de manera admirable, no sólo la síntesis, los conceptos, sino hasta los detalles más pequeños de las conversaciones que ante él se hubieran suscitado, fenómeno que tuve yo ocasión de comprobarlo personalmente. D. Bosco, llevado por sus aficiones religiosas, ingresó en el célebre Seminario de *Chieri*, donde adquirió relaciones con el eminente teólogo Luis Comollo, de quien conservó siempre recuerdos tan indelebles y gratitud tan viva, que el primer libro que publicó D. Bosco lo dedicó á su venerable maestro de teología.

La enseñanza que recibía, la lectura de libros sacros y el estudio de las vidas de los santos, le llevaron á encontrarse frente á frente de la de San Francisco de Sales, figura admirable, existencia que seduce y cautiva, cuando se ve al gran Obispo de Ginebra luchando contra los protestantes, con aquella oratoria sublime, arrebatadora, con aquella persistencia para conseguir su ideal, sin ceder jamás ante ninguna dificultad. D. Bosco debió ver en San Francisco de Sales una figura, que le indicaba el camino trazado por la Providencia; debió ver en aquel Santo, algo que podía significar un destino que Dios le tenía reservado. Esa afición, ¿por qué no decirlo con su frase propia? esa devoción que D. Bosco tenía hacia San Francisco de Sales, le dominó tanto, que cuando llegó la hora de fundar aquella hermosa congrega-

ción de que más tarde me ocuparé, la dió el nombre de *Salesiana*, en recuerdo del gran Obispo de Ginebra, cuya vida y obras tanto le habían cautivado.

Sale del Seminario, recibida ya la ordenación, é ingresa en el Instituto religioso *il Convitto*, donde perfeccionó sus estudios bajo la dirección del eminente teólogo Caffasso, cuya memoria veneraba mucho D. Bosco, y lo acredita el libro interesantísimo que le dedicó, lleno de unción evangélica y de gratitud que rebosa por todas sus páginas. Allí, como digo, completó su educación, y habiéndosele invitado por el director á que ejerciese su sagrado ministerio en los hospicios, los hospitales, los asilos ó las prisiones, D. Bosco se decidió por las últimas, y cumpliendo su deber, concurrió á las cárceles de Turín. En ellas se manifiesta todo aquel gran corazón, aquella abnegación que inspiró la vida de D. Bosco, no limitada á cumplir su divino ministerio, consolando los desgraciados presos, y aconsejándoles, sino haciendo mucho más. No se contentaba con cumplir un deber meramente externo; analizaba la vida de aquellos hombres, indagaba las causas que los habían conducido á aquella situación, y D. Bosco se encontraba casi siempre con el fenómeno que en las prisiones se produce, cuando se estudia seriamente la población que las llena. El criminal por accidente, el criminal de ocasión, como dice una escuela moderna, es raro, es el caso excepcional; el criminal es casi siempre un hombre que ha tenido mala preparación, que se vió abandonado en su juventud, rodeado de malas compañías, pervertido por ejemplos funestos, y quizás, quizás algún criminal habrá llegado á serlo, teniendo el Poder público, teniendo la sociedad misma toda la responsabilidad de su conducta. D. Bosco, viéndose enfrente de ese problema gravísimo, comprendió, y comprendió bien, que debía combatirse la criminalidad, no sólo por medios represivos, desgraciadamente indispensables, sino que era más provechoso y humano evitar las caídas, y para lograrlo era preciso apartar á la juventud del camino del mal. Veía las calles llenas de jóvenes abandonados, sin albergue ni ocupación, y comprendía que esta ociosidad no podía conducir más que al crimen; vió que los jóvenes perseguidos y

recluidos por la justicia, al salir de la prisión se encontraban otra vez en medio del peligro, solicitados por estímulos que volvían á hacerlos delinquir. El problema hirió su alma de tal suerte que, evocando recuerdos para él queridísimos, comprendió que era urgente satisfacer esta necesidad social, y la acometió solo, animado por una fe santa, inquebrantable, que no le abandonó nunca, y á ella debió sus éxitos colosales. En la lucha emprendida por D. Bosco para realizar su pensamiento, gran fe le sostenía; pero los recursos materiales le faltaban, y, discurrendo la manera de resolver el problema, ocurre un accidente que determinó la solución.

El 8 de Diciembre de 1841 se encontraba D. Bosco en la iglesia de San Francisco de Asís de Turín, preparándose para celebrar el santo sacrificio de la misa. Uno de los sacristanes maltrataba á un niño de conducta deplorable, á quien el servidor de la iglesia había reconvenido por sus atropellos y por sus actos incalificables. Sin duda aquella vez, hartado de tanto sufrir, el sacristán no se limitó ya á reconvenir, sino que maltrató de obra á aquel desgraciado. Don Bosco ve la escena y comprende que el joven es digno de reprensión, pero cree que el sacristán se excede, y sin abandonar sus vestiduras, llama y dice al sacristán:—¿Por qué le maltratas? ¡Si es amigo mío!

El niño se encuentra frente al sacerdote, cuya mansedumbre debió comparar con la ira del sacristán, se siente dominado, cohibido en presencia de aquel sacerdote venerable; y D. Bosco á su vez se halla frente al eterno problema del abandono.

Era un joven desvalido, sin más albergue que las calles, solicitado por la ociosidad y el vicio, que son caminos que conducen á la cárcel. D. Bosco debió pensar en aquel infeliz puesto en su camino para que le redimiese; le recoge y le dice:—Ya tienes un padre que te ampara.—Ese joven se llamaba Bartolomé Garelli, y D. Bosco decía que ese niño fué la primera piedra de su colosal edificio.

Así empezó la obra. Al poco tiempo ya no era Garelli sólo, pues el 5 de Febrero siguiente eran ya 20 los jóvenes y más

tarde 30, los que se agrupaban en su derredor. D. Bosco necesitaba un local para dar sus conferencias dominicales, y de la sacristía de la iglesia de San Francisco de Sales se sirvió. Allí, los días de fiesta, hablaba á sus jóvenes, y, sin olvidarse de lo que la juventud reclama, descendía al nivel de aquellos seres de pocos años, les distraía con sus relatos, y sin violencia les señalaba el sendero de la virtud. Durante la semana, aquel infatigable sacerdote cuidaba de sus niños, de sus *amigos del oratorio*, como él los llamaba, y cuando el domingo quedaban libres, acudían todos á escuchar las conferencias del maestro, mirando con veneración á aquel sacerdote incansable que pasaba toda la semana protegiendo y dignificando á los que el domingo iban á oír su divina palabra.

Así nació en la sacristía de San Francisco de Asis el *Oratorio festivo*, que tomó este nombre porque D. Bosco nunca quiso dar motivo para que se pensara que imbuía en la juventud determinadas creencias ó que sólo educaba jóvenes para el ascetismo ó el monasterio.

Comprendía, como le sucede á todo el que con juicio piensa sobre estos problemas, que el elemento religioso es indispensable para la educación de la juventud, y así se ha entendido siempre, hasta el punto de que en los países donde la libertad de cultos, no ya la tolerancia, sino la libertad de cultos tiene su más completa manifestación, en esos países, en las escuelas de jóvenes y en las casas de corrección, está prohibido que haya promiscuidad de religiones. Hay establecimientos católicos, otros protestantes, alguno judío; pero en ninguno están mezclados los niños que profesan religiones diversas.

La reunión de los jóvenes en el Oratorio empezó á preocupar al Municipio de Turín, á su *Sindaco*, el padre del que después fué Conde de Cavour, á los párrocos mismos, pues á todos sorprendía la obra de aquel hombre, reuniendo aquella juventud á su alrededor. No faltaron envidias y murmuraciones, y las calumnias propaladas tomaron tanto cuerpo, que las Autoridades se creyeron en el caso de investigar lo que de cierto hubiera; pues se había llegado á decir de él

que ejercía sobre los jóvenes coacción y violencia irresistibles. Sobre ello interrogó el padre de Cavour, y D. Bosco respondió:—¡Yo coacción sobre mis jóvenes! Me someto á una prueba que será decisiva: el domingo no vengo al Oratorio; diré que voy al campo (á un campo próximo á Turín, llamado prado *Valdocco*), y ya verá el Alcalde de Turín si mis jóvenes me siguen ó no.—Así se hizo, y ni uno solo de sus amigos faltó al prado á oír sus predicaciones y pasar el domingo al lado del venerable padre. La experiencia no pudo menos de llamar la atención del Sindaco Cavour, quien, rendido á la evidencia, reconoció que había allí algo extraordinario y providencial, muy digno de respeto.

La victoria conseguida por D. Bosco no fué bastante para tranquilizar su espíritu, y aun cuando hombre de combate, la naturaleza no tuvo más remedio que resentirse, acometiéndole terrible enfermedad. Por consejo de los médicos y propio interés se retiró á su pueblo, á aquél modesto caserío *i Becchi*, donde aún existía su madre Margarita, cuyo nombre va unido al de su hijo, y todos los biógrafos la elevan á la altura que se merece. Al calor del hogar, recobra la salud; pero pensaba siempre, y más que nunca, en su propósito, en sus jóvenes, en sus hijos, como él decía, que echarían de menos la presencia de su padre. Apenas restablecido, convaleciente aún, emprende el camino de Turín, acompañado de su santa madre, formando, señores, un grupo sublime, manifestación completa del idilio cristiano. Un modesto sacerdote, que no contaba con más apoyo que su anciana y valetudinaria madre; una madre que veía á su hijo acometer una empresa colosal, sin más amparo que el que nunca falta á las almas grandes, el apoyo de la Providencia. El sublime grupo á su entrada en Turín encuentra al teólogo Vola, y éste asombrado pregunta dónde van; D. Bosco le contesta:—A continuar mi obra.—¿Con qué recursos?—le dice.—Dios proveerá.

En estas condiciones halla modestísimo albergue, y á poco encuentra en la calle un joven abandonado, le recoge, le atiende, y su madre cuida de aquél niño como si fuera hijo suyo, con ese interés que sólo la mujer puede proporcionar

en el hogar. Con Garelli empezó el Oratorio festivo, con este otro joven nace el Hospicio Salesiano; y así fué aumentando su prestigio, un joven, después otro, hasta llegar al año de 1848, cuya fecha todo el mundo sabe lo que influyó en la historia de Italia. Nadie ignora lo que fueron aquellas campañas del Rey Carlos Alberto, que produjeron tantas transformaciones, y aquel movimiento interior, enérgico de la nación italiana para alcanzar su unidad. Cuando el Piamonte, de una manera franca, la Lombardía, de una manera encubierta, y la misma Toscana, aunque los grandes duques la contuviesen, seguían el empuje de una corriente que, por fortuna de ese país, se tradujo después en un hecho práctico; en esos momentos que yo no quiero juzgar ahora, en que Carlos Alberto, abriendo las válvulas de la opinión, dió el edicto amparando la libre manifestación del pensamiento, y afirmó la llamada libertad de cultos, entonces no faltó allí alguien que abusase, haciendo víctima á los católicos; y muchos, en nombre de la libertad, se empeñaron en hacer una víctima de D. Bosco. Causa, señores, verdadera pena ver qué clases de implacables persecuciones, cuánta amenaza de muerte, cuánta alevosa emboscada puso en grave peligro la vida del gran sacerdote. Porque no doblegaba su carácter de acero á lo que se le exigía; porque, comprendiendo los agitadores de aquel movimiento que podría ser auxiliar de gran importancia para su propaganda, le solicitaron en sentido que su conciencia rechazaba, y ante una voluntad resuelta no encontraron cosa más abonada, ni solución mejor que atentar contra la vida de D. Bosco. Por fortuna, la Providencia le salvó siempre de todo, estrellándose las intrigas ante la vida acrisolada del venerable sacerdote, consagrado por entero á cumplir su destino.

Pocos años después de esos sucesos, el hospicio, que con un solo acogido empezó, atrajo las simpatías de la población de Turín; ya hubo quien facilitó local á propósito para ensanchar su esfera de acción, y donativos importantes acudían para proteger huérfanos. La obra santa entraba en verdadero camino de prosperidad, y comprendiendo el fundador que solo era poco para llenar la misión que se había impuesto,

invita, para que concurren á su obra, á sacerdotes inspirados por la misma fe, y cuando los tiene, resuelve crear la congregación para la que redacta un reglamento, y cuando lo tiene todo, acude al venerable Pío IX, que en 1874 aprueba la orden ó instituto de los *Salesianos*.

Ya tiene D. Bosco una congregación fundada por él, inspirada por él, sin más objeto que realizar su objetivo de siempre, única idea, absolutamente la única que dominaba al gran sacerdote de Turín. Su alma grande no podía consentir que sólo la juventud masculina, que sólo los varones obtuviesen los beneficios de la redención; pues si peligros había para los niños, mayores eran, y de calidad más íntima, los que rodeaban á las mujeres. Comprende que hay necesidad de constituir otra asociación y halla auxiliar poderoso en la venerable María Mazarello, cuyo nombre conservará la Historia, y quizá algún día consagrarán los altares, testimonio de admiración para quien sus grandes virtudes la hacen acreedora á la santidad. Auxiliado por esta dama de Turín, constituye D. Bosco, con la aprobación de la Santa Sede, la orden de *Hijas de María Auxiliadora*; señoras que, respecto de las niñas en los asilos, en las prisiones, en las colonias agrícolas, hacen exactamente lo mismo que respecto de los niños practica la Orden Salesiana.

Teniendo D. Bosco una institución para varones y otra para las niñas, comprende que su deber, tal como él se le había impuesto, no le permitía limitar su acción á Italia, que también había jóvenes desvalidos en Francia, y allá van las dos Ordenes; el problema se presenta en Inglaterra, y allá se dirigen; se sabe que en esta nuestra querida España la necesidad se presenta con iguales caracteres, y donde se fija su inteligencia es en Andalucía, donde se advertían ráfagas, verdaderamente alarmantes, de un socialismo no contenido aún. Allí había lo que en el resto de España, si es que existe, no se manifestaba con tal gravedad, y van los salesianos á buscar la dificultad donde se encuentra; van al corazón, á las comarcas donde mayores manifestaciones tenía ese que podemos llamar vicio social, ó gran desgracia, si queréis que emplee una frase más suave. D. Bosco funda

el primer Taller Salesiano de España, en Utrera, y preguntados á los que son vecinos del Asilo, cuánto bien ha recibido la comarca andaluza, y á cuántos hombres ha redimido del vicio y de la perdición la Orden Salesiana.

No se contenta con llevar su institución á Andalucía, pues sabe que hay otra comarca muy laboriosa, que por su mismo trabajo fabril, hablo del territorio catalán, y en especial de la industriosa Barcelona, donde si bien hay grandes manifestaciones del trabajo, hay á la vez peligros muy dignos de consideración, y allá van los Salesianos también. Cerca de Barcelona, en Sarriá, funda otra escuela, que yo he tenido la honra de visitar varias veces, y de los que me oyen muchos hay que conocen el establecimiento y saben cuántos beneficios debe Barcelona á la obra de D. Bosco.

Era tanto su cariño para España que, no hace mucho tiempo, cuando ya sus achaques apenas le permitían moverse, viene á Barcelona, porque decía que no quería morir, sin haber pisado la hospitalaria tierra española. Yo tuve la honra de acudir á la ciudad Condal cuando supe que D. Bosco estaba allí, y muchas personas tuvieron ocasión de ver el espectáculo que ofrecía la villa de Sarriá, por la multitud que de todas partes acudía para saludar al modesto sacerdote, á aquella figura verdaderamente extraordinaria, cuyas bendiciones se solicitaban con religiosa veneración. Eso ocurrió no hace todavía dos años, cuando su salud permitía creer en una existencia que no se extinguiría tan pronto como, por desgracia, sucedió.

Por lo mismo que España debe esos beneficios á la Orden Salesiana, decía al principio de mi discurso, que no me explicaba el silencio de la prensa popular, porque al fin y al cabo no se trata de un hombre que procuró grandes beneficios á la sociedad, reduciéndolos á la patria en que nació, sino que D. Bosco nos los vino á traer, y aquí hemos experimentado sus bondades; y bien merecía que, para no incurrir en la nota de ingratitud, se hubiera dicho algo de lo mucho que D. Bosco se merecía.

No era bastante Europa para su campaña de redención; hay en la América del Sur territorios ocupados por salvajes

en perpetua ignorancia, donde no ha penetrado aún la luz del Evangelio, y á llevarla van los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora. Esta noche hay en el Ateneo personas que en este momento me honran con su atención, funcionarios ligados con la República chilena, que saben cómo se venera allá, en la República Argentina y en Patagonia, la obra de redención acometida por nuestro biografiado.

Vida de tantos esfuerzos, trabajo tan colosal, medio siglo de luchar, tuvieron por desgracia el resultado que hoy nuestro espíritu lamenta. El día 31 de Enero del corriente año anunciaban las campanas del Hospicio Salesiano la gran desgracia ocurrida para la Orden. Aquel día espiró D. Bosco. Es preciso, señores, leer los periódicos de Turín, los de todas las opiniones, para comprender la explosión de entusiasmo, de verdadera veneración, que produjo en Turín la noticia de que el gran sacerdote había fallecido. En la bulliciosa ciudad los negocios se paralizan, las tiendas se cierran, los edificios aparecen con luto, y todo el mundo se dirige á la vía Cottolengo, donde D. Bosco tenía su Asilo, para rezar delante de su cadáver.

Llega el momento del entierro, y no recuerdan los habitantes de Turín, á pesar de tantas manifestaciones populares como allí han tenido lugar, una tan imponente ni tan espontánea como la que proporcionó el entierro de D. Bosco, tanto que uno de los conflictos, una de las grandes dificultades que las autoridades tuvieron que resolver, fué la de ordenar el sinnúmero de personas que querían honrarse con llevar sobre sus hombros el cadáver del primer Salesiano, á cuyo paso las gentes se descubrían, y, como adelantándose al fallo de la Iglesia, decían: «era un santo», palabras con las cuales la multitud afirmaba que aquél hombre había realizado todo lo que en la tierra puede hacerse para lograr la divina inmortalidad.

De tal suerte era popular D. Bosco en toda Italia, y especialmente en Turín, que, si el Ateneo me lo permite, voy á referir un episodio sencillo, que quizás no encaje en el tono general de mi discurso, consagrado á enaltecer y reverenciar la gran figura; pero que me servirá para comprobar la tesis

que sustento. Nadie ignora que D. Manuel Silvela y yo fuimos comisionados por el Gobierno de España para representarle en el Congreso penitenciario reunido en Roma el año 1885. Hicimos nuestro viaje con el propósito de detenernos en Turín, para conocer personalmente á quien por sus cartas podíamos considerar nuestro amigo. Al salir del hotel tomamos un carruaje de alquiler, diciéndole al cochero que nos condujese á la vía Cottolengo, 32, Asilo Salesiano. El cochero nos condujo, en efecto, y al llegar al establecimiento, aún recuerda el Sr. Silvela, y no hace muchos días que de ésto hablábamos, la verdadera incomodidad que el auriga mostró contra nosotros, considerándose poco menos que insultado, porque le habíamos dado las señas. «Bastaba, nos dijo, que me hubieran mandado ir á casa de D. Bosco, que es una gloria de Turín; pues el último vecino sabe donde vive, y donde está la Escuela Salesiana.»

Perdonadme el incidente recordado para probaros de qué manera era apreciada la memoria de este grande hombre en Turín; y así se explican las imponentes manifestaciones de dolor, el día en que por desgracia desapareció de entre los vivos.

Muerto D. Bosco, principia la hora de la justicia; pues, á pesar de todas sus grandes virtudes y de sus servicios incomparables, no ha dejado de tener detractores, que si no tan encarnizados como en sus primeros tiempos, algunos había, rebeldes á la evidencia, que censuraban los propósitos políticos que suponían animaban su conducta, y nada sin embargo tan lejos de la exactitud. D. Bosco era un hombre extraordinario, que tenía tal influencia sobre la juventud, transmitida á todos los dignos sacerdotes y legos que forman la Orden Salesiana, que el fenómeno se reproduce donde quiera que uno de estos establecimientos se encuentra. Ya os he referido, señores, el caso de aquella comprobación presentada al Sindaco de Turín, padre del Conde de Cavour. Después se ha repetido el caso infinitas veces, y siempre se ha visto al gran sacerdote ligado á sus jóvenes por vínculos indestructibles, pero completamente espontáneos, sin la más leve sombra de coacción de ninguna especie. Esto pocos

podrán afirmarlo tanto como D. Manuel Silvela y yo, que fuimos á Turín á invitar á D. Bosco para que viniese á España á regir el establecimiento de educación correccional levantado en Carabanchel, bajo el nombre de *Escuela de Reforma de Santa Rita*. Nuestro propósito era, como digo, que los Salesianos se encargaran de la Escuela, y su fundador, al pedirle su auxilio, le pareció tan simpático el pensamiento, que se decidió; pero cuando le indicábamos que la Escuela tenía carácter correccional, que allí habían de estar reclusos los jóvenes enviados, unos por los tribunales y otros por sus padres, y que, por lo tanto, no podía prescindirse de ejercer natural é indispensable coacción, D. Bosco con gran pena nos dijo entonces: «No puedo: las murallas de mis establecimientos son las calles; de los Institutos Salesianos se va el que quiere, aunque ya sé yo que no se va nadie —añadió el sacerdote.—Ustedes me piden lo que es contrario á lo fundamental de mi regla, lo que se opone á mis propósitos», y con gran sentimiento nuestro no pudimos obtener la cooperación de los Salesianos para la *Escuela de Reforma de Santa Rita*.

Con ese motivo tuvimos ocasión de comprobar cómo el vínculo se había establecido, de qué modo, sin violencia, con el sistema admirable que he tenido la honra de someter á la consideración del Ateneo, aquella juventud espontáneamente sometida á una disciplina en el fondo severa, aunque no incompatible con la bondad, de qué manera, repito, aquella juventud presentaba uno de los fenómenos que más cautivan cuando se visita un establecimiento salesiano. En efecto, nos llamó la atención el aspecto de los acogidos, su alegría, su buen color, la natural jovialidad tan inherente á la juventud sana, en cambio de esa especie de tristeza y demacración que por desgracia es el sello característico de la población de los Hospicios y de los Asilos. ¿Por qué el fenómeno físico se produce? Sin duda por la otra manifestación moral. Porque el acogido en el Hospicio Salesiano, el que asiste al oratorio festivo del domingo, como el que va á las escuelas nocturnas, ve en el sacerdote, y aun en el lego (porque también los hay, y además los llamados cooperadores, que no

son sacerdotes), un padre amante lleno de abnegación, no encuentra nada que le mortifique ni rebaje, nada que imprima carácter de represión ni violencia, sino que el resultado, la educación y la reforma se obtienen casi sin darse cuenta de que son objeto de ella. Eso lo consiguen sólo hombres extraordinarios; de tal manera, que la Historia ha conservado el recuerdo de algunos, raros, rarísimos, que obtuvieron este maravilloso resultado, sólo por la fuerza de su voluntad, por la influencia, por el prestigio verdaderamente prodigioso que ejercían sobre todos los sometidos á su disciplina y á sus cuidados.

En 1846, como todo el mundo sabe, se reunió en Francfort sur Mein el primer Congreso penitenciario. Allí el célebre Suringar y el erudito delegado francés Du-Boys referían á la docta Asamblea los acontecimientos extraordinarios que invocaban para probar que los hombres, cuando se les trata como á tales, cuando no se hiere ni aun en los más criminales el sentimiento, la dignidad, sino que el resto, la chispa que puede quedar todavía como oculta en el interior de su alma pervertida, si ese fuego se conserva como fuego sagrado, todavía el más perverso puede ser redimido; pero si los encargados de su tratamiento, si los que han de dirigirle, si los que han de preparar su enmienda acaban por apagar y destruir aquel resto de virtud, que es lo que hay que explotar para la redención, ¡ah! entonces la pérdida es segura. No cabe duda, señores, que si al penado se le hace comprender que delinquiró, que quebrantó las leyes y que tiene por ello, como ahora se dice (aunque á algunas personas les extrañe), derecho á la pena; si racionalmente se le hace comprender que está recluído, no por odios ni venganzas, sino porque así lo exige la ley moral, necesidad social, de la cual el mismo culpable obtendrá el beneficio, entonces se alcanzan éxitos tan extraordinarios como el que logró el célebre Obermaier, en el penal de Mónaco.

Este insigne criminalista se encontró una noche con que había estallado en la ciudad un incendio formidable; faltaban brazos para contener el devastador elemento; la ruina era inminente; las pérdidas iban á ser considerables. El jefe de

la prisión, con ese arranque que sólo tienen los genios, con gran confianza en su procedimiento y con la seguridad que le daba su conducta, respecto de los criminales sometidos á su dirección, ejecuta un acto verdaderamente heróico. Sale de la prisión con todos los reclusos, los lleva al incendio, les hace trabajar y él á la cabeza de ellos. Aquellos hombres, castigados por delincuentes, aquellos hombres, sometidos á privación de libertad y á severa pero racional disciplina, se convierten en verdaderos héroes para salvar las personas y las cosas, sin que ocurriese el menor atentado contra las unas ni contra las otras; y, dominado el fuego, toda la población penal vuelve á su sitio. Las autoridades estaban preocupadas con la idea de que aquellas gentes hubieran podido romper sus cadenas, y como temían que la ciudad se viese amenazada, lo primero que se procura es saber si la población penal está completa. Obermaier pasa lista á sus reclusos delante de la autoridad, y ni uno solo le faltaba. Espectáculo sublime, verdaderamente maravilloso, obtenido por la influencia extraordinaria del genio, muy parecido al de otro ilustre español, que bien merece le consagremos un recuerdo.

M. Du-Boys, en su notable libro sobre los Salesianos, dice que Obermaier y D. Bosco han sido los únicos hombres que han obtenido resultados tan sorprendentes por su influencia sobre los reclusos y acogidos; afirmación del célebre escritor francés, porque ignoraba que en España se han conseguido por iguales causas idénticos efectos.

Todos habréis oído hablar del coronel D. Manuel Montesinos, director que fué del presidio de Valencia desde el año 1835 á 1850; genio semejante á Obermaier y D. Bosco, pues la vida del coronel Montesinos está llena de episodios de aquella especie. Él tenía fe en sus criminales, porque procuraba levantar su espíritu, sin herir jamás la dignidad del hombre; él procuraba hacer comprender que la disciplina era indispensable; pero siempre, y en toda ocasión, como á seres racionales los trataba, y por eso los reclusos del penal de San Agustín adoraban á su comandante, y mil sucesos podría referir que lo comprobasen. Consta en documentos

fehacientes, que hallándose un empleado de Hacienda visitando el presidio, llegó el momento de mandar á buscar la consignación para pago del personal y material. Montesinos, sin vacilar, llama á uno de los presidiarios y le manda por el dinero, como lo hacía con frecuencia, sin que jamás ninguno faltase á su confianza.

Hizo más. Cuando se trató de organizar en Madrid el presidio modelo, se pidió al de Valencia un núcleo de penados, de los más hábiles trabajadores, para que viniese á la Corte á constituir la base del penal. Montesinos envió, en efecto, 50 penados, con varios carros, telares y efectos de valor, acompañados por un viejo capataz. Cuando llegaron, el Director general dijo:—Que suba el oficial de la escolta.—No viene ningún oficial, le contestaron.—Pues que suba el sargento.—No hay sargento tampoco.—¿Pues con quién han venido los 50 presidiarios?—Con un viejo capataz.

Asombrado el Director general, quiso verlo personalmente, y así pudo comprobar que los carros, con todo lo que traían, habían llegado, sin que los penados hubiesen dado motivo en el tránsito á ninguna censura, correspondiendo de esa suerte á la confianza que en ellos depositó el coronel Montesinos.

Cuentan sus biógrafos que en una de esas revoluciones tan frecuentes en nuestro país, la autoridad militar de Valencia tuvo que desguarnecer el presidio, reconcentrando la poca fuerza de infantería que custodiaba el establecimiento. Preocupada dicha autoridad de lo que pudiera ocurrir en el penal, preguntó á su comandante, qué pensaba hacer si por casualidad era acometido por los sublevados. Montesinos contesta:—Ya lo he pensado, voy á armar á los penados para defender el establecimiento.—Se necesita, señores, una fe como la que tenía aquel hombre extraordinario que lograba esos éxitos, colosales en verdad, pero que se alcanzan cuando se emplean procedimientos para conseguirlo, y no se acude á medios enteramente opuestos, como lo son por desgracia los que, con raras excepciones, se siguen en nuestros llamados establecimientos penitenciarios.

Se ha censurado también á D. Bosco, suponiéndole hom-

bre exageradamente intransigente en materia religiosa. Es preciso, señores, ser totalmente injusto para pedir á un buen sacerdote que vacile siquiera, cuando de un lado están las afirmaciones de la Iglesia católica, y de otro lado las de carácter láico. El hombre de estudio, el que no ha hecho votos, el que se considera libre para pensar en asuntos religiosos, puede tomar el temperamento que crea más conforme con su conciencia; pero el buen sacerdote no tiene más que un punto de vista y un solo deber que cumplir. En esto, es verdad, D. Bosco fué inflexible, y hubiera sido totalmente absurdo pedirle, por ejemplo, que diera en sus asilos una instrucción contraria á la doctrina de la Iglesia; hubiera sido inicuo pretender que la enseñanza de los Salesianos, que es muy completa, pues abraza la elemental, secundaria y superior, se apartara de la doctrina católica para complacer á los racionalistas. A nadie que piense con juicio le ocurrirá pedir que en esas escuelas, cuando se explique la *Divina Comedia*, se aparten del comentario católico de Francesia y Benassutti, aprobado por la Iglesia, para seguir el espíritu completamente láico que inspiró la creación de la cátedra dantesca, acordada por la Cámara italiana á propuesta del diputado Bovio.

Todo eso sería absurdo, como también lo sería pedir á un sacerdote católico viera con satisfacción y aplaudiese la ocupación de Roma por los italianos. No discuto el hecho ahora, porque no debo ni puedo; pero comprendo que algunos hombres de Estado que, como he dicho antes, están libres de ciertos vínculos con la Iglesia, vean el problema con frialdad, lo acepten y aun lo aplaudan; pero un sacerdote no lo puede hacer sin incurrir en apostasía. En ese particular D. Bosco tenía el sentido del gran César Cantú, cuya nota patriótica nadie puede poner en duda, y sin embargo, jamás ha sido entusiasta de la entrada de los italianos en Roma. Fuera de esto ¿puede decirse que D. Bosco no era un patriota? ¡Ah! Esa es una de tantas calumnias propaladas por sus enemigos. Él siempre lamentaba lo difícil del problema de la ocupación de Roma por la casa de Saboya; pero yo he visto en todas las clases de los establecimientos sa-

lesianos la santa Cruz en el centro, el retrato del Pontífice á la derecha, y á la izquierda el de Humberto I, á quien no llamaba, como algunos, rey de Cerdeña sólo, sino de Italia, porque para él la unidad italiana estaba hecha; si bien eliminaba, como era natural, lo que tenía de espinoso para un sacerdote católico el problema de la ocupación de Roma, y la pérdida del poder temporal de los Pontífices.

No hay, pues, motivo para censurar á D. Bosco por esa causa, que aún sirve á algunos para zaherirle, á pesar de la justicia que le hacen en lo demás.

Es preciso, señores, cuando se ven figuras como ésta, tener confianza en la redención. Basta que se reúnan esas dos grandes fuerzas que se llaman el amor y la fe, pues cuando se juntan, siempre han producido y producirán, en el mundo moral, mayores transformaciones y fenómenos mucho más portentosos, que los alcanzados en el mundo físico por las aplicaciones del vapor y de la electricidad. D. Bosco tenía gran fe, resolución inquebrantable, desinterés sin igual, y el éxito coronó sus esfuerzos. Hoy, después de una lucha de cincuenta años, deja esparcidos por el mundo 180 establecimientos salesianos, y 200.000 jóvenes redimidos por su obra incomparable.

Para el católico creyente, D. Bosco fué un elegido del cielo, un santo, como decían las gentes de Turín, al ver pasar su cadáver. El que no comulgue en estas ideas, no podrá negar que fué un insigne filántropo, lleno de abnegación. Para unos y otros, y espero que para el Ateneo hoy y para España entera mañana, será D. Bosco un hombre extraordinario, cuya vida laboriosa, llena de incomparables servicios á sus semejantes, le da derecho á la inmortalidad.

FRANCISCO LASTRES.





GINÉS PÉREZ DE HITA

Continuación (1)

CONOCEMOS, pues, ya algún tanto á Pérez de Hita, lo suficientemente preciso para pasar á estudiar el gusto del siglo en que escribió, y del que participa necesariamente, puesto que cada generación, al formar una fase diversa y modificadora de su carácter genérico, determina el gusto literario de cada siglo. Empero, antes, he de permitirme una digresión que entiendo sea de no escasa importancia, aun para robustecer la seguridad de ser Mula la villa nativa de Pérez de Hita.

Del profundo estudio y obligada meditación sobre la citada villa y su historia, deduzco un hecho constante: el bien dispuesto ingenio de sus hijos para el cultivo de las letras y artes. Esta natural propensión, ha debido ser oportunamente ayudada por sus señores los Fajardos, próceres nobilísimos, que no por ser esforzados y de hercúleo cuerpo, dejaron de cultivar las bellas letras; y como éstos, no cabe duda, habitaban con mucha frecuencia en su Palacio y Castillo de Mula,

(1) Véase la pág. 65 de este tomo.

claro está que cuantos asistían á su pequeña corte, participaban de los solaces del ingenio con que entretenían los escasos ocios de sus faenas militantes. Los Fajardos, volvemos á repetirlo, fueron siempre, no sólo patronos egregios, sino que también ellos mismos se dedicaron, y no sin fruto, á las bellas letras, y como quiera que en los días en que Ginés Pérez de Hita desarrolla su bien dispuesto discurso é inclinación, residiera en Mula el segundo Marqués de los Vélez, como lo comprueba el ensanche que dió al año á la aún vigilante torre del Homenaje del hermoso Castillo, según la inscripción que allí se lee, grabada sobre la piedra: «Ludovicus: Fajardo: Me: Peticit. 1524:» de aquí no ser presumible que el que sirvió de soldado debajo de las banderas de D. Luis, dejara de asistir á las fiestas y reuniones del Palacio de Mula, en el que según una carta que conservo, se reunían «departiendo sabrosísimamente en las veladas.»

De qué clase serían estos departimientos valerosísimos, es fácil de presumir, tratándose de unos magnates cortesanos, á cuya elevada clase pertenecía la ilustre familia, que venía figurando desde los tiempos de D. Juan II y Enrique IV, entre los mecenas de las letras, debiendo poseer por ende, como de hecho poseían, la instrucción que hubiera sido mengua no poseer en aquellos tiempos, instrucción transmitida y perfeccionada de linaje en linaje; mezclando el ejercicio de las letras con el de las armas, las cuales á su turno para ser tan felices como eran, reclamaban el vigoroso auxilio de las ciencias, y los himnos halagadores de la poesía, poniendo aquellos insignes señores su pundonor en no ser vencidos en la elección de libros, ni en el antojo de las armas.

De todos modos, sea ello lo que quiera, y mientras las observaciones que dejo apuntadas para entrever en la educación de Pérez de Hita el ser de Mula é influjo en ella de la nobilísima casa de los Fajardos, no reciban el peso de autoridad notoria, es indiscutible que el escritor de que nos ocupamos se encontraba muy cerca y casi rayando con los tiempos verdaderamente épicos de los últimos suspiros de Boabdil y los arrebatos heróicos y místicos de Isabel, aspirando las fragancias, digámoslo así, que aún se desprendían de los recuerdos

poéticos de aquella nación valiente, enamorada, ingeniosa é idólatra del honor, colocada enfrente de la cristiana fanática «por su Dios, por su Rey y por su dama,» empezó disputándose por toda presea y galardón de las batallas, combates y torneos, fiestas militares, el premio de la mayor cortesía y galanteo.

Este es el estado en que se encuentra Pérez de Hita, y eso contribuyó precisamente á azuzar su inventiva, facilitar la hermosa soltura que caracteriza sus escritos, ayudando no poco la facilidad y libertad que en ellos campea, como por ende la feliz expresión y colorido de su estilo, único en su clase y sin rival en aquellos tiempos.

Casi á fines de la segunda mitad del siglo XVI, según es por muchos sabido, se reformó el gusto de la pasada centuria, contribuyendo no poco al empalago y difusión de ella, la transmisión que se venía haciendo de un modo oral, y por lo tanto variable é incierto; pero en esta época de bienhechora transformación, en que los españoles dieron libelo de repudio con la pluma al nombre de bárbaros, es cuando el romance, es decir, nuestra poesía genuinamente nacional, con la feliz aplicación del asonante, y la tipografía como medio de perpetuidad, toma nuevos derroteros asentándose definitivamente en el lugar de preferencia que por legítimo derecho ocupa nuestro Parnaso. En estos tiempos nuestra lengua ó romance, venía caminando ya muy rápidamente hacia su perfección como dialecto, suavizando la mezcla del latín y bárbaro la dulzura del arábigo. Todo es transformación en estos instantes, la literatura va pareja de la política y social que empezaron la Monarquía gótica hasta los Reyes Católicos, y constituye una de las glorias más envidiables de Pérez de Hita su influencia indiscutible en la primera. Para convencernos, estudiemos sus obras.

III

Reseña crítica de la primera parte de el libro
«Guerras civiles de Granada»

Tres son las obras que conocemos del notable escritor de que nos venimos ocupando: una, *Guerras civiles de Granada*, editada muchas veces, no sólo en nuestro idioma, si que también en varios extranjeros (1); y las otras, dos libros manuscritos, en verso, uno de los cuales se encuentra, ó por lo menos se encontraba, custodiado en el Archivo Consistorial de la ciudad de Lorca (poema inédito intitulado: *Libro de la población y hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca*), y el otro existente en la actualidad en la Biblioteca Nacional, con el título de *La Guerra de Troya*, que es una traducción ó arreglo de la crónica troyana, compuesto, como decimos, por el dicho autor, vecino de la ciudad de Murcia, en el año de 1596. De ambos manuscritos nos ocuparemos á su debido tiempo.

Aun cuando Pérez de Hita escribió este último en el año de 1572, es decir, mucho antes que *Las Guerras civiles*, empezaremos por éstas, por ser, como publicadas, de la generalidad conocidas, mientras que el libro manuscrito son muy contadas las personas que le han visto y menos las que lo poseen.

Jamás me cansaré de celebrar la elegancia, lozana y fecunda imaginación de este autor en las *Guerras civiles*, y muy especialmente en la primera parte, donde pinta á su capricho los personajes, por ser más remotos al tiempo en que lo escribía, y por lo mismo, más interés poético que á los de la se-

(1) Igualmente se han publicado en inglés y en alemán extractos de esta obra, y sobre todo de los romances que contiene.

gunda parte, sus contemporáneos. De todos modos, siempre se distingue en la reseña de duelos singulares, fiestas y regocijos públicos, revelando algo así como de humorística sencillez, y en todas partes de sus escritos se notan gratos vislumbres de una condición suave, recta y apacible.

El asunto de la obra está elegido con gran juicio y discreción, por ser uno de los más gloriosos de aquella insigne época, fecunda en heroísmos. La total expulsión de los árabes de España es acontecimiento verdaderamente digno de ofrecerse á la consideración del escritor y del poeta; abunda en hechos excelentes é interesantes, donde al fuego de la historia pueden unirse los rasgos y las imágenes, comparables sólo con los más justamente celebrados. La narración motiva, al par que deleite, utilidad, por las diferentes reflexiones á que da ocasión. El sitio de Baza, por ejemplo, bastaría por sí sólo como asunto suficiente, no ya al novelista histórico, sino al poeta épico que se hubiera propuesto escribir versos heróicos dignos de ser celebrados por la fama. Fué uno de los hechos militares más grandes de aquellos días, puesto que se vieron reunidos más de sesenta mil hombres al rededor de las murallas como sitiadores, y veinte mil dentro de la ciudad y su alcazaba, como sitiados. Dividida la obra en dos partes, conforme á las épocas en que suceden los hechos que describe, de grandísima transcendencia é importancia de nuestra historia, cual son las guerras nacidas primeramente entre los moros durante los últimos días de los Reyes Alamares, y excitadas ó sugeridas después y en seguida por los mismos contra los cristianos que les habían subyugado, empieza aquélla con la fundación de la perínclita y famosa ciudad de Granada, seguida de una cronología de sus Reyes, bajo la dominación Nazarita: declara los nombres de los primates moros que daban mayor lustre al Trono, y entre ellos, los pertenecientes á los treinta y dos linajes. Describe y enumera los lugares de todo el reino, con los límites respectivos; dibuja la Alhambra, Alijares, Torre Bermeja y Generalife; al par que con ingeniosa pluma fabrica palacios, fantasea jardines y toda clase de obras, cuya voluptuosa ideología, transpiran en sus creaciones el genio magnífico y bien inspirado de los hijos del Oriente; y al través de aquellos

esbeltos minaretes, doradas cúpulas, rojos y pintados baluartes, parece como que pretende hacernos sentir la inspiración de la vida social de los hijos del Profeta.

Empero el objeto primordial de sus descripciones y romances, ricos de imágenes y henchidos en molicie, como conviene á un pueblo ardiente y espiritual, son amores arrebatados, ó ardientes celos, donde la mujer viene á ser la heroína obligada; y de ahí que Fátima, la Zegrí, Jarifa, Zoraya, Zaida, Celinde, Lindaraja, ó, lo que es lo mismo, *la Perla, la Luz del día, la Bella, el Espejo*, y tantas otras beldades de quienes un viejo vate, glorioso y de lira inmortal dijera en sus años floridos:

«Prodigios humanados, nobles moras,»

son las obligadas Sultanas de los valerosos Muzas, espléndidos Abenamares, Reduanes esforzados, Albayardos adustos, intrépidos Gazules, tiernos Zaides, y mil y mil galanes moros, vengativos si son Zegríes, y mártires ó generosos si son Abencerrajes; desarrollando continuamente escenas patéticas, bien de una admirable ternura, ó ya de una insania verdaderamente africana. En los combates, zambros, cañas y alanceos, está en su terreno: los ardides palaciegos, urdimbres y aun lisonjas cortesanas, no le son desconocidas: cifras, motes, bandadas, colores, gallardetes, trofeos, trajes y piedras preciosas, revelan sus conocimientos en materia de blasón é indumentaria, pudiendo servirnos de excelente consultor; traspirando en su descriptiva por el color de los grupos orientales, por las dignidades y estirpes, y finalmente, por el refinado esplendor de alquiceles, marlotas, talíes, adargas, gualdrapas, bandadas é insignias, capacetes de acero damasquinado, y hasta por la extraña combinación de los amuletos orientales de misteriosa eficacia dentro de la civilización musulímica. Todo esto, y mucho más, siente el lector y se le presenta á la vista, en galano kaleidoscopio, apenas cierra el libro de nuestro ingenioso escritor, á la manera que después de la audición de una hermosa sinfonía, el oído más ingrato la reproduce fielmente allá en los refugios de la oscuridad y retiro solitario de los sentidos, en los que no se interrumpe el silencio que reprodu-

ce las vibraciones y armonías poco antes sentidas y gozadas.

«De Ginés Pérez de Hita (1), no debe hacerse caso: todo lo que dice de su Reina Sultana y los abencerrages, y de Moandín y Moandón, etc., etc., es una invención absurda.»

Esto me dice recientemente mi querido amigo el abuelo poeta Zorrilla. Prescindiendo de lo que sí es absurdo, cual es hacer á nuestro escritor nada menos que morisco convertido, desde luego tendría razón el inmortal vate, si le considerásemos como un historiador verídico. Pero no es eso; es mucho mejor para su mérito y nuestro propósito, por deber calificársele como el primer autor español de un género propio y nativo, en el que, juntando á capricho á los personajes de su obra, si bien los desfigura embelleciéndolos, no los finge en absoluto, por seguir la opinión general que han tenido en la historia, en la que realmente han existido, ni despojándoles de los caracteres y rasgos conformes al sujeto real, creando así la novela histórica. Por eso nos identificamos y nos agradan tanto sus caballeros moros y sultanas, como los cristianos Maestres de Calatrava y Santiago, con los Ponces, Téllez, Aguilares y Hernández de Córdoba; así como las damas Isabel de Solís ó Zoraya, Esperanza de Hita y demás protagonistas de los episodios peregrinos que se suceden en su obra, confundiendo muchas veces la ficción con la realidad, y ésta con aquélla, prestándose ambas auxilio mutuo para producir un parto del ingenio honesto y agradable, dulce y útil, un libro, finalmente, que fué el embeleso de nuestros padres, que leían y releían, aprendiendo de memoria los bellísimos romances que contiene. Pérez de Hita sabe dar á sus personajes, á imitación de Pulci, el Ciego de Ferrara, Mateo Bayarro, Ariosto y tantos otros autores de libros de Caballerías, verdaderos ó no, no sólo vida, sino carácter tan sostenido y tan peculiar á cada uno, que todos, absolutamente á todos, podemos considerarlos tan del dominio absoluto de nuestra historia patria como al Cid, y aun más que á éste, por haber

(1) Mi ilustre amigo el poeta Zorrilla, tal vez confundió á Hita con Gabriel de Luna, que fué efectivamente morisco convertido.

sido puesta en duda su existencia. Las *Guerras civiles*, en su primera parte, como obra de imaginación, son, indudablemente, de un mérito extraordinario, se leen con placer y con fruto; en ellas expone Pérez de Hita, bien que casi siempre con grave sobriedad, las aventuras á que aludo, en estilo brillante, y casi siempre con un colorido peculiar que las realza, siendo muy de notar la elegancia de su dicción y la rotundidad de su frase, sin que quepa discutirse el gran mérito gramatical de su castizo lenguaje.

«Ginés Pérez de Hita, dice D. Buenaventura Carlos Aribau, parece que adivinó el modo con que habían de hablar los españoles, más de dos siglos después que él...» Las *Guerras civiles* de Granada, son un modelo de los más perfectos para el estudio de la lengua y formación del estilo.

Su fábula en prosa se confunde de modo tal con sus romances, que no deja lugar á declarar que aquélla debe llamarse poesía, siendo ocioso así formar selvas de consonantes para facilitar el uso común de la rima, llegando á afinarse el escritor, que produce una confusión, al través de la cual la imaginación cree ver cuanto sueña, y se extasía agradablemente en un deleite imponderable. Y á pesar de la invención poética, alma de las guerras civiles, al través de la urdimbre es bien fácil prever la ineludible peripecia final, es decir, la caída y derrumbamiento del Imperio arábigo en España: la sustitución de la media luna altilva por la humilde y redentora Cruz; el desvanecimiento en las sombras de los fuertes colores del *Legalile ilê Alah*, famoso mote de los Alhamares, ante los vivísimos destellos del *Tanto Monta y Monta Tanto* de los ínclitos y Católicos Reyes. Porque caminando con el autor en medio de los divididos bandos, ambiciones desapoderadas, celos de prosapia á prosapia, de linaje á linaje, de noble á noble; perpetuamente alterada la paz pública; convertidas en campo de batalla las calles de la Corte y corriendo por sus arroyos la sangre de nobles caballeros y vasallos fieles, llegaremos hasta el Trono, y en tan primata altura nos hace observar el escritor á la Real familia dividida y odiándose sus individuos cánicamente, rotos los lazos más dulces del amor y la felicidad doméstica; el padre destronado y en el destierro; la madre

repudiada y, como tal, ofendida, rencorosa y amargada en su indómita naturaleza é incontrastable compleción; la hermana víctima; el viejo zagal en Guadix y Baza, rodeado del almeriense Cid-Hiaya con los Príncipes más poderosos y magnates más ofendidos; el pueblo versátil, los zegríes y notables atizando las discordias para acrecer su poder y orgullo, haciendo unas veces estremecer al Rey, otras temblar al pueblo, según sus conveniencias ó pasiones; los nobles abencerrajes inmolados; y finalmente la misma religión desprestigiada, y en la cúspide de tan revuelta sociedad, donde chocan tantas pasiones y relampaguean tantos odios «Abi Abdilihi el *Zogoyles*» ó el *desgraciadillo* Sultán, fatalmente persuadido de que «Alah le obliga;» y todo esto precisamente á que se cumpla el misterioso anuncio de la mano y de la llave (1) cuando aliados Castilla y Aragón en un solo y robusto cetro de hierro y oro, se precisaban la mayor suma de energías, y unidades de esfuerzo y abnegación patriótica, no para defenderse, sino más bien para salvarse. En Pérez de Hita, á semejanza de lo que dice un escritor de la Alhambra, las ideas históricas permanecen encerradas en un estrecho recinto, sobre el que se alzan alcázares, donde el genio reunió lo útil de la fortaleza con la dicha de los placeres; donde las escenas del harem, de los lascivos baños, de las personas, de las crueldades y de las envidias se asocian para producir un poema simpático á las almas sensibles y aun á los corazones menos apasionados.

Empero, el más grave y serio historiador ¿nos ha dicho más que Pérez de Hita? «De este modo, dice un escritor, unos señores tan poderosos y políticos como los Reyes Católicos, asistidos de los mejores Capitanes que hubo en Castilla, y viniéndoseles, digámoslo así, la presa á las manos, acabaron sin gran esfuerzo la conquista del Estado Granadino, y extinguieron la larga dominación de los árabes en España.»

Y aquí es también donde concluye Pérez de Hita su primera

(1) *La mano abierta*, por los fundadores del Alhambra en uno de los arcos de la Puerta Judiciaria, así como la llave azul en campo de plata, significaba la necesidad de unión.

parte, porque «este fin tuvieron los bandos y guerras de Granada á honra y gloria de Dios, Nuestro Señor:» revelando así, no sólo tacto político, sino que también el profundo sentido religioso de que estaba saturada su alma genuinamente española. ¡Exactamente lo mismo que aconteció siempre á los inmortales autores del siglo de oro de nuestra literatura!

IV

Influencia de la obra de Ginés Pérez de Hita en la literatura contemporánea.—Martínez de la Rosa.—Chateaubriand.

Antes de pasar más adelante en el examen de las *Guerras civiles*, entendemos pertinente afirmarnos más y más en la trascendencia que necesariamente tuvo esta obra, puesto que manifestada la tenemos ya en lo que llevamos examinado del libro. Prescindiendo de lo fácil que nos sería demostrar su importancia y las varias veces que fué editada desde su publicación, nos limitaremos por ser bastante á nuestro intento, el recordar que ella en el presente siglo fué suficiente para reformar las ideas clásicas puras é integristas de uno de nuestros más celebrados literatos. El Sr. Martínez de la Rosa supo inspirarse en las *Guerras civiles*; y así como Torcuato Tasso, antes de componer la *Gerusalemme liberata*, se dedicó á la lección de las *Lusiadas de Camoens* para caldear su fantasía, y revestirla del estro de aquel famoso portugués, él, también con la lectura de la obra de Pérez de Hita, encontró el argumento de *Moraima*, tragedia de su mayor estima, sirviéndole por ende como estímulo para escribir la novela histórica *Doña Isabel de Solís*; y aun se me antoja, por más que esta vez nos lo oculte, que también para su *Aben-Homeya*.

«Compuse esta tragedia seis años después de *La Viuda de Padilla*, y como menos mozo y más avisado (dice el Sr. Martínez de la Rosa en la advertencia que precede á *Moraima*),

procuré escoger un argumento que ofreciese menos inconvenientes y que se brindase de mejor grado á una composición dramática. La casualidad también me favoreció en la elección; acababa de caer en mis manos, no sé cómo, un libro muy vulgar en España, pero que yo no había leído hasta entonces, la *Historia de las Guerras civiles de Granada*; y bien fuera por lo extraño y curioso de la obra, bien por el interés que debía excitar en mí, ausente á la sazón de mi patria y las pocas esperanzas de volverla á ver, lo cierto es que la lectura de tal libro me cautivó mucho, y que tuve por buena dicha poder sacar de él un argumento, alusivo cabalmente á mi país natal (1) y á propósito para presentarse en el teatro.»

«Este concepto que formé entonces no ha mudado hasta el día (2) á pesar del transcurso del tiempo y de mi mayor experiencia; y así debo confesar con ingenuidad, que el argumento de esta composición me parece, no solamente bello, sino que reúne todas las condiciones requeridas para los mejores maestros del arte. Mis elogios en este punto son tanto más de creer, cuanto tal vez no haga con ellos sino dar armas contra mí mismo...»

«Hastá debo decir, por si este aviso pudiera ser de algún provecho á los jóvenes que se dediquen á la dramática, que esta clase de asuntos, populares en una nación, ofrecen no pocas ventajas al poeta, pues despiertan más fácilmente el interés del público, y allanan uno de los puntos más escabrosos en este arte, cual es la *exposición* del drama.»

.....

«Cuando el espectador ve representado al vivo lo que oyó contar desde su infancia, siente un placer sumamente grato; coteja con gusto sus vagos recuerdos, con los sucesos que ve ante los ojos; y lejos de mirar con indiferencia y frialdad á unas personas cuyo nombre oye por primera vez, la ve, la contempla, la sigue, por decirlo así, como personas conocidas...» (3)

(1) Granada.

(2) Año de 1829.

(3) Obra del Sr. Martínez de la Rosa.—*Moraima*.—*Paris*.—En la imprenta de Julio Didot. Calle del Puente de Lodi, núm. 6, año de 1829.

Ahora bien; después de tan explícitas como lisonjeras manifestaciones de un tan insigne poeta, ¿podrá decirse más en favor del superior mérito de la obra de Pérez de Hita, y especialmente si se tiene en cuenta que de tal modo se habla de ella al cumplirse próximamente tres centurias desde el tiempo en que la escribió? En el libro *extraño* que *cautivó* al que podemos aclamar como insigne maestro de nuestra generación, destellando pristina pureza y con ostensible fuerza el género histórico-romántico, se encuentran inspiraciones cuyos purísimos acentos, llenos de lozanía, encanto y pasión, serán recibidos siempre con el entusiasmo más vehemente, facilitando argumentos en todas las situaciones y á todos los géneros de la bella literatura. Por tan florido camino siguieron nuestros celebrados autores del siglo XVII, haciendo resonar con ideal armonía sus doradas cítaras; y no es de extrañar que al querer los grandes maestros de principio del presente siglo, encaminar sus pasos por la senda que elevó tanto nuestras letras patrias, tomáran originales en los que, como Pérez de Hita, fueron secuaces de una escuela severa de pasión y tradiciones, tan en consonancia con la historia, índole y hasta preocupaciones morales del pueblo español; y en la que es dado recorrer ameno y vastísimo campo sin temor de dejar de cosechar laureles y aplausos, proporcionando al lector ó espectador la viva aprehensión y el deleite de la belleza misma.

Muy pocas obras del caracter de la de Pérez de Hita habrán sido más veces vertidas á extranjero idioma, y en lugar oportuno daremos el catálogo que hemos podido formar, y esto habla también muy alto del mérito de las *Guerras civiles*.

No ha sido raro, antes muy al contrario, es frecuente tomar los extranjeros muchas de nuestras más notables invenciones. El *Cid*, de Pedro Corneille (1), es obra española; *Empeños de la Fortuna*, *La Celosa de sí misma*, *Amor al uso*, esta última de D. Antonio Solís, uno de nuestros primeros historiadores; el *Romance de Gil Blas de Santillana*, el *Don Juan* y otras composiciones que figuran ennobleciendo á naciones extranjeras,

(1) La mejor de sus tragicomedias, según opinión de casi todos sus críticos.

y se han vuelto extranjeras, oriundas son de España y española es su patria nativa. Por lo que no es de extrañar que el celebrado Vizconde de Chateaubriand, autor de *El último Abencerraje*, no hurtase, como Corneille, de Bois Robert y el abate Lesage; empero sí que á la vez é imitación del Tasso cuando leyera á Camoens, y Martínez de la Rosa á Pérez de Hita, en las *Guerras civiles* de este insigne escritor, propusiérasele como autor para la novela bellísima escrita sin duda alguna y con conocimiento de la obra que venimos examinando, de la que se llevó «una de las primeras ediciones, primorosamente encuadernada al gusto arabesco.»

No desconocemos que por los mismos días en que escribiera Pérez de Hita, apareció la *Historia del Abencerraje y La Hermosa Farifa*, de Antonio de Villegas (1), pero desde luego, y comparado este romance con los de nuestro escritor, pronto se inclina el ánimo como declarada vulgaridad, porque el Vizconde imitó á éste y no á Villegas. (2)

(1) Publicada en 1565 en Medina del Campo.

(2) La primera parte de este curioso libro contiene también algunos versos y canciones que resumen asuntos de la guerra. Su capítulo primero «en que se trata de la fundación de Granada y de los reyes que huvo en ella, con otras cosas tocantes á la historia,» empieza así:

La inclita y famosa ciudad de Granada, fue fundada por vna muy hermosa donzella, hija ó sobrina del Rey Hispan. Fue su fundacion en vna muy hermosa y espaciosa vega, junto de vna tierra llamada Eluira; porque tomo el nombre de la fundadora Infanta, la qual se llamaua Ilibiria, dos leguas de donde agora está, junto de vn lugar que se llama Albolote, que en Arauigo se dezia Albolur. Despues, andando los años, les parecio a los moradores della, que no estauan alli bien, por ciertas causas fundaron la ciudad en la parte donde agora está, junto á la Sierra neuada, en medio de dos hermosos rios, llamados el vno Genil, y el otro Darro.

.....En fin, en esta primera parte hay también capitulos interesantísimos, y se leen varios orígenes de nombres de poblaciones, romances y otros versos, cosas de la ciudad de Granada, nombres de sus *Caualleros Moros*, de sus *treyn-ta y dos linages*, los lugares del Reino y Vega, los de Baça, los del rio Almançora y rio de Almeria, los lugares de Filabres, la Tabla de Andarax y Oxicar, etc., etc., etc.

V

Segunda parte de las "Guerras civiles," (1), y su demérito en comparación de la primera, causas puramente literarias del citado demérito.—Aben Humeya.—Los Monfíes de las Alpujarras.

Llegamos á la segunda parte de las *Guerras civiles*, y el cuadro varía radicalmente: «se abre una escena muy distinta, pero no varía de instrucción y de interés.» «Estamos, añade uno de sus prologuistas, en otros tiempos, y encontramos á otros hombres y otras costumbres.» «La elación del ánimo, derivado de las riquezas y del manejo del poder, moviendo celos y enemistando á las familias principales del Estado granadino, produjo las primeras guerras civiles, que le condujeron á su ruina; la miseria y desesperación, hijas de la opresión y la violencia, abortaron las guerras segundas que extinguieron las últimas reliquias que tuvieron los moros en España.»

En efecto; los hechos y horrores de esta segunda y terrible guerra, son el asunto, más trágico que dramático, que sirve de argumento á esta parte de su libro «*Guerras civiles de Granada*,» y de los crueles bandos entre los convertidos moros y

(1) La segunda parte se publicó en 1619 en Barcelona, y la llama Aribau «Historia anovelada.»

Esta segunda parte se nos antoja su publicación póstuma, ó, por lo menos, á una edad muy avanzada del autor, pues naciendo en 1548 y publicándose en 1619, cuando había once ediciones publicadas ya de la primera, tendría 71 años. Sin embargo, nos inclinamos á que se publicó poco después de la primera parte en el año de 1595, cuando Pérez de Hita tenía, sobre poco más ó menos, 47 años de edad, y 24 más en que escribiera el poema épico inédito de la «Población y hazañas de la ciudad de Lorca, etc.» Como hay una traducción en francés de las *Guerras civiles*, hecha en 1608, y si en Madrid publicó la segunda parte, carece de dudas el no haberse publicado por primera vez en 1619 en Barcelona.

vecinos cristianos; con el levantamiento de todo el reino y última rebelión, sucedida en el año de 1568; con la total ruina y destierro de los moros por toda Castilla, con el fin de las granadinas guerras por el Rey D. Felipe II de este nombre.» Tal dice nuestro autor ser el propósito que empieza con la exposición de las causas por que se tornó á levantar Granada y su reino esta última y postrera vez; la orden que se tuvo entre los moriscos para hacer un minucioso alarde de toda la gente del reino, lugares rebelados en el mismo, caudillos del levantamiento y proclamación de D. Fernando Muley por rey; desarrollando sucesivamente por medio de los hechos, casi todos presenciados por el autor, los propósitos que anteriormente nos ha expresado (1).

Siendo diferente el teatro y muy otros los actores, cambian las escenas; el donoso y blando escritor se encuentra fuera de sus dominios naturales, y si la atmósfera de incendios, pillajes, rapiña y sangre, no llega á asfixiarle, desde luego se nos antoja que ha oscurecido su clarísimo ingenio. No son, efectivamente, ya las poéticas estancias de la Alhambra ornadas con cartelás, tableros de agramil, frisos y letras cúficas y africanas, formando sentenciosas suras ó inscripciones en forma de fajas bellísimas, en las que discurre y blandamente se solaza, ni con sus antiguos y gentiles moradores se asocia y departe. En el mágico patio de Lindaraja, ni el mirador predilecto de las Sultanas, de rebajado agimez y cúficos adornos, coronados de trazeria calada con brillantes cristales de colores y cuajado de celosías de maderas olorosas, no sorprenderá poéticos misterios. En la fuerte Alcazaba, ó vieja fortaleza, no está el Zagal rodeado de sus parciales. La torre de la Cautiva,

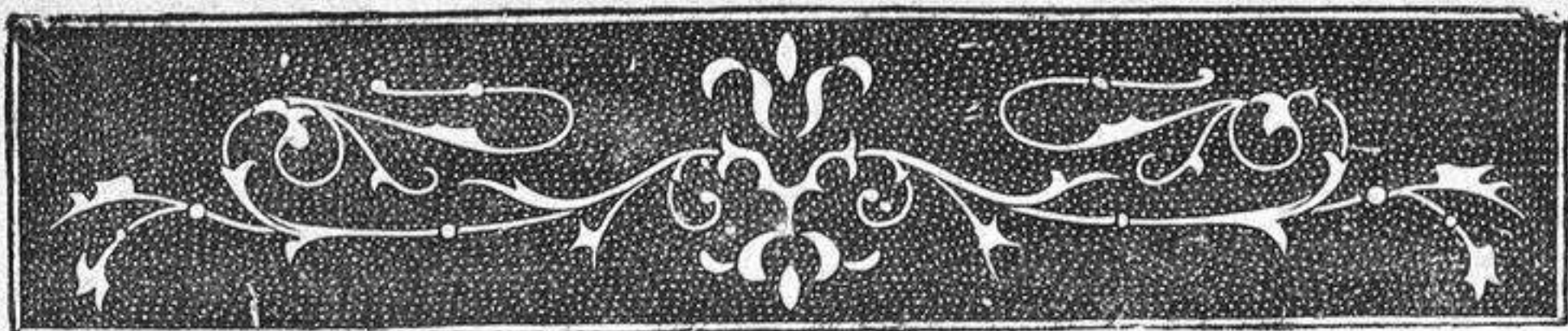
(1) La edición «Guerras civiles de Granada», en que por primera vez se publicaron reunidas ambas partes, que, como es sabido, antes se dieron á la estampa por separado, tuvo, sin duda, por objeto dar idéntica circulación y venta á la segunda parte á la sombra y protección de la primera, que con tanto aplauso fué recibida por el público. Empero, á nuestro entender, puede muy bien asegurarse que son dos obras completamente distintas, aunque del mismo autor; muy bien puede prescindirse de la lectura de la primera para entender la segunda, y viceversa, pues argumentos diferentes y sin trabazón, y hasta vario el estilo, ni se compenetran, ni se suplen, ni suceden.

ó prisión de Doña Isabel de Solís, de friso trabajoso alicatado é iluminadas sus paredes por el oro y los más brillantes colores del iris, no le prestará tradiciones caballerescas, ni Morayma, ni Esperanza de Hita reclinadas en los frescos alhamíes, esperan en su defensa á Chacones, Ponces de León, Aguilares ni Gonzalos de Córdoba; pues aquellas historias, trágicas algunas, pero alegres y felices las más, pasaron no hace mucho tiempo, sosteniendo por lo mismo más vivamente la impresión del autor. No hay patios ni viviendas voluptuosas, ni frescos valles donde habita la salud; á las albercas cristalinas, á las celosías recaladas, á los lechos de azulejos multicolores, han sustituido los bravíos torrentes de las Sierras, y las cuevas inaccesibles, ocultas entre lujuriosas zarzas, punzantes hortigas y adelfas amargas. Desaparecieron las bellas bóvedas y ornacinas de colgantes, los festones de los arcos, las comarraxias y alicates trabajosos, hechos á manera de juegos kaleidoscópicos con azulejos brillantes.

El escritor, tal cual fué, surgirá sin embargo en algunos momentos, como por ejemplo en los que relate los amores de Albexaris y la historia desdichada de la bella Maleha, ó más bien, y finalmente, cuando se le depare algún que otro episodio de entretenido y ameno esparcimiento, de los que fueran su especialidad, y si bien son pálidos fulgores de lo que fué, no dejan de cautivar las fiestas que refiere ordenó Aben-Humeya celebrar en la plaza de la ciudad de Purchena. Y que el autor decae en la descripción de torneos, amores y ternezas, él mismo lo confiesa explicando la causa, puesto que «toda esta historia es de *coscorriones, armas y batallas.*»

NICOLÁS ACERO Y ABAD

(*Se continuará.*)



LOS DISCÍPULOS

DE

CATALINA DE SIENA⁽¹⁾

AL EXIMIO POETA EL EXCMO. SR. D. ÁNGEL MARÍA DACARRETE.



he aquí, que escribiendo de la «familia mística» que rodea á la iluminada de Siena, vienen á mi recuerdo, á virtud de no sé qué íntima asociación de ideas, las muchedumbres de discípulos encadenados á la esfera de acción de todos los seres sobrehumanos. Mirad allí, por los intercolumnios del oráculo, á la luz del cielo del helenismo, que finge lejos, perspectivas inacabables, como la mirada del espíritu; á la sombra del Himeto y del Hible, que Sócrates contemplaba en su agonía; á la orilla del mar tranquilo que canta la serenata del amor pagano; mirad el coro de los platónicos, empapados en las suavidades de la Academia, con sus crujientes y perfumadas túnicas, sus coronas que el mismo Apolo preparara, su cabeza á lo Fidias, palabras dulcísimas, como el cantar de las sirenas, en los labios;

(1) Capítulo de un libro del Sr. Sandoval, *Catalina de Siena y su tiempo*, cuya primera parte acaba de publicarse con grande éxito.

destellos vívidos, como la luz de aquellos horizontes, en los ojos; mirad cómo escuchan, en religioso arrobamiento, al gran Maestro, que ha sentido la tristeza del cielo, como Virgilio, y que les habla, con los primores de la elocuencia clásica, de la Naturaleza, del *logos*, del sentimiento que nos vivifica, del alma, que es como un rayo de lo infinito; de las realidades absolutas en el gran día de la metafísica; del Verbo, que es el ordenador del Universo; de Dios, que se encuentra en el fondo de nuestra alma y en el fondo del inmenso espacio, y al cual nos elevamos, con alas de ángel, en pos del bien que nunca se acaba, de lo verdadero sin sombra; de lo bello, esplendor de lo verdadero; del amor, que llena con su presencia la creación.

Las playas del mar de Galilea; la tierra bíblica que perfuma las sandalias del peregrino; el cielo de perpetuo azul, que lavan los ángeles; el polvo sagrado de Jerusalem; Getsemaní, Samaria, Emaus, conservarán eternamente la sombra de aquellos pescadores ignaros y humildísimos que tendían las recocidas redes en el lago de Tiberiades, antes de ser hechos pescadores de hombres; de aquellos discípulos de otro gran Maestro, pero Maestro de los Maestros, pero Maestro Divino, pero Hombre-Dios, á quien cantara Virgilio en las visiones de sus Eglogas, y adivinaran las Sybilas en las impacencias del deseo; los despreciados, los oscurecidos, los indoctos, que se sienten, cuando han descendido sobre su cabeza las iluminaciones del Paracleto, con dón de profecía, de milagros, de lenguas; y entran por los triunfales arcos de la Roma de los Emperadores Augustos entonando el *surrexit* de la Pascua, para trocar el mundo de los epicúreos coronados de rosas, en un mundo de nazarenos coronados de espinas y vestidos de sayal. Y ahí queda, entre los discípulos del mejor Maestro, el que Cristo había amado con amor, el Apóstol San Juan, que parece de los cielos descendido, como el Verbo que le ha inspirado; con la luz que baña las cimas de la Jerusalem gloriosa por su rostro, perpetuamente joven; con toda la grandeza que le han dado de consuno las ortodoxas tradiciones, el arte hierático; el vidente, que ilumina los primeros versículos de su Evangelio con los resplandores de la eternidad, y cuenta desde las

soledades de Patmos, en el último Apocalipsis, la exaltación de los humildes y el oprobio de los soberbios.

Aún hoy, si visitáis la región de Umbría; si recorréis la noble y pontificia ciudad de Asís, esa Jesuralem de la Edad Media; al cruzar por aquellos valles que guardan, con los primores de la Naturaleza, el atractivo de inmortales recuerdos; al oír el acento de la campana que toca á la oración en el templo de Nuestra Señora de los Angeles, levantado sobre la *Porciúncula* del Fundador Seráfico; creeréis ver, coronados por el capúz y entonando las trovas populares, el himno *delle creature*, al Hermano Leon, «el pequeño corderito de Dios,» como le llama el libro de las *Floreccillas*; á Bernardo de Quintavalle, «cuyo entendimiento subía como el vuelo del águila á inaccesibles cumbres» (*Fioretti, capitulo II*); á Antonio de Pádua, el taumaturgo á quien escuchaban lo mismo los peces que los hombres; á Masséo de Marignano, «varón de extraordinaria santidad y ciencia,» (*capitulo VIII*); á Frá Pacífico, á Frá Jacomino de Verona, á Buenaventura, el Platón del siglo XIII; á Jacopone, el poeta de los grandes dolores; todo el coro místico de los primeros franciscanos, que han recogido el ardor y las inspiraciones de su Padre; artistas, oradores, teólogos, filósofos, poetas, santos, que van á fundar sobre la sociedad del feudalismo armado de hierro, sobre las impurezas de la orgía que manchaban á Europa, sobre las invasiones de los heterodoxos que agitaban las conciencias, la espiritual é inmaculada *Ciudad de Dios*.

Mirad aquél hidalgo español, de vasco solar, de conspícuo abolengo; fuerte como todos los héroes de su raza; indomable como el encrespado mar que rompe contra las cántabras montañas; animoso como todos los seres que sienten dentro de sí las palpitations de los grandes ideales. Miradle allí, en la oscura capilla de *Montmartre*, con las primicias de sus discípulos, Pedro Lefebre, Francisco Xavier, Simón Rodríguez, Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Nicolás Bobadilla, jurando sobre la Hostia consagrada el cumplimiento de sus votos; mirad la Orden de los Jesuitas, *para mí tan querida* (más ilustre y más amada en los días actuales de tribulación y de prueba), cómo se reparte el Universo frente á frente de las orgías del

Renacimiento, de las prostituciones de la Reforma. Y mientras que un canónigo de Florencia y un físico de Italia, echaban á rodar al mundo sobre sus ejes, y arrojaban los astros en el inmenso espacio; y Rafael adivinaba en su fantasía la inmaculada hermosura de la Virgen; y Tasso celebraba las glorias católicas con el entusiasmo de un Cruzado; y el Cardenal Borromeo resucitaba por el Milanésado y Suiza la memoria de las primeras edades apostólicas; y Belarmino, el más ilustre de los controvertistas, escribía sus *Diálogos*, para ser el águila de los doctores y el martillo de los herejes; y Vives, Suarez, Leibnitz, elaboraban sus profundos sistemas filosóficos; y Palestrina evocaba del polvo de las edades pasadas los acentos de Job, las lamentaciones de Jeremías; la milicia sagrada, los discípulos de Ignacio de Loyola, los más grandes entre los hombres, los maestros en todo linaje de enseñanzas y disciplinas; que han sorprendido y enseñado desde los resortes que determinan el desenvolvimiento de los humanos imperios en la Historia, hasta las leyes que profetizan el desenvolvimiento de los astros en lo infinito; los que han de traer á los revueltos senos de las modernas épocas el reinado social de Jesucristo; con la raída sotana, el crucifijo y el breviario, van renovando, en cuanto baña el sol y en cuanto se dilata la tierra, la epopeya católica del XIII siglo.

Y llegando á tiempos que son nuestros tiempos; á hombres que son nuestros hombres; Ozanam, Balanche, Chateaubriand, Donoso, Oberveck, Montalembert, Lacordaire, Pío IX, Mozart, Manzoni.... ¡cuántos corazones sostenidos por sus ejemplos, cuántos discípulos enardecidos por sus creaciones, han atraído en torno suyo, aun desde los mismos senos del sepulcro!...

¿Qué hay, pues, de extraño en que vengan á Catalina los que padecen el mal del cielo? ¿Qué de sorprendente en que la bendigan los pueblos, ó en que los discípulos la adoren?

Mirad su *familia espiritual*; mirad sus discípulos. Allí viene, vestido con los hábitos de la Orden Dominicana, Raimundo de Capua. De la raza de los grandes hombres debe de ser, á juzgar por la lumbre de sus ojos, por la espaciosa serena frente, por la noble escultural cabeza, que diríais arrancada

á una tabla del candoroso pintor de Fièsole, por la ingénita distinción de toda su figura, que atrae con poderosos imanes; por el prestigio emparejado á su persona, por los homenajes de simpatía, de admiración, de respeto, que todas las gentes á porfía le rinden. Misionero, por sus predicaciones; santo, por sus virtudes; místico, por sus tendencias; político, por los consejos que distribuye en los hogares y en los claustros; noble, por su cuna; plebeyo, por la confusión de sus sentimientos con los sentimientos del pueblo; perspícuo de inteligencia, abundante de palabra, candoroso de corazón; canonista, historiador, teólogo, Raimundo de Capua ha rehusado dignidades, capelos, prelacías, con porfiadas instancias requerido, para entregarse, sin las sollicitaciones privativas de los altos puestos, á servicio de los menesterosos, quedando de esta suerte más glorioso en su sencillez, y más grande en medio de su pobreza. Hay en su figura, en sus actitudes, en sus palabras, el sello de acendrado espiritualismo, que marca y dulcifica con su fuego los contornos de la materia, y en toda su persona, no sé qué aire de tristeza, como aquél que no se encontrára bien en parte alguna. Si con él os topáseis al doblar las sombrías encrucijadas de Siena, en la iglesia de su Convento, ó en los hogares de los pobres, no, no podríais menos de besar amorosamente su blanco hábito, y de guareceros en el seguro de sus bendiciones y de sus consejos, como las almas que, agitadas por el huracán de las pasiones, se guarecen bajo las alas del ángel de la guarda....

Una mañana, entrando Catalina en el *Hospital de la Misericordia*, en Siena, turbáronla grandemente plañideras inacabables voces. El Rector del piadoso asilo, el Padre Mateo, herido por la peste negra, acababa de ser llevado, como difunto, de la capilla al dormitorio. La Santa, apartando á las consternadas multitudes, entró en la cámara, y aproximándose al apestado dijo: «¿Qué hacéis así, Padre Mateo? ¿Cómo os estáis tranquilamente descansando, cuando tanto se necesitan vuestros auxilios? Levantaos por Dios, y continuad vuestros trabajos.» Sacudido de su letargo por la vibrante voz de la Hermana, que hería sus oídos lo mismo que el llamamiento del clarín, el Rector, abriendo los ojos, como los que resucitan, se incorporó por

sus propias fuerzas en el lecho. Buen trasunto de la resurrección en el castillo de Bethania, del poder del Divino Nazareno, que despertaba á los muertos de tres días con el soplo de la palabra omnipotente: *¡Exi foras!* Y Lázaro se levantó del fondo de la tumba sacudiendo las ataduras de la mortaja, con las visiones de la eternidad en su retina.

La Santa salió del dormitorio, sin cuidarse más del Padre Mateo. Y como en la escalera se topase con Raimundo de Capua, díjole éste con aire de reproche: «¿Cómo, por qué dejáis perecer á un enfermo que nos es tan querido, y cuando tanta necesidad tenemos de él?» Catalina, turbada por las palabras del buen dominicano, calló. Mas al cabo de unos instantes dijo: «¿Por qué me reprendéis? ¿Soy por ventura el Omnipotente Dios, que ordena la muerte ó la curación de los enfermos?» «Yo conozco vuestros poderes ocultos, respondió el de Capua, y nada, no, nada hay que vos no podáis conseguir con la plenitud de la esperanza y de la fe.» La mística inclinó humildemente la cabeza; y luego irguiéndola y clavando los dulces ojos en los cielos, como quien todo lo tiene puesto en ellos, con la confianza de los que están iluminados, repuso: «Vamos, pues, tomemos ánimo. Por esta vez el Padre Mateo no morirá.» Así era ciertamente; porque en aquella hora el Rector comenzaba á pasearse tranquilamente por su cámara; y poco más tarde, confortábase con saludable refrigerio, entre el asombro de los asistentes, que, veíanle como recién muerto, huído, por misteriosísimos conjuros, á los senos del otro mundo.

Raimundo de Capua cuéntanos como él fué, á guisa del Padre Mateo, reanimado cuasi milagrosamente por la Santa. Abrasábanle los incendios de la calentura, como si un rayo se hubiera en sus huesos prendido; extenuábale la fatiga proveniente de crueles viglias, en auxilio de los apestados soportadas; oscurecíasele la mirada, á fuerza de la debilidad de la materia; ruidos extraños le zumbaban, á manera de aquellarre, en el cerebro; y creyendo venidos los postreros instantes de su existencia, escuchando los rumores de la eternidad, y viendo abrirse ante él la abrumadora perspectiva de lo infinito, encomendaba con toda suerte de oraciones al misericordioso Dios su alma, expuesta al duro trance de marchar sola, por igno-

tos senderos, y rendida por el peso de sus culpas, á la presencia del Soberano Juez. Y no quería, no, irse, sin haber sentido por su espíritu, como aurora de la inmortalidad, la serena mirada de la Santa; sin haber recogido en sus oídos, como preludio de la gloria, los dulces acentos que ahuyentaban, cual si tuvieran algo de la Omnipotencia, lo mismo el soplo de la enfermedad, apercebida para cebarse en el organismo físico, que los nublados de la tribulación, dispuestos á descender sobre las almas.

Un día, cuando la peste mataba más implacablemente en Siena; caminando trabajosamente por las tortuosas calles repletas de cadáveres insepultos, ya sostenido por el brazo de algún buen devoto, ya arrastrándose apoyado en el muro de los edificios; pensando más de una vez caer exánime, yendo á engrosar los hazes de humanas víctimas, llegó hasta la casa de Catalina, cayendo, al penetrar en ella, como muerto. La Santa le levantó en brazos, cuidándole luego como á un niño; y tomándole las incendiadas sienes entre sus manos, se las oprimió por largo tiempo. Pasadas dos horas en profundo y tranquilo sueño, el religioso se levantó sereno y animoso, como si nada hubiera acontecido.—«Y ahora, padre mío, proseguid vuestras interrumpidas faenas,»—le dijo sencillamente Catalina.

Raimundo era ya su confesor; no tardaría en ser uno de sus más ilustres discípulos. Ella le prefería á todos sus consejeros y directores, «á causa de la ingenuidad de su carácter, de su franqueza á toda prueba, de su fidelidad en el cumplimiento del deber.» El prudente dominicano, en trueque, se enteraba minuciosamente de todos los pormenores de la vida de Catalina, informándose hasta de sus impenetrables pensamientos; como si quisiera leer en aquella alma, en la cual se miraban los ángeles, lo mismo que por las páginas de su breviario. A todo respondía ella con esa mezcla de suavidad y de firmeza, de mansedumbre y de autoridad propia de los caracteres de su temple. «Palpitaba en la dulzura de sus palabras, dice M. Albana Mignatí, una energía fogosa, relampagueante, que subyugaba á todos los espíritus, aun los más eximios.» Raimundo confiesa candorosamente, que llegó á trocarse, á poco de tratarla, en su discípulo; y que el director demandaba á la peni-

tente consejos. Y eso que muy pocos le emularían en puro misticismo; en apego á las cosas santas; en espíritu teológico; en conocimiento claro de la vida y de sus dolores, de la religión y de sus consuelos. Así, habíase identificado con la existencia de Catalina, por tal arte, que parecía realmente como una proyección del espíritu de la Santa, tanto en su cuerpo como en su alma.

A todas partes la acompañaba, como sombra viviente de sus pasos, que no pide más que el derecho de verla y de venerala, á Pisa, á Florencia, á Aviñón, á Roma. Y un día, cuando la situación tristísima de la Cristiandad demandaba la presencia de los campeones de la fe en todo el orbe, la Santa, que por ese tiempo estaba más en el cielo que en la tierra, atenta sólo á los llamamientos de la muerte, al distribuir á sus discípulos, asociándolos á su obra redentora, mandó á su confesor á Francia, bien necesitada de ese apostol, en medio de los crecimientos del cisma, de los ataques de los heterodoxos, y de los horrores indecibles de la guerra de los *Cien años*. Ella le acompañó hasta esa melancólica playa de Ostia, donde San Agustín habíase separado de su madre. Y allí, sobre la arena humedecida, ante el inmenso mar que parecía acompañarles amorosamente con sus gemidos, se dieron el último y doliente adiós, llorando. Catalina permaneció por largo tiempo de rodillas sobre la desierta ribera, mientras el navío se alejaba. El abismo del Océano los divorciaba ya en el tiempo; bien pronto la muerte de la Santa los separaría con el abismo de la eternidad en medio.

Pero no quiso, no, el bendito dominicano volar á encontrarse con su hermana, sin haberla inmortalizado en ese libro que parece bañado por la luz del cielo, en la *Historia de la Virgen de Siena*, que los diligentes Bolandistas compilaran. Leedlo, si no lo habéis leído. Imposible recorrer esas páginas, avaloradas por todo el sabor y todo el arte de los primeros Cronicones, escritos en el religioso silencio de los cláustros, á la luz de las sacras lámparas, sin sentir admiración vivísima, hondo respeto, poderosa simpatía, por ese fraile venido de las comodidades de los palacios á la mortificación de los conventos; sabio, sencillo, elocuente, hombre de acción y de con-

templación al mismo tiempo; exento de mundanas ambiciones; consagrado, con exaltada devoción, al culto de la idea moral, al cumplimiento de los preceptos y de los consejos evangélicos; en comercio íntimo con Dios, y en la práctica de toda suerte de virtudes. Político por lo profundo de su sentido práctico en todo lo que concierne al nefastísimo estado de la cristiandad en las postrimerías del siglo XIV; cronista que no se olvida ni del más insignificante de los detalles, agrupando en derredor de la heroína todo lo que puede contribuir á levantarla sobre la cima de su época; creyente que ha visto, que ha palpado la realidad de lo sobrenatural, ahí, en esos indubitables milagros cumplidos por la intervención de la Santa; místico que ha ahondado con perspícua mirada, desde los misterios más profundos del espíritu, hasta los arcanos más impenetrables de la gracia, señaladamente en esos dos capítulos dedicados á la exposición de la excelsa doctrina de los *Diálogos*; artista que hace revivir en narración animada y pintoresca,—limpia felizmente de todo ese fárrago de noticias varias que desatinan al gremio de los eruditos vulgares y ridículos, para quienes toda la ciencia se resume en hacer una cédula bibliográfica, ó en conocer por el colofón los libros,—caracteres y acontecimientos, instituciones y hombres, el cuadro luminoso y viviente de su época, con todas sus caídas y todas sus elevaciones; historiador de criterio y de pensamientos propios, desenvueltos en movimientos apasionados, con todo el fuego de la creencia más ardiente, pero sin faltar por ello á las reglas más severas de lo justo, ni dejar de consignar los hechos con toda la crudeza de su realidad, sean favorables ó contrarios á las convicciones propias, rindiendo lealmente tributos de admiración y de entusiasmos ante todo lo que lleve sello de nobleza y de heroísmo; Raimundo de Capua, al escribir la *Vida de Santa Catalina de Siena*, ha puesto en sus páginas, iluminándolas, toda su alma, digna de haberse unido al alma adorable de la Santa, por la conjunción de los espíritus, como una estrella á otra estrella, por las conjunciones de los astros. Yo de mí sé decir, que pocas veces he gustado esa dulce espiritual delectación que se siente á presencia de todo lo santo, de todo lo bello; respirado el aire

natal de mis propios sentimientos, como al recorrer con inusitadas impaciencias, pues hubiera deseado asimilármelas todas en un solo instante, las amarillentas páginas de esa *Crónica*, en la edición de los Bolandistas, por mí consultada cuidadosamente este verano en la Biblioteca Universitaria de la vieja ciudad, adormecida perezosamente á la sombra de su torre incomparable. *Altio rem vidit; meliorem nunquam*. Luego, al irme para el benditísimo hogar donde viven, y me aman, y me sueñan los que son alma de mi alma y sangre de mi sangre; límpidos los dilatados cielos; avivada la fantasía, al recuento de los cadáveres de la historia; encendidos los nervios por esa exuberancia de vida que llena la caldeada atmósfera de gérmenes, de cánticos, de perfumes, é hincha las venas, y enardece al espíritu, y hace de los crepúsculos del mes de Agosto orgiásticos festines de la Naturaleza, estremecida dulcemente á los alientos de fecundo amor que palpita en la iluminación de los espacios, en el resplandor de las luciérnagas, en el chirrido de las cigarras y de los grillos, en los céspedes asfixiantes con nubes de aromas, en el arrullo de los mares que cantan voluptuosa serenata; al atravesar por las oscuras calles que á la querida catedral se avecinan, parecíame ver, proyectándose por aquellos atrios, la noble sombra del historiador de Catalina; y el tañido de las campanas, llamando á los reverendos canónigos á las dulzuras de apacible siesta consagrados, sonaba en mi alma como el repique del *Aleluya* allá por Pascua, celebrando la resurrección del espiritualismo de los siglos medios, en bien dolorosísimo contraste con los nuestros, de fieras ambiciones, de rebajamientos en los caracteres; de audacias que son siempre el camino más corto para todos los encumbramientos; de sabidurías improvisadas y de exhibiciones ridículas; de gárrulos obligados oradores de casinos y de teatros; de prosa desesperante que desvirtúa los sentimientos más inefables, tratándolos como á las cantidades en la pizarra; de superioridades absurdas que descansan, como supremo título, en una buena carga de millones; de hipocritismos farisáicos, que andan por este mundo disfrazados con máscara de santidades semi-angélicas; de naturalismos blasfemos que nos niegan toda esperanza, como aquella inscripción que

viera Dante sobre las puertas del Infierno; tiempos envilecidos por toda suerte de degradaciones, y turbados por todo linaje de desventuras; y en los cuales las almas, que, no sé si por privilegio ó por castigo, han venido á la tierra para padecer las torturas del ideal, vuélvense apenadas en demanda de luz, de verdad, de hermosura, de oxígeno espiritual, á las santas grandezas del siglo XIII, ó llaman con plañidero clamor á la muerte, creyendo noblemente que hoy la vida no merece, no, el horrible trabajo de vivirse.

Después de Raimundo de Capua, el discípulo más querido de la Santa, fué Stefano de Maconi, noble de Siena. Su vida, más parece engendrada en la fantasía de algún poeta, que arrancada á las páginas de la viviente realidad (1). El renombre de su gallardía, de su valor, de su linaje y de sus talentos, conquistáronle fácilmente la admiración, y con la admiración el amor de las doncellas más ilustres. Ninguno, entre sus camaradas de aventuras, le aventajaba en el conocimiento de la esgrima, tan necesario en esa época; ni en lo costoso y artístico de sus brocados, de sus áureos tisúes que no podía un puñal atravesar; ni en componer lánguidas fascinadoras serenatas, con las cuales regocijaban á la ciudad en el misterio de la callada noche; ni en lo elocuente y espiritual de su palabra; ni en lo variado y luminoso de su fantasía; ni en derrochar en las disipaciones de un festín cuantiosa suma de florines; ni en dirigir las compañías de doncellas y de jóvenes, que adornados de preciadas vestiduras y coronados por bien olientes flores, habían de recorrer calles y plazas en la festividad de San Juan Bautista; ni en requerir con sentimentalismos y dulcedumbres de mayor finura á las hermosas sienesas, que muchas veces escucháran sus palabras tras de las espesas celosías, estremecidas de pasión é incomparables de belleza, con sus bordados de realces riquísimos, y sus pedrerías relucientes, como las noches orientales.

(1) Véanse los *Documentos auténticos*, encontrados en la *Grande Chartreuse* de Grenoble, y publicados por Dom. Martena. No fueron conocidos de los Bolandistas.

Rostro de color trigueño, vigorizado por naciente bozo; espaciosa clarísima frente, embellecida por negros cabellos y por arqueadas cejas; ojos de mirar profundo y ardoroso; postura de distinción y de nobleza; uniendo á estas prendas, ya de suyo bastantes para rendir los corazones, el poético estro, cuyas inspiraciones sugeríanle trovas de tal propiedad y de tal belleza, que apenas salidas de sus labios, se cantaban ó se decían al son de las guzlas y de los bandolines, entre los poetas y los cantores de la noble ciudad, que veía en el joven vástago de los Maconi, uno de sus más esplendentes ornamentos. Pero el enamorado y casquivano mozo, sin que sus convecinos atónitos pudieran topar con el motivo de transformación tan inaudita, apartóse repentinamente de celosías y de festines, de serenatas y de prodigalidades, viéndosele al morir el día por los alrededores de Siena, ó por los claustros de la Catedral, oscurecida por las sombras del crepúsculo, solitario, pensativo, triste, pálida la color, rodeados de verdinegros círculos, en señal de largos insomnios, los ojos; como si no le desamparase ni un segundo, idea avasalladora y profundísima, prendida hasta en la médula de los huesos. ¡Oh! Por ahí debe de andar ó la religión ó el amor.

El mismo Stefano nos declara en varias de sus cartas á los amigos, el secreto de tales cambios.

Amor me mosse che me fa parlare,

podía decir el desasosegado Maconi, con el divino poeta de Florencia. Lo cierto, que por aquellos días, que eran los del año de 1372, vino á Siena desde un Convento de Bolonia, donde á la usanza de aquellos religiosos siglos se educara, la celebradísima doncella Isabel de Salimbeni. Y la hermosura de Isabela, hirió, con herida de muerte, al de Maconi en el corazón; y en el corazón, en el punto mismo en el que reside el amor. Ya bien pudieron explicarse las buenas gentes, preocupadas con el ensimismamiento del mancebo, los largos solitarios paseos en comunión de la naturaleza, los días nublados por temores y vacilaciones perdurables, las noches apenadas por las agitaciones del insomnio, la espiritual demacración de las mejillas, las

sombras que rodean sus ojos, los suspiros que se exhalan de su pecho, las palabras á media voz que se escapan de sus labios, la interesante languidez de toda su persona, realzando aún más los atractivos de su varonil hermosura. El amor, el amor absorbente, poderoso, inmenso, único, había tomado por asalto su sér entero, agitando los nervios, incendiando la sangre, desasosegando la vida, llenando la fantasía de insomnios, las mejillas de lágrimas, y el corazón de tristezas y de aspiraciones inexplicables.

¿Quién no hubiera enfermado como él de amor por Isabela de Salimbeni?

Los muros del convento de Bolonia, ¡cuántas dulces serenatas escucháran, dirigidas á la noble sienesa allí encerrada! ¡Cuántos de entre los mancebos más distinguidos, de limpio blasón, de saneada fortuna, de atractiva gentileza, quedábanse por sendas horas en el templo, con aparato de compunciones místicas, esperando en sus impetuosos afanes, y por suprema remuneración de sus fatigas, divisar las celestes miradas de Isabela, brillantes como mundos de luz entre las sombras del amplio corol! ¡Cuántos hubieran trasladado de buena gana sus hogares al pié de la oscura encrucijada, por la esperanza de percibir al través de las traicioneras celosías la sombra de su sombra! ¡Y cuántos suspiros y requerimientos no importunaron á mandaderas, á rejas, á tornos, para toparse, por respuesta á sus solicitudes, el silencio sepulcral de aquellos claustros!

Y en verdad que todo se lo merecía la de Salimbeni.

Su dulce languidez, «ese infinito de la tristeza humana que cruzaba por su frente»; el elegantísimo vestido que la aprisionaba entre sus pliegues; ese olímpico reposo, contraste del calor, del fuego, de la exaltación que atravesaban por sus nervios, vibrantes como las cuerdas del arpa; la expresión soñadora que aumentaba la nobleza y la distinción de su persona; sus facciones de melancólica dulzura; los ojos, los ojos profundos, intensos, apasionados, oceánicos en el mirar que reverberaba no sé qué misteriosas claridades; su sonrisa, sus cabellos, su educación, sus actitudes, su nombre, sus pensamientos, sus rezos, sus palabras, su palacio, su retiro, los detalles todos de su existencia, hacían de ella, más que criatura de este

mundo, algo divino é immaculado, eternamente amable é ideal.

Arrastraban á Stefano de Maconi hacia Isabela de Salimbeni, los bríos de su mocedad, lo ardoroso de su pasión, los sueños de su alma, las tendencias de sus romanticismos, los llamamientos impetuosos de su existencia, hasta entonces perdida en las desolaciones de cruel vacío; cierta cariñosa simpatía que creyera ver en la mirada de la joven, en algunas de las fiestas de las iglesias ó en las diversiones del Común; y apartábanle de ella, al propio tiempo, la inmensidad misma de su ternura, que le trocaba en irresoluto y tímido, á él, galanteador impenitente; el hondo respeto que le impulsaba á venerarla, como los místicos á las imágenes de los altares, en éxtasis; la reclusión cuasi cenobítica en que la tenía puesta su fiero padre, en la soledad de su Palacio, medio castillo, medio monasterio; lo aventajado de la prosapia de los Salimbeni; lo crecido de sus riquezas, lo elevado de sus ambiciones, que, los llevaban á estatuir, por medio de diplomáticos enlaces, alianzas con los Príncipes italianos más conspicuos, buscando por toda suerte de manejos el engrosamiento de su fortuna, y el medro nobiliario de su casa. «Los Salimbeni—dice el *Cronicon Sienense* de Andrea Dei, continuado por Ángelo Tura,— en 1368 mantenían en Siena entre diez y seis casas, un tesorero común encargado de administrar sus rentas, y todos los años cada casa recibía 100.000 florines, ó sean cequíes.»

A pesar de esto, pasados apenas dos meses de grandes inquietudes, ya todo era día en el alma de Stefano, al ser amado con todos los entusiasmos del primer amor, por la de Salimbeni.

¡Qué vértigo, qué embriaguez de dicha! No veía, no, Stefano más que por los ojos de su amada; no respiraba más que por sus alientos; no había para él más cielo que la luz de aquellas pupilas, capaces de resucitarle si ya estuviera olvidado en el sepulcro; ni más música que la melodía de aquellas palabras poderosas para disipar todas las negruras de la vida; ni más Universo que aquella alma, la única que esperaba sobre la tierra. Arrancad, arrancad á un árbol del terruño que le sostiene; arrancad el corazón chorreando sangre de vuestro

pecho; la ilusión querida, por ser eterna, de vuestro espíritu; la pasión suprema de vuestra existencia; ¡ah! así únicamente pudiérais arrancar del alma de Isabela la imagen y el amor de Maconi, y del alma de Maconi la imagen y el amor de Isabela. Pero ¡oh tristeza sobre toda tristeza, y amargura sobre toda amargura! La muerte, la implacable muerte vino á herir traicioneramente á la doncella; y la cosecha de esperanzas y la florescencia de ilusiones, quedaron, como doloroso sueño, sepultados en el estercolero de una tumba. «Y al morir, como ha cantado un gran poeta, se habían hundido á los ojos de Stefano el ara y los altares de su iglesia, el territorio de su patria, el hogar de su corazón, el puerto de sus penas, el refugio de su vida; y no le quedaba más amparo, ni más puerto, ni más asidero que el sepulcro.»

Él presenció, como un muerto salido del hoyo por milagro, desde el fondo de solitaria capilla, las suntuosísimas exéquias celebradas en la iglesia de San Cristobal, por su amada. Los negros paños, descendiendo desde lo alto de la bóveda como un sudario; las antorchas, cuyos mortecinos reflejos se vislumbraban entre las sombras de la iglesia, á guisa de bailadores fuegos fátuos; las siniestras descarnadas calaveras, que ponían miedo en el ánimo de los asistentes, con el destello fosfórico de sus ojos y el aire amenazador de sus gestos; la fúnebre oscuridad de aquél recinto; las graves y clamorosas salmodías; el tañido acompasado de las campanas; las negras vestiduras de los sacerdotes; el duelo de los que presenciaban las exéquias; todo acompañaba al desesperado de Maconi en los espasmos de sus dolores, de sus tristezas indecibles.

Aquellos conmovedores acentos del *Oficio de Difuntos* no eran, no, para el atribulado joven, ni los gemidos de los bien apitanzados cantores, ni las lágrimas de los instrumentos llorando sobre la losa de una tumba; aquellas notas vigorosas, tremendas, parecíanle á Stefano como los lamentos y los plañidos de su propia alma, huérfana del amor y de las miradas de Isabela.

Un día, para buscarla en los horrores de la fosa y abrazarla por eternidad de eternidades; para desposarse con ella en las nupcias de la muerte, ya que no pudiera desposarse como

todos al pie de los floridos altares de la Virgen; para confundir sus huesos con sus huesos, y resucitar después juntos, al llamamiento de las apocalípticas trompetas; un día, iba diciendo, Stefano, como si el universo se hubiera desplomado en derredor suyo; sin sentir más que la inmensidad de sus angustias, ni escuchar más que las voces de su pasión, nunca amenguada, ni ver más que los claros ojos de su amante, que le miraban desde el fondo de la tierra, fuése al panteón de los Salimbeni, preguntó al custodio de aquellos lugares por la tumba donde encerrarán á Isabela; y loco, convulso, llorósimo, ardiente por las hogueras de la fiebre, se hubiera enterrado con la doncella vivo, consagrándole de este modo el culto de su vida presente, y las adoraciones de la vida que comienza sobre la losa del sepulcro, á no haberse percibido de sus propósitos y disuadídole violentamente de ellos, los parientes de la que, aun muerta, tan profundas y tan románticas pasiones inspiraba.

Después de esto, para el de Maconi, la negra desesperante melancolía, la pasión infecunda y sin objeto, el recuerdo implacable de tantas cosas fenecidas; el desfallecimiento del espíritu y el cansancio de la materia; el mal del amor, que consume lentamente, y priva del apetito, y extingue la afición á todos los goces, y apaga la mirada, y enflaquece el cuerpo, aniquilándole á la postre; el anhelo por desasirse de este mundo, y que le iba acabando poco á poco, á poder de sentimiento voracísimo, mostrándole como suprema esperanza el fondo del oscuro sepulcro, más claro, más viviente que los senos de su propia alma, verdadero campo-santo de ilusiones.

Bien pudiera, amaestrado por tales desencantos, enterrarse entre las arenas de los desiertos, ahogando allí hasta los vagidos de su amor; ó ampararse en el seguro de los claustros, vestido de sayal, evaporando la vida entre lágrimas y plegarias; ó buscar reposo á sus dolores entre el fragor de las grandes guerras que asolaban por aquellos días á Europa; y consagrarse con todo linaje de sacrificios á sus hermanos, por la práctica de la caridad ó por las austeras investigaciones de la ciencia. Pero Stefano descendió, y descendió misérrimamente, desde los cielos de sus idealismos, con las alas quebradas,

como los ángeles rebeldes. Y viósele entonces, huyendo hasta de la sombra de los recuerdos, por las orgías de los epicúreos, aguijado por el deseo de gozarlo y de vivirlo todo, para ahondar aún más en su interior las tristezas de la soledad, y las ansias perpétuas de la muerte.

ADOLFO DE SANDOVAL.

(Concluirá.)





APUNTES

DE

UN VIAJE POR ARGELIA Y TÚNEZ

Continuación (I)

III

ARGEL

Si dócil nuestra pluma acertara á describir las gratas impresiones que conservamos de la capital argelina, es seguro que el presente artículo, sin salirse de la realidad, resultaría el más interesante y ameno de nuestro trabajo. Argel es una de esas poblaciones que logran imprimir en el alma huellas profundas, recuerdos deleitables y duraderos, y por la que suele sentirse, después de abandonada, esa especial nostalgia, que alguno creo ha calificado de africana.

Si alguno me pregunta la causa de ésto, le diré que Argel es por su posición topográfica, por su historia y por su condición de capitalidad de la Argelia, por su clima, por su población, por sus obras modernas, por sus edificios antiguos, por mil y mil conceptos, una población importantísima, la más importante, bajo ciertos aspectos, no sólo de la Argelia, sino hasta del continente africano.

(I) Véase la pág. 480 de este tomo.

Argel ofrece al erudito abundante cosecha de saber en los trojes de sus ricas bibliotecas y museos (1), y en el activo comercio intelectual de sus Academias y escuelas; presenta al literato temas escogidos, donde puede ejercitar ventajosamente su numen; abre al político nuevos puntos de vista para el régimen y gobierno de pueblos de otras razas; prodiga, en fin, al turista, al curioso viajero, una serie de panoramas, á cual más encantador, un cuadro de trajes, costumbres y caracteres enteramente distintos de los nuestros, una porción de novedades curiosas con que enriquecer sus apuntes de viaje. Encontraránse en otros puntos de la Argelia condiciones tan notables, y acaso más; pero no se hallan, de seguro, reunidas en tan armónica y bella proporción como en esta ciudad, que si representa la capitalidad política, es porque naturaleza le ha concedido antes condiciones excepcionales.

No es hoy Argel, como hace tres siglos, impune asilo de malhechores, guarida segura de piratas y corsarios; no es la Argel actual la ciudad de los fracasos de Carlos V, ni el lóbrego calabozo donde sufrían indecibles tormentos los cautivos cristianos, á cuya redención se dedicaban los PP. de la Trinidad, de la Merced y Redentoristas; no es la ciudad de los Tratos, como nos la describe el inmortal autor y valeroso soldado, cuyas cuitas y amarguras en ella, sólo son comparables á su ardimiento y coraje, siempre ingenioso y fecundo en recursos para evadir la ominosa y bárbara servidumbre (2). Hoy, por el contrario, es una colonia floreciente de Francia, donde el espíritu civilizador de esta nación ha encontrado campo ex-

(1) Hablaremos de ésto en uno de nuestros artículos próximos.

(2) ¡Cuántas veces debió exhalar Cervantes en su cautiverio esta sentida plegaria, que consigna en sus *Tratos de Argel*:

Vuelve, Virgen Santísima,
 tus ojos, que dan luz y gloria al cielo,
 á los tristes que lloran noche y día,
 regando con sus lágrimas el suelo.
 Socorrednos, bendita Virgen pía,
 antes que este mortal corpóreo velo
 quede sin alma en esta tierra dura
 y carezca de usada sepultura.

tenso en que ejercitar esta obra filantrópica, cerrando así, al menos por ahora, esa sucesión de tropelías y atentados de que, por larga carrera de años, venían siendo víctimas las naciones europeas, que recordaban con estupor las desgraciadas empresas de Carlos V. Extinguida la piratería, abolida la esclavitud, contenidas por la fuerza las tendencias malévolas de una raza fanática, Argel ha perdido la sombra misteriosa que la envolvía, ha roto las barreras que cohibían su marcha, y ha entrado de lleno en la senda del verdadero progreso. Nada se echa allí de menos de lo que apreciamos en nuestras ciudades europeas: seguridad personal, comercio concurrido y facilitado por todos medios, instrucción pública, industria, artes, todo vive allí una vida desahogada, y aun próspera, gracias al aura de prudente libertad que se respira, y al constante sacrificio que la madre patria se impone en la más importante de las colonias francesas, y muy especialmente en la capital que nos ocupa.

Verdaderamente, si resucitados de sus tumbas aquellos tiranos del nombre cristiano, cuyas crueldades nos describe Fr. Diego de Haëdo (1), pudieran contemplar hoy el teatro de sus maldades, cómo aquellas crueles mazmorras y lugares de tormento han cedido su puesto á los hospitales, en que se asiste al enfermo, á los hospicios, en que se cuida al desvalido, á las casas de maternidad en que se ampara al huérfano, y esto, bien entendido, sin reparar en raza ni creencias religiosas, ideas todas muy inferiores á la idea de humanidad; si contemplaran, digo, las venganzas de este género que toma Francia, y tomamos todos, de sus desmanes y pérfido proceder, debían caer de hinojos ante la respetable superioridad de una sociedad y de una civilización que devuelve bien por mal, y corresponde al odio con la benevolencia y el sacrificio. Pero no; el musulmán es ciego, con esa ceguedad de espíritu que impide reconocer el beneficio aunque no impida el aprovecharse de él. Hoy mismo, que tanto debe la Argelia á Francia, que tantas mejoras en lo material ha implantado y tantas beneficio-

(1) Su obra titulada *Historia y topographía de Argel* ha sido recientemente vertida al francés.

sas reformas en lo moral ha ensayado, apenas si el nombre francés es más simpático en Argelia que el día del triunfo de las armas francesas. Pero dejemos estas reflexiones que nos separan ahora del asunto propuesto, esperando mejor ocasión para exponerlas con detenimiento.

Cuando se entra en Argel por mar y en pleno día, se disfruta de uno de los golpes de vista más preciosos que puedan imaginarse. La capa brumosa que envuelve la población, va desapareciendo poco á poco á medida que las distancias se acortan, y va mostrando los perfiles de una ciudad que desde las alturas de una ramificación del Sahel (cadena de altas colinas á orilla del mar) va descendiendo en anfiteatro hasta tocar con sus pies las aguas del Mediterráneo. La pendiente en que está edificada, como hemos dicho de Orán, la blancura de sus edificios, sus mezquitas y minaretes, y sobre todo, el panorama de sus alrededores, que semejan á grandes alfombras de verdor y exuberante vegetación por entre la que se destacan aquí y allá preciosas quintas de recreo en alturas á veces que parecen inaccesibles, pequeñas aldeas y casas de labor, numerosas cubas ó santuarios mahometanos, todo esto mirado desde el puerto, produce un golpe de vista que de puro hermoso parece fantástico. Hé aquí cómo se expresaba El-Abdery, moro valenciano, á la vista de Argel: «Es ésta una población que no se cansa uno de admirar, y cuyo aspecto encanta la imaginación. Sentada al borde de la mar, sobre la pendiente de una montaña, goza de todas las ventajas que son propias de su posición excepcional; ella tiene para sí los recursos del golfo y del llano. Nada se aproxima siquiera á lo agradable de su perspectiva.»

Apenas se ha puesto el pié en tierra, se presentan ante la vista los trabajos verdaderamente gigantescos del puerto y de las obras que le son contiguas. Pareciera tarea sobrehumana poner en comunicación fácil la antigua población de Argel con el mismo nivel del mar; y esto se ha conseguido á fuerza de ingenio y capitales sin cuento, puestos á contribución de obra tan grande y provechosa. Un gran boulevard, llamado en un principio de la Emperatriz, pues que fué ella la que en 19 de Setiembre de 1860 colocó la primera piedra, y una se-

rie de rampas con ligera pendiente que desde este boulevard conducen á la parte más baja, son las obras colosales que resuelven aquel problema. Este boulevard, llamado luego de la República, ancho como de unos ocho metros por término medio, y que soporta por el lado de la población edificios tan notables como el hotel de l'Oasis, la casa de la Compañía Transatlántica... etc. tras los soportales de una larga galería, ofrece del lado de la mar una balaustrada, donde vienen á apoyar sus codos los curiosos para presenciar las maniobras del puerto. Y para expresar en pocas palabras la grandeza de esta obra, diremos que dicho boulevard, que, como hemos dicho, soporta edificios de 4 y 5 pisos, es á su vez el último piso de los grandes docks y extensos almacenes á que han dado lugar las grandes obras de comunicación de que acabamos de hablar. Grandes columnas de hierro, al sostén de innumerables arcadas de sillería, son los elementos de solidez de aquellas obras, que nunca nos cansábamos de admirar.

Junto al boulevard de la República se halla la plaza del Gobierno, elevada también sobre una parte de los almacenes de la Marina: éste es el sitio más concurrido de Argel, el corazón de la ciudad: las calles de Bab-el-Guad y de Bab-Azzun, importantes arterias de la población europea, así como otras á donde desembocan algunas calles de la parte antigua, confluyen á esta plaza, y le dan un contingente de población continuamente renovado. Más larga que ancha, puede tener cerca de una hectárea: á la sombra de los abundantes plátanos que la adornan, hállanse algunos kioscos para la venta de periódicos: en el centro, álzase majestuosa la estatua ecuestre del duque de Orleans, por Marochetti. La librería bien acreditada de Jourdan, la casa de Correos y Telégrafos y algunos cafés y hoteles, son los edificios más notables que circundan esta hermosa plaza.

Si desde la plaza del Gobierno, atravesando la calle de Juba, nos remontamos á la plaza Malakoff, nos encontraremos frente á tres importantes edificios: la catedral, el palacio del gobernador, que está á su lado, y el palacio arzobispal, que está enfrente.

La catedral, de gracioso aspecto en su fachada hoy que se

han retirado ya los andamios que hasta hace poco la cubrían, presenta desde luego una escalera que conduce al pórtico con tres arcadas, flanqueado por dos torres, cuadradas hasta el cornisamiento y luego octógonas. En el interior presenta una nave, no de grandes dimensiones, cuya bóveda descansa sobre una serie de arcadas que vienen á apoyarse sobre columnas de mármol blanco: la bóveda está cubierta de arabescos estucados, como también la fachada, dándole un remedo de la arquitectura árabe.

El palacio del Gobernador, el del Arzobispo, la Biblioteca-Museo y otros edificios donde están instaladas muchas de las oficinas públicas, son casas moriscas de una arquitectura uniforme, en la que, los especiales destinos que se les dá, han modificado con frecuencia, en los detalles, el plan primitivo. Intentaremos describir éste en cuatro palabras.

La casa morisca afecta, por lo general, la figura de un cuadrilátero, y sus pisos concluyen por un terrado ó techo llano. Sus puertas, pesadas y guarnecidas de clavos de gruesas cabezas, están adheridas á quiciales de mármol ó piedra con adornos. Cuando se ha franqueado la puerta de la calle (que en las grandes casas está precedida de un pórtico), se entra en un vestíbulo rodeado de bancos que descansan sobre estacas clavadas en la pared: allí es donde el señor de la casa recibe á los extraños y despacha con ellos sus quehaceres. Pocos pueden pasar más allá del sitio que nos ocupa aun entre los parientes más próximos. Después de esta pieza sigue el patio, descubierta, pavimentado con mármoles ú otra piedra que despida pronto la humedad. Allí suelen reunirse en las grandes fiestas de familia, cuando la aglomeración de gentes imposibilita la reunión en el vestíbulo. En este caso se le cubre con esteras y alfombras y aun se le protege, con un toldo, del sol ó de la lluvia. Una fuente suele adornarle en el centro.

Alrededor del patio hay cuatro galerías, y tras ellas, los departamentos bajos, como la sala de baño, cocinas y cisterna. Estas galerías están sostenidas por columnas de mármol ó piedra, lisas, acanaladas ú octógonas, que soportan arcadas en herradura. Sobre estas galerías, hay otras de las mismas dimensiones y figura, pero con una balaustrada que sirve de

apoyo, y desde donde puede la vista esparcirse por el patio. Las puertas de los departamentos son generalmente de dos hojas y de la altura de la galería, y en algunas hemos visto trabajos notables de talla. Las galerías llevan sobre sí, como hemos dicho, un terrado que sirve de paseo á los hombres por el día y á las mujeres por la noche, á más de utilizarse para el tendido de la ropa. Algunas ventanas, pocas, con celosía, se dejan ver por el exterior de la fachada.

Tal es la casa mora, en el tipo más común de su estructura, tipo á que han dado lugar las condiciones de un clima cálido, y más aún que esto, el especial género de vida de las gentes que las habitan. Allí, el calor se debilita con los patios, galerías y ventiladores; allí, se temple la intensidad de la luz, hasta un extremo exagerado, según nuestro modo de vivir y trabajar. Recuerdo á este propósito, que en la biblioteca de Argel, verdadero espécimen de arquitectura morisca, había necesidad de encender el gas á las tres y media ó las cuatro, si el cielo aparecía un tanto nublado. Aquellas habitaciones oscuras, aquellas piezas secretas de la casa mora, son también el trasunto de una civilización misteriosa, engolfada con frecuencia en las cenagosas aguas de una liviandad repugnante.

Si desde la plaza Malakoff nos sentimos con fuerzas para emprender la subida á las alturas de la Casba, nos encontraremos en medio del antiguo Argel, de la población confusa y desordenada, cuya exacta descripción traduzco de M. Berbruger: «Suponed por un instante, que un nuevo Dédalo haya sido encargado de edificar una ciudad sobre el modelo del famoso laberinto; el resultado pues de su trabajo, sería algo de análogo al antiguo Argel. Calles estrechas, de anchura desigual, ofreciendo en sus numerosos rodeos todas las líneas imaginables, excepto, sin embargo, la línea recta por la cual los arquitectos indígenas parecían profesar una aversión instintiva; casas sin ventanas exteriores, ó á lo más, algunos ventanillos; pisos que avanzan uno sobre otro, de manera que hacia la parte más alta de las construcciones, llegan con frecuencia á tocarse los dos lados opuestos de la calle; y aun algunas veces queda abovedada la calle por un espacio bastante considerable. Representaos todo esto deslumbrando los ojos

con su blancura á consecuencia de la costumbre que había antiguamente de dar cada año dos capas de cal á los edificios, y habréis reconstruído el verdadero Argel con el pensamiento.»

Aunque volveré á hablar quizás de las mezquitas de Argel, debo decir ahora cuatro palabras, siquiera sea para que no resulte en esta ligera descripción un vacío indisculpable. De 166 edificios que contenía Argel en otro tiempo, consagrados á la religión musulmana, hoy sólo quedan 21 con este destino. Figura entre ellos, como el más importante, Chama-el-Kebir, la Gran Mezquita.

Presenta ésta su fachada principal á la calle de la Marina, donde forma una galería de 14 arcadas dentelladas, sostenidas por columnas de mármol blanco; en el centro de esta galería hay una fuente. Al entrar en la mezquita (operación para la que hay que descalzarse de antemano), preséntase á la vista una serie de navecillas, separadas por arcadas dentelladas, apoyándose sobre pilares cuadrados, y soportando techos en ángulos obtusos. La fuente para las abluciones está en un patio contiguo á la mezquita. Blanqueada con cal, la mezquita no presenta otro adorno que algunas lámparas, y unas esteras y alfombras que respetan los musulmanes hasta el fanatismo.

Al lado de la Gran Mezquita está la Mezquita Nueva, construída en forma de cruz griega, con una gran cúpula ovóidea y otras cuatro más pequeñas. Aparte de la forma que afecta, de sus dimensiones más pequeñas, de la fuente que está dentro de su mismo recinto, y de tener la cátedra ó púlpito de mármol blanco con adornos, téngase por dicho sobre ésta lo que acabamos de decir de la anterior.

Tal aparece en su parte material y sumariamente descrita, la actual ciudad de Argel, Icosium de los Romanos, Elchezair (las islas) de los Arabes, de Barbarroja y de los Turcos.

Para juzgar ahora del nivel que la instrucción pública alcanza en Argel, citaremos tan sólo algunos de sus establecimientos. Hay en Argel estudios superiores de Derecho (francés y musulmán), Escuelas de Medicina y Farmacia, ídem de Ciencias y de Letras con sección oriental. Posee un Liceo y escuelas comunales y privadas en gran número, para gentes de uno y otro y sexo y de ambas religiones. Hay en Argel una asocia-

ción científica con sección de ciencias, geografía y climatología; una Sociedad histórica que publica notables trabajos en la que titula «Revista africana». Sostiene también Argel una Academia militar y una Sociedad de Bellas Artes.

Termino este artículo, que ya va extendiéndose demasiado, mencionando algunas de las excursiones que hicimos por sus alrededores; fué una de ellas al Jardín de Aclimatación ó Jardín Botánico. Abarca éste una extensión de unas 80 hectáreas de terrenos á orillas del mar, y obedece su creación al triple destino de paseo público, de plantel para la producción y difusión de los vegetales indígenas, y de jardín científico y de aclimatación para los exóticos. Son notables las calles de palmeras y de plátanos; pero lo es sobre todo la destinada á los bambús, que alcanzan proporciones verdaderamente admirables. También aquí se ha ensayado la aclimatación de especies animales desconocidos en el país.

En el sitio que ocupa el jardín es donde empezó el desembarque de las tropas de Carlos V en 1541. Ocho días después, tenían que embarcarse de nuevo los restos de la armada sobre las naves que habían escapado á la tempestad.

Otro de los paseos deliciosos de los alrededores de Argel, es el que se hace á Nuestra Señora de África, santuario situado sobre la villa de San Eugenio, abrazando una extensísima zona que tiene á su frente el mar, y á los lados jardines y quintas diseminadas por todas partes. Este santuario es muy concurrido y visitado por la piedad, que le colma de ex-votos consistentes en cuadros, ojos y corazones de cera, cabelleras, ramos, etc. Frente á la puerta principal hay un monumento sencillo, consagrado á la memoria de los que han perecido entre las olas del mar. Idea verdaderamente ingeniosa y simpática al que observa la majestad del mar desde aquellas alturas.

En los paseos á Mustafá Superior é Inferior repítense siempre los mismos, pero siempre sorprendentes y magníficos espectáculos. La mar por un lado, los montes, ya sembrados de maleza, ya transformados en amenísimos jardines con vistosas casas de campo, son conjunto variado de belleza, cuyos encantos no se cansá la mente de admirar.

(Se continuará.)

FRANCISCO PONS.



LA MANO IZQUIERDA

CONTINUACIÓN (I)

Mad. de Beaufort callaba: su tía siguió diciendo:—Mr. Berton ha pedido ciento cincuenta mil francos hace dos meses, y se cree que apenas le han llegado para satisfacer compromisos anteriores.

—¡Es pasmoso!—exclamó Amelia. —¡Es inconcebible la facilidad con que ciertas gentes se procuran dinero! Yo recuerdo que una vez, allá en nuestros años difíciles, tuvimos nosotros necesidad de mil francos ¡mil francos miserables! El trabajo y las angustias que nos costó encontrarlos, no son para contados: y sin embargo, nosotros no éramos unos cualesquiera que veníamos no se sabía de dónde... ¡desde entonces, me subleva la facilidad con que esas gentes encuentran todo el dinero que les dá la gana!

—Pues ya ves, Amelia, cómo no es por el placer de pensar mal, sino por muy razonada prudencia, por lo que yo te pongo en guardia. Figúrate que esos recursos se les acaban, porque al fin las trampas también tienen su límite, y no me parece M. Berton de una travesura especial para alargarlas. ¿Te parece á tí que su mujercita tendrá escrúpulos para sacarle dinero, pongo por ejemplo, á tu marido ó á otro cualquiera

1) Véase la pág. 524 del número anterior.

que esté en su caso? Cuidado que yo nada sé ni nada he visto, pero la posición de esa mujer en esta casa, repito que me dá mucho que pensar.

La cara de Mad. de Beaufort se iba poniendo roja, mientras manejaba más aprisa que de costumbre la aguja de crochet con que tejía sus chambritas de lana: recordó instantáneamente que aún el día anterior había visto á Ángel con su marido en el Chalet, cuya entrada á todos estaba cerrada, y por algunos momentos sensaciones nuevas para ella y de un género irritante sublevaron su organismo. Por fin habló.

—No sé si habrás hecho bien ó mal en decirme eso, pero yo no te lo agradezco. ¡Probablemente no habrá nada, y sin embargo vamos á estar sospechando siempre: lo que hasta ahora me ha parecido una gracia, se me va á convertir en motivo de disgusto: bien podías haberte guardado para tí tus suposiciones, dejándome á mí en paz con mi credulidad!—y salió del comedor, dejando á Mad. de Lagarde lamentándose de su mala suerte en aquella casa donde ella venía á ser, al fin y al cabo, víctima de las faltas y los defectos de todos.

Mientras tanto, Mad. de Soissey, después de atravesar la verja, había torcido á la izquierda, tomando precisamente el camino opuesto á su casa, cosa de la cual no se apercibió el acompañante, porque no sabía hacia qué parte estaba situada.

—Mentira parece que hasta hoy no haya podido manifestar á V. los sentimientos que me inspira desde que le debo la vida—dijo Ángel demostrando cierta emoción.

—No veo motivo, señora, para merecer por eso sentimientos especiales, puesto que lo que yo he hecho es la cosa más natural.

—V. no se separa de Julio; á mí no me dejan sola—prosiguió la joven, sin que las palabras de Adolfo la desviasen de su idea.—¡Cuántos deseos tenía de hablar con V.!

—No era preciso que nos alejásemos de nuestros amigos para que me favoreciese V. con sus palabras; pero es de todo punto innecesario que me dé V. gracias por un acto que fué por mí hecho, no á V., sino á una persona desconocida, y que repetiría mañana en favor de cualquiera.

—Me es igual; á mí me ha conmovido, me ha trastorna-

do. ¿Calcula V. la impresión de la seguridad de la muerte y la de ser vuelta á la vida por un hombre... así, como V.? ¿ó me cree V. hecha de piedra?

—¡Oh! No, positivamente—dijo sonriendo el caballero.—Las piedras, sin embargo, matan á veces, y V. puede ser mortífera.

—¡Me teme!—pensó la mujer llena de júbilo, y dijo en voz alta.—Usted ha visto que más bien busco mi muerte que la ajena.

—Tengo por seguro que eso no lo hará V. más, y que le pesa de haberse expuesto á fin tan prematuro...

—¡No me conoce V.! Por nada del mundo daría yo la emoción sentida en mi desenfrenada carrera, y la volvería á intentar mañana si las cosas se gozasen de igual manera dos veces.

—¿Ama V. el peligro por el peligro sin hacerlo camino de algo que lo valga?

—Amo la emoción, la variedad, el placer donde quiera que lo encuentro, y nunca lo hallo en las cosas ordenadas y monótonas; no he nacido para modelo de ciudadanas pacíficas.

—¿Y se contenta V. con gustar los placeres que no cuestan trabajo?

—Si ese trabajo me lo da V. en un minuto, lo arrostro aunque me quede en la demanda; pero el trabajo de un día y otro y otro, ¡qué horror! ¿Qué sé yo lo que será de nosotros el día de mañana? Gocemos hoy y basta.

—¡No es V. ambicioso!—dijo Adolfo.

Hablando de esta suerte llegaron á la casita que sabemos, y Angel se apresuró á sacar la llave para abrir la puertecita del camino.

—Espere V., así; soy perfectamente hábil. ¿Quiere V. entrar, caballero? Voy á hacer á V. los honores de mi casa.

—¿Su casa de V.? ¿Es esta su casa de V.?—decía Adolfo todo sorprendido del aspecto de la casita, del modo de abrirla y de la perfecta soledad que se notaba en ella; y como no era edificio que existiese en los tiempos en que él había habitado el *chateau*, no podía darse cuenta de lo que aquello fuese. Ángel, en cambio, contentísima de estrenar su ermita en tan buena compañía, después de cerrar la puerta, tomando el bra-

zo de su compañero, subió la escalera, y fué á instalarse en el saloncito del piano.

—¿Qué le pareceré á V.? Una mujer muy rara ¿no es verdad? Pues no soy ni más ni menos que una persona franca, que prescinde un poco de las gazmoñerías que la costumbre impone á su sexo. Tenía ganas de hablar con V., y he preferido este sitio á otro cualquiera. ¿No es verdad que en eso no hay nada malo?

—Nada absolutamente—respondió Adolfo con la mayor impasibilidad.

—¿Va V. á estar mucho tiempo en Villepaix?—dijo ella.

—No sé; depende de circunstancias.

—¿Vendrá V. á París? ¿No es verdad? Yo no debo tardar en ir. Como dice M. de Beaufort, estoy ya forzando la nota campesina.

—Ciertamente—respondió Deville;—iré á París por mis asuntos, pero no estaremos en el mismo círculo. Los goces para mí no se encuentran en las emociones fáciles.

—¿Acaso los sabios no saben sentir?

—Sí; pero no están las fibras de su alma al alcance de las impresiones superficiales. ¿Quiere V. que le diga una cosa? Tal vez no nos volveremos á ver; en todo caso, estamos en sitio donde nadie nos oye, y no tendrá V. que avergonzarse de nada, porque yo mismo olvidaré mis palabras después de dichas. Es V. joven: para saberla digna de respeto, me basta la casa en que la veo. ¿Por qué tan al principio de la vida adopta V. las maneras de las mujeres extraviadas, las veredas de los hombres perdidos? ¿No se hace V. cargo de que vive entre canalla; canalla de frac, que es mucho peor que la de blusa, y que si no es V. una de tantas lo será pronto? Está usted muy engañada si piensa de buena fe que la satisfacción momentánea del deseo renaciente, la variedad, el cambio de emociones basta para la felicidad de la vida. El hombre que no siente dentro de sí una aspiración única, perseguida por un trabajo que constituye la obra de su vida, la redención de su sér, no es digno de esa felicidad que presiente, cuya suprema manifestación en esta vida es el afecto inmenso, el amor de una mujer para el hombre, de un hombre para la mujer.

Escuchaba Angel esta inesperada salida con mucha sorpresa y señales de emoción, y cuando el que hablaba hubo callado un instante, dijo ella:

—Yo no sé si la felicidad se halla por los caminos que yo he tomado ó por los senderos que indica V.; yo sé que no tengo quien me guíe por ellos, y que yo sola no sé ir. No he amado nunca, pero me parece que sería capaz de apasionarme ciegamente: creo también que si un hombre como V. me amase, haría lo que quisiese de mí.

—No se empieza ninguna regeneración por una falta grave: ame V. á su marido, sea V. buena hija y prepárese para saber ser madre.

Ángel se levantó hecha una furia.

—Eso es lo mismo que si V. me dijese: «Estudie V. metafísica, sea V. muy sabia, y aprenda por experiencia cómo se trata á un Josef;» ¡en verdad que así es muy fácil poner en la buena vía al extraviado! ¡En verdad que sus sentimientos de usted serán muy profundos, pero me hacen el efecto de los conocimientos de aquel que sabía lo que todos ignoraban é ignoraba lo que cualquiera sabía!

Adolfo se había levantado, y con la impasibilidad más perfecta y su aire severamente ceremonioso, ofreció el brazo á la ofendida.

Ésta, sin aceptarlo, tomó el camino que conducía á la puercecita por donde habían entrado, la cual, abierta por el discreto llavín, volvió á ser cerrada con violencia después que el caballero hubo pasado primero á invitación de la señora, quedando ésta separada así de su compañero, y tomando momentos después, para volver á casa, el camino del bosque.

VIII

M. Berton esperaba á su mujer en el *chateau*, y cuando ésta llegó emprendió, como lo había anunciado, el camino de Soisy. No era, sin embargo, recepción de gente elegante la que

allí la esperaba; era su madre, con los ojos llorosos y el espíritu contristado: era una conferencia seria con su marido, en la cual se le hacía evidente la imposibilidad de volver á París á seguir el tren acostumbrado tan pronto como ella quería. Tuvo conocimiento de muchas cosas desagradables; de los apuros del momento; de los compromisos que se venían encima.

Estas contrariedades, lejos de abatirla, sublevaron su voluntad y dieron pretexto á la ira concentrada por la escena con Adolfo, para hacer explosión.

—Yo nada tengo que ver con eso—había dicho á su marido.—Cuando vos habéis recibido con mi mano y mi dote el mayor de los favores, me prometísteis hacerme la mujer más feliz y más envidiada: yo no os engañé respecto á mis aficiones: me gusta el lujo, el gran mundo, y quiero conservar el puesto que en él he adquirido. Si vos no podéis sostenerme en él, tanto peor para vos; no quiero ir envuelta en vuestra ruína; os abandono mi fortuna, me quedo con mi persona. No tengo vocación humilde; las preocupaciones no me sujetan como á las infelices ó á las tontas, y tampoco me lo manda un cariño que no merecéis. Componeos como queráis; ya sabéis que no os he engañado ni os engaño; si no queréis vivir en mi resplandor, podéis iros á la oscuridad, de donde nunca debíerais haber salido.

Esta fué, poco más ó menos, la sustancia de la respuesta que dió Ángel á su marido, el cual principiaba entonces á pagar la falta de haberse casado con una mujer más rica, de mejor posición que él y deslumbradora. Falta puede llamarse é imperdonable, si fué cometida por vanidad; pero si lo fué por atracción, sólo compasión merece. Tal es el influjo de ciertas personas, que inficionan el criterio de sus víctimas hasta el punto de hacerles respetar y justificar los yerros, causa de su desgracia.

En aquella ocasión, Mad. Dreifus, incapaz de ejercer influencia sobre quien le había impuesto la suya, se encerró con su yerno para ver de calmarle y de examinar los asuntos, á fin de prevenir una ruptura que consideraba la perdición de su hija. El resultado inmediato de esta intervención, fué que

M. Berton saliese detrás de su mujer á Versailles, á donde le había precedido sola en su coche, y donde la encontró, después de muchas pesquisas, en el restaurant *des Reservoirs* en una mesa muy animada, con otros conocidos suyos que allí habían concurrido con el mismo deseo de fiesta.

El marido pudo, pues, en compañía de su mujer, disfrutar aquella noche, no sabemos con cuál éxito, de los goces á que están convidados los afortunados de este mundo, que por el momento podían parecer innumerables; tal era la apiñación de gentes que se veía á la claridad de potente luz eléctrica, ocupando toda la pradera en declive que rodea el estanque de Latona, donde se gozaba del maravilloso espectáculo del fuego debajo del agua de las cascadas ó en combinación con los surtidores, y de los innumerables cohetes sin estallido, de sorprendentes luces que simulaban en la bóveda celeste una nueva suerte del sistema planetario en revolución.

Al día siguiente había recepción en Villepaix, pero Ángel no se presentó: conservábase instintivamente á la defensiva. Al otro día por la mañana apareció por allí M. de Beaufort.

—Venía á saber si le había pasado á V. algo—dijo galantemente—ó si durante mi ausencia alguna cosa ha molestado á V. en el *chateau*.

—Tal vez—respondió ella coquetamente;—pero no es cosa para contada; está V. de vuelta y todo ha concluido.

Ángel no opuso resistencia á volver á casa de sus amigos: gustábale entrar acompañada por el amo de la casa, y al mismo tiempo la suya le ofrecía tan pocos atractivos, que por perderla de vista hubiese ido ella á cualquiera parte. Salió, pues, de Soissey en compañía de su marido y del galante vecino, dejando á su madre con todo el peso de los cuidados presentes y venideros.

En el *chateau* habían ocurrido algunas novedades: en primer lugar, la llegada de Rosa y de su tío; en segundo, un grave ataque á la vista de Mad. de Lagarde, que la obligó á confinarse en su cuarto con las ventanas cerradas. Temíase un derrame y los médicos hacían, sobre la enfermedad y sus consecuencias, diagnóstico reservado. Mad. de Beaufort no servía para enfermera; hablaba muy alto, no sabía andar por el cuar-

to á oscuras, y no respiraba á su gusto si no había alguna ventana abierta; así que pocas visitas hacía á la enferma. La suerte de ésta era que Adolfo hubiese venido tan á tiempo; con efecto, él ni de día ni de noche la dejaba; habíase constituido á la cabecera de su cama y la cuidaba con el cariño de un hijo bueno.

Cuando Mad. de Beaufort vió entrar á su vecina acompañada de los dos caballeros, sintió un golpe en el corazón; al momento comprendió que su marido había ido á buscarla, y este nuevo indicio, viniendo á aumentar la lista de las sospechas, la preparó tan mal, que á pesar de sus esfuerzos ya no fué la misma que había sido, franca, confiada y dispuesta á la risa. Por su parte, Ángel, al ser presentada á Rosa, demostró tanto desdén, frialdad tan forzada, que para nadie pudo su actitud pasar desapercibida: la ofendida pagó la poca cortesía con escasa atención, cosa que era en ella natural y en esta ocasión inevitable, porque aquellas dos mujeres eran demasiado diferentes para que pudiesen entenderse nunca. Al lado de estas frialdades notóse un cambio en sentido contrario por parte de Adolfo Deville: las pocas veces que se encontraba con Ángel, que solía ser en la mesa, se mostraba con ella más amable y mucho más solícito en emprender conversación. Debíase, sin duda, este cambio, ó á deseo de hacerse olvidar las pasadas franquezas ó al de desorientar á todo el mundo respecto á la opinión que le merecía la mujer elegante; ésta, por su parte, sin pararse á considerar la causa probable de tal conducta, sintióse por ella halagada, é imaginando que tal vez fuera posible una transformación en los sentimientos del catoniano, aceptó con loca alegría la idea de una venganza.

Desde el momento en que ciertas pasiones están en juego, cambia el mecanismo de los sucesos en las familias de tal suerte, que no hay interpretación derecha ni acción que no parezca torcida.

Mad. de Beaufort estaba hecha de modo que resultaba moralmente con orejeras: es decir, que nunca veía lo que pasaba al lado suyo, sino lo que se le presentaba de frente. Á esta disposición debíase su carácter feliz y confiado; pero cuando un objeto desagradable llegaba á plantársele delante de los

ojos, se encabritaba y enfurecía, lo mismo cuando la cosa era realmente grave que cuando no lo era; no había medio de que informándose razonablemente, pasase adelante: reculaba, daba unas huídas feroces ó se salía por la tangente: por eso era inconsecuente en sus amistades, y peligrosa en un cambio de opinión, que no rectificaba nunca, partiendo del principio de que la medida de lo justo estaba en ella; error gravísimo que hace malas á muchas personas. No hubo, pues, ya en ella prudencia alguna. Por su parte, M. de Beaufort estaba desconcertado: inútiles habían sido sus primeras medidas de prudencia, tal vez debidas á sentirse ya impresionado; á pesar de su sensatez y de su *mucho mundo*, había llegado á enamorarse de la coqueta, y á creer, estúpidamente, que era, ó que podía llegar á ser, en su afecto correspondido. Llámese á esto enfermedad, chochez ó picardía, no deja de ser, para el que lo sufre, un estado triste y digno de compasión: como que entra en la categoría de los *desahuciados de la dicha*; ¡los que aman sin esperanza! El síntoma más marcado en esta enfermedad senil, era perder el tino en las conveniencias, y así el bueno de M. Armando hacía las mayores cadetadas sin darse cuenta de que se ponía en ridículo. Además de esto, notando desde el mismo día de la vuelta de Ángel la marcada amabilidad de Adolfo, dió en la flor de tener celos, pero tan vehementes y tan mezclados con ira, como que provenían de la persona para él más antipática; de aquella que se le ponía siempre delante y siempre más arriba, para hacerle levantar su cabeza, que no estaba acostumbrada á mirar sino hacia abajo.

Gozábase Ángel en la nueva disposición de las cosas: engañada respecto á los sentimientos de Adolfo, y pudiendo llevar, como suele decirse, por la punta de la nariz al omnipotente castellano, importábale poco la actitud hostil de la parte femenina de la familia: estaba muy dispuesta á dejar pasar por alto las pequeñas saetas, y á conservar á toda costa sus posiciones en aquella casa, posiciones por todo extremo extratélicas, si se considera la crisis difícil por que estaba pasando en aquellos momentos la suya.

No era posible que durase muchos días, sin estallar, situa-

ción tan tirante: un día en que sufrió más de celos y de envidia, M. de Beaufort provocó una entrevista con su mujer para poner en su conocimiento que estaba dispuesto á despedir de su casa á Adolfo Deville, porque le era antipático y se le hacía insoportable, y que se lo advertía para que ella misma buscara la fórmula menos desagradable, si es que tenía interés en amortiguarle al sabio el puntapié.

—Haz lo que quieras—había respondido Amelia;—pero el día que salga Adolfo por la puerta, yo, yo misma, echo á esa mujer por la ventana.

—¿Has perdido el juicio? ¿Á qué tienes que mezclar en estos asuntos á *esa mujer?*

La explosión de la ira en Amelia fué tal y como debía esperarse, y la polémica se hizo peligrosa entre el marido y la mujer. Trataba de achacar M. de Beaufort el repentino cambio á la habitual inconsecuencia, y le dijo que él se opondría á que se le hiciese á Mad. de Soissey el menor desaire, á lo cual contestó Amelia que con igual derecho prohibía ella que Adolfo Deville fuese tratado en su casa de otro modo que con todas las consideraciones que se le debían; y enzarzándose así en contestaciones hubo de dejar ver Amelia, á través de sus recelos, sus celos. Por lo mismo que eran fundados, el marido se puso furioso y al momento se le ocurrió que sólo Mad. de Legarde había podido persuadir á su mujer de semejante descabellada idea.

EULALIA DE LIANS.

(*Se continuará.*)





REVISTA DE TEATROS



A poca ó ninguna importancia de las obras estrenadas en los teatros cuyo espectáculo se divide en secciones, la carencia absoluta de estrenos en los de primer orden, y la próxima presentación de las compañías italianas que vienen á sustituir á las españolas que en ellos actuaban, nos dejan, á nuestro entender, espacio más que suficiente para aprovechar la ocasión de ocuparnos de la decadencia de nuestro Teatro, asunto muy traído y llevado por todos los que se tienen por amantes de nuestra escena, y sobre el cual es muy difícil, según creemos, emitir una opinión determinada y concreta, siendo á la vez digno de atención y estudio.

Antes de ahora hemos dicho nosotros, que más bien que en decadencia estaba en crisis el Teatro español; pero considerando con la debida atención, si se tiene en cuenta el número de obras estrenadas desde que se le juzga en tan lastimoso estado, no sólo lo consideramos en decadencia, sino en todo su auge y esplendor; por el contrario, si nos fijamos en la importancia y mérito de las mismas obras dramáticas, la razón está de parte de los que opinan en sentido contrario, y dado el caso que así sea y que su declinación, menosprecio ó principio de ruína sea evidente, ó que según nuestra opinión experimente

un momento de transición ó lucha, en uno ú otro caso han de existir causas determinantes de su estado, y éstas vamos á tratar nosotros de averiguarlas, siquiera sea brevemente, sin que por esto presumamos de ser, no infalibles, sino atinados en nuestras observaciones.

Tanto el drama como la novela están dentro de nuestra esencia misma, y éste y aquélla se desarrollan con nosotros y dan carácter especial á las épocas literarias de nuestra historia; porque, si bien se mira, el drama no es más que una especie de pequeña novela dialogada, y la novela en cierto modo no es más que un drama narrado y desleído en uno ó más volúmenes: así lo ha dicho uno de nuestros más célebres literatos, y así lo creemos nosotros, por más que comprendamos que el drama remontó más alto su vuelo que la novela; pero ambos géneros de literatura, si bien en muy distintas proporciones, han influído en todos los cambios más notables que caracterizan las épocas que distinguen á las sociedades modernas.

Siendo esto así, lo primero que se nos presenta á nuestra imaginación, es que en literatura no hay ningún género malo, y sólo estriba su bondad en el modo de manejarla; de aquí resulta que el autor dramático es una de las primeras causas que pueden influir en la decadencia ó enaltecimiento del Teatro español, y la razón es obvia, porque siendo dos los fines con que se debe escribir la comedia, el uno para corregir al pueblo y educarle, y el otro para tenerle propicio, según el autor se incline á éste ó á aquél, influirá en su apogeo ó en su decadencia.

Juzgando imparcialmente y sólo á la simple vista la literatura dramática contemporánea, ésta se encuentra perfectamente dentro del segundo extremo, y en su virtud, el poeta dramático contemporáneo, olvidando ó teniendo en poco los gloriosos laureles de su abolengo y los nobles privilegios de su raza, ha preferido el humilde puesto de siervo que halaga y contemporiza con los deseos de su señor, al elevado sitial del sacerdote ó del magistrado que, correcto en la forma, humilde en los conceptos y recto y sublime en las ideas, dirige la voluntad, cultiva la inteligencia y enseña el camino que se debe

seguir, ya excitando las lágrimas nacidas de un puro sentimiento, ya la risa que nace del abundante manantial de la cultura, del decoro y de la educación, abriendo, al colocarse en tan anómala situación, la puerta á la ignorancia, y á la vanidad que toma la pluma y se ingiere con ella en la esfera de la dramática española, y se encuentra cara á cara con espectadores del mismo orden, que como no resisten otra ilustración que la suya, aplaude y vitorea á los que con ellos contemporizan.

Y que ésta puede ser una de las causas de la decadencia ó de la crisis por que atraviesa el Teatro no necesita demostración; basta sólo con fijarse en los ricos y abundantes vicios que hay que corregir, faltas á las que poner remedio, y costumbres que se prestan á la más fina y acerada sátira en una sociedad que, como la actual, vive sin más Dios que la razón, sin otro ídolo que la ambición, el interés y el orgullo; sin más leyes que el valor personal, sin otro mérito que el que presta el compadrazgo, la adulación ó la política; sin más castigo que la impunidad; sin más virtudes que una inmoralidad disfrazada, y sin otras aspiraciones ni otros deseos que los que nacen de un orgullo incomensurable, una ambición desmedida y una sed de figurar y de gozar, prodigiosamente hermanada con una indiferencia tan glacial como incomprensible á todo lo grande y digno de admiración, veneración y respeto.

Estos recursos que hemos expuesto, no pecando de pesimistas, sino manifestándolos sólo como puntos salientes de nuestra sociedad, son más que bastante para servir de tema á obras dramáticas, dignas de las que con los mismos fines se escribieron á principios del siglo, época venturosa para nuestro Teatro, y que podría contestar á los que pretendieran que nosotros aspiramos á convertir el Teatro en una academia ó en un púlpito cuando no es así; y si á entrar fuéramos en el terreno de las recriminaciones, también nosotros podríamos querellarnos, con sobrada razón, de que la escena española se ha convertido en un panorama donde se expone la apoteosis del vicio y malas costumbres, ó en una cátedra donde se explican temas filosóficos, teorías *sociales* y propagandas políticas, ó en un club en el que se halagan las pasiones, los sentidos y ambiciones bastardas, figurando como principales en-

tidades el adulterio, el suicidio y la venta convencional del honor y la virtud; y si alguien nos tachara de poco verídicos, no nos remontaríamos en nuestra réplica á las anteriores temporadas teatrales, sino que sin salir de la actual traeríamos á la memoria de nuestros objetantes *Ángel caído*, *El suicidio de Werther*, *El hijo de hierro* y *el hijo de carne*.

Y esto sin referirnos á la escuela francesa, la que si se compara con lo que fué á principios ó á mediados del siglo y lo que es hoy, no puede menos de notarse una marcada diferencia; entonces introdujo el crimen en la escena, y encontrándose con la opinión universal en contra, quiso influir en la decadencia del Teatro; hoy, por el contrario, encerrado en el marco del drama novela, si bien presenta el vicio y el crimen, no sólo los combate con la lección moral que de ellos se desprende, sino con la estructura artística del drama; porque sabido es que la carencia de argumento y de arte en la combinación dramática puede ser, y lo es efectivamente, una de las causas de la decadencia del Teatro, sin que pueda servir de defensa el argumento que se emplea para contrarrestar este juicio, diciendo que toda emancipación moral producida en momentos excepcionales propende al desenfreno; y aunque esto es cierto, lo es también que la falta de arte en la estructura dramática, la meditación y estudio en el plan, la de práctica en evitar el convencionalismo y verosimilitud y la omnímoda libertad de presentar en escena todo lo que se dirige á la sensación y no al sentimiento, lo que se consigue con envolver el absurdo en la idea y la procacidad en el chiste: aumentan ese desenfreno en vez de restringirle, convirtiendo el teatro en una diversión general, y no parcial y exclusiva, puesto que el arte en el drama es lo único que puede generalizarla, no olvidando, como lastimosamente se ha olvidado, que la acción se ha de hermanar con los caracteres, que si bien éstos ó aquélla por sí solos pueden sostener una obra dramática, de la unión de la una y de los otros resulta la ilación que la da propiamente vida, sintetizándose en el reflejo de un acontecimiento humano y verdadero, sin cuyos elementos no puede existir, y del que, dada la naturaleza humana, propensa siempre á tomar parte activa en cuanto la rodea, nace el interés creciente que se des-

envuelve siempre en los actos de la vida que, como consecuencia lógica, es el elemento principal de la acción dramática, y tiene la virtud esencial de generalizar el espectáculo; y de no ser así vendríamos á parar á lo que hoy sucede, que un carácter ó un tipo especial y una acción particular le individualiza; de la combinación de ambas cosas dramáticamente hilvanadas, resulta un hecho general que á todos interesa, y excluyen de la escena esas arias coreadas en que unos gritan y los demás callan, ó unos hechos de tal naturaleza que, no sólo no son reflejo, sino ni siquiera vislumbre de la vida humana.

Otra de las causas que pueden influir en la situación por que atraviesa la dramática española, y que del mismo modo que la que acabamos de indicar lleguen á producir el hastío y la indiferencia en el público, es que en España hemos siempre sido sumamente afectos á lo maravilloso, á lo portentoso y á lo excepcional; razón por la que es muy fácil á cualquier hombre de mediana inteligencia y de grandes atrevimientos dominar las masas en la esfera política, á los ignorantes en el terreno de la ciencia y al público en el teatro; y este fué el motivo que abrió ancho camino á los libros de caballería y á las comedias absurdas de los tiempos pasados, y á las obras racionalistas y filosóficas en los tiempos presentes; pero como en una y otra época ambos elementos literarios estaban sostenidos por deleznable base, pronto cayeron en el más profundo olvido, cosa, á nuestro juicio, natural, si se atiende á que á tales obras no se les dió valor, porque no se les dió verdad, y después de esto, porque es condición esencial del hombre, y más en la época moderna, que proteja y aplauda todo aquello que á primera vista imagina que se adapta y conviene á sus intereses, á su ambición y á su egoísmo, ó á su verdadero bienestar; pero cuando el andar del tiempo y el hilo de los sucesos le obligan á reflexionar, y la conciencia por un lado, que nunca duerme, y el convencimiento moral y material, le hacen ver que aquello que alabó es contrario á sí mismo, vuelve sobre sus pasos y se manifiesta hostil veladamente contra aquello que hace poco con inusitado calor defendía; y si no levanta muchas veces su voz en contra, como

entonces la levantó en pró, es porque le domina la humana flaqueza de que hay cosas que todos sienten y pocos dicen por el temor de no caer en el ridículo. Esta fué la causa que hizo decaer los libros de caballería y las comedias absurdas de pasadas épocas y hará decaer á las de actualidad, que son los móviles reconocidos del estado de decadencia ó crisis por que atraviesa el Teatro moderno.

No está ajeno el público de complicidad en este asunto; pero, como decía Fígaro, este es indefinible; y si esto sucedía en aquellos no lejanos tiempos en los que la afición al Teatro era marcada, y el estreno de una obra constituía un verdadero acontecimiento, hoy, que no sucede así, y que sin criterio fijo en materias teatrales va donde le llaman, los autores, en vez de atraerle al camino que indica una marcada ilustración, sin criterio fijo, y una sana razón, como hemos dicho antes, se adapta á sus gustos, y abandona su misión de heraldo á la fama, á la caridad ó á la moda que, sintetizada en la prensa, la que en su deseo incansable de hacer bien sin fijarse en el fondo, y atendiendo sólo á la superficie, reparte sin querer, y llevada de sus buenos sentimientos, desigualmente sus favores, y uniendo su voz que dice:—Fulano es un buen chico; es nuestro compañero; justo es que salga á flote.—Con la del público que añade:—Este muchacho es simpático; nos ha hecho reir: á la condesa; te es simpático, Fulanita, celebra sus chistes;—uniéndose á veces ambos ecos, que echan sobre otro autor más desgraciado, que acusan de excéntrico, raro, poco comunicativo, demasiado satírico, sin caer en la cuenta de que aquél que fué objeto de sus alabanzas caía en los mismos defectos, hunden ó improvisan una reputación en un instante, sin que al pobre autor, en uno ú otro caso, le quede otro auxilio que el recto juicio, la imparcial crítica y el tiempo, que concluye por dar á cada uno lo que es suyo.

Entra también, en el círculo de las causas que vamos enumerando, los actores, de los que poco tenemos que decir, habiendo manifestado con insistencia en múltiples ocasiones el atraso en que se hallan, no sólo con relación á lo que fueron en España hace poco tiempo, y á lo que el arte exige, sino también con el desenvolvimiento intelectual moderno, fenó-

meno digno de observación, y que obedece, sin duda alguna, á que se le abandona mucho en el cultivo de sus disposiciones naturales, y se le olvida por completo en lo que se refiere á la inteligencia, siendo escasos los que reúnen esa mediana instrucción con que hoy cuenta el más insignificante alumno de cualquier carrera, arte, profesión ú oficio, descuido en extremo lamentable, hoy que contamos con centros instructivos para toda clase de personas; y si pruebas se nos pidieran de este hecho claras y terminantes, nos las daría la Escuela nacional de Música y Declamación en su último ejercicio lírico-dramático, verificado el día 23 último.

Allí admiramos una pléyade de jóvenes, casi niños, que en las clases de conjunto vocal é instrumental, dirigidas respectivamente por los Sres. Vázquez y Zubiaurre, hicieron prodigios de ejecución, tanto en la overtura de *Prometeo* como en el quinteto de la ópera *La Vedova Spiritosa* del maestro Martín Soler, que nació en Valencia en 1754, conocido por Martini ó *lo Spagnuolo*, y en el *O Salutaris Hostia* del maestro Páez, anunciando un rico plantel de instrumentistas y cantantes, sobre todo de los primeros, que honran á los citados maestros, y á los no menos notables Sres. D. Manuel González, Fon y Ruiz Escoves, que presentaron á los aventajadísimos discípulos del quinto y sexto año de clarinete, trompa y oboe, señores Yuste, Sánchez y Navascués, siendo también dignos de mención la señorita Mochales y Sres. Oliver y Navarro, discípulos, sin exageración, admirables de los Sres. Jiménez Delgado, Tragó y Zabalza; contribuyendo todos á aumentar, si es posible, la gloria artística del maestro Arrieta, Director de la citada escuela y padre de esa nueva generación artística que honra nuestra patria.

Pero si allí admiramos estos progresos artísticos, vemos con verdadera pena que la Declamación se encuentra en visible atraso, y nosotros no culparemos á nadie, pero sí nos lamentaremos cada vez más de que se hayan roto por completo los moldes de los antiguos actores, y cuando desaparezcan los pocos notables que nos quedan, dudoso será el porvenir del arte dramático, haciéndose necesario en el citado centro clases de historia, literatura, filosofía é idiomas, por lo menos.

Tomando en consideración las causas que van anotadas, no faltará quien nos arguya de que al hablar del público como un elemento palpable que ha traído al Teatro al estado que se encuentra, no hemos hecho mención de su marcada volubilidad y reprochable inconstancia, que se manifiesta aplaudiendo hoy lo que censuró ayer y viceversa, y que tan pronto se reviste del carácter de juez inapelable como de espectador indiferente y frívolo; verdad irrecusable que puede nacer de dos concausas: la primera, como consecuencia lógica de nuestro carácter impresionable; la segunda, de que tanto los autores como los actores dramáticos carecen de esa autoridad propia y esencial, hija legítima del mérito que les adquirió su saber, su ilustración y su ciencia en tiempos no remotos en que les acreditaba como verdaderos literatos á los unos y por su estudio y conocimiento del Teatro y no desmentida instrucción como verdaderos Genios de la escena española á los otros; con lo que dominaban al público inspirando la verdadera veneración y respeto.

Si á esto se añade que, comprendiendo lo que era en sí el público, escribían para él y no para una clase determinada, como hemos dicho, vendremos á parar que careciendo en los tiempos actuales actores y autores de esa autoridad, el público, abandonado á sus propios instintos, sin cauce que le dirija ni norma á qué atenerse, falla á su antojo, estableciéndose la lucha del capricho y no de la inteligencia.

No se necesita ser muy lince para convenir que estas concausas provienen de la falta de vocación y condiciones de los que se dedican al teatro en una ú otra esfera, natural desenlace de la facilidad que hoy se da para escribir, y como no existe ni la autoridad que da el mérito en autores y actores ni fijeza en el público, los primeros andan señeros y tornadizos, sin faro ni rumbo fijo, y en la perplejidad de cómo atraer á los espectadores, se echan en brazos de lo que creen que les halaga, y de ahí ha nacido, entre otras cosas, el realismo en la escena, que vivirá poco si ya no ha muerto, ya convirtiéndose en un romanticismo disfrazado, con su correspondiente lirismo, impropio de la naturaleza de las obras modernas, por efecto de la imposibilidad absoluta de pintar todo lo real y

natural en sus diversas y múltiples manifestaciones, y si alguien lo intentara la sonrisa de sorpresa con que sería acogido, se convertiría bien pronto en justa indignación, nacida de la dignidad ultrajada, del noble orgullo herido ó de la hipocresía de la virtud y del vicio que domina en las sociedades modernas, en las que no siempre se dice ni lo que se piensa ni lo que se siente, y ya sea bajo uno ú otro concepto, no ha de permitir se diga en público lo que la cortesía y el decoro y la educación prohíbe se diga en la reunión privada de más franqueza y familiaridad.

Tanto el realismo como el filosofismo y el espiritualismo que sin orden ni concierto invade nuestro Teatro, reconocen, entre otras causas, como la más principal, el haber desaparecido, si no del todo, casi por completo, el drama histórico, que era ancho campo á la imaginación del poeta y no excluía al poeta lírico de las lides escénicas, en las que dejaron muy bien puesto su nombre: Quintana, Zorrilla, Gil y Zárate, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Ventura de la Vega y otros, dignos de eterna memoria, que si hoy vivieran se lamentarían con nosotros de que el alejamiento de este género de la escena ha hecho que decrezca el patriotismo del público, se extinga la inspiración en el poeta y que el romanticismo realista mate al poético, transformando la dramática española en un cuerpo informe que, cuando no causa repugnancia, causa hastío : y no se crea que nosotros desconocemos que los primeros albores del romanticismo no perjudicaron á nuestro Teatro; pero así y todo, no produjeron los males que ha producido este romanticismo actual que venimos anatematizando; porque si bien tanto el *Don Álvaro* como el *Carlos II el Hechizado* se tildaron de inmorales é irreligiosos en aquellos tiempos, aun cuando en el primero resalte una tinta fatalista, la escena del convento, admirablemente pintada, rechaza aquella idea; y respecto al segundo, se ve en él un marcado ataque contra el suicidio, condiciones que no se observan hoy en el drama que han dado en llamar realista por mal nombre.

Algo más pudiéramos añadir á estas razones, con las cuales hemos pretendido probar las causas que han traído á nuestro Teatro al estado que hoy se encuentra; y si se nos

preguntara si es el de decadencia ó el de crisis por el que atraviesa, contestaremos sin vacilar que nos inclinamos al segundo extremo, en razón de que, si bien parece que declina y amenaza ruína, fijándonos con detención, se encuentra en un momento transitorio del cual pueden sacarle hombres de valer que por desgracia han enmudecido para el Teatro, ó jóvenes de reconocido talento que, dejándose llevar de una lamentable impaciencia, no se colocan en el verdadero terreno á que les puede conducir su incontrastable mérito.

Si así lo hicieran vencerían en la empresa, como vencieron en época no lejana y muy parecida á la actual: rindieron culto á la verdad sin falsear el natural desarrollo del ingenio, y dejando volar libremente su imaginación, no se dejaron arrastrar por ridículos caprichos ni por ambiciones bastardas.

También los actores pueden contribuir á cambiar el aspecto del Teatro siguiendo las huellas del de la Comedia, en el que, no por adulación servil, sino rindiendo culto á la imparcialidad y la justicia, se distingue un verdadero esmero en la presentación de las obras, y una laudable constancia en procurar que no se extingan las huellas de lo que fué nuestro Teatro.

RAMIRO.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Calma política en el mejor de los mundos.—No hay crisis.—Sueños de gloria.—Panacea fusionista.—La opinión pública y la homogeneidad del Gabinete.—Fácil pronóstico ante los inminentes y positivos peligros que nadie remedia.



SCASOS accidentes presenta en esta quincena la marcha de la política española. Sigue atravesando días de calma la nave gubernamental; y los peritos, de cuyas maniobras depende acertado ó desacertado rumbo, viven tranquilos y más confiados que nunca en su buena suerte, y rechazan con enojo hasta la posibilidad de imprevistas peripecias, de esas averías naturales en los largos viajes en que suele ser tan común navegar á días con mar de fondo.

Ó estamos en el mejor de los mundos, ó no lo entendemos. Hasta la palabra *crisis* se ha borrado ya del vocabulario político. Todos los temores resultan descabellados y sólo hay lugar á contínuos plácemes. Es un triunfo, triunfo maravilloso é inaudito de la política que podemos llamar, en alta voz, de las transacciones. ¿No es la elasticidad en el criterio, la conducta circunstancial, la veleidad erigida en sistema, el convencionalismo en todo, esa virtud acomodaticia á la que debemos la

inmutabilidad de un Gobierno que aspira á ser insustituible y necesario?

La situación es clara, y el Sr. Sagasta se encuentra por arte mágico en el apogeo de sus más atrevidos sueños de gloria. Aplaudido por los enemigos de las instituciones, á los que halaga y quizás facilita el camino; respetado con admirable abnegación por los conservadores, que diariamente le dan ejemplos que no han de ser, por cierto, imitados, ve reducida su tarea á contener la indisciplina y el descontento de los impacientes de su propio bando, ó acaso á resistir los embates de las huestes del reformismo, que nació con la intención *innata* de declararse heredero indiscutible de las carteras presentes y futuras.

El país se queda atónito ante el espectáculo nunca visto que hoy se le ofrece. Pero ¿qué importan los enigmas? Somos, por naturaleza, amigos de lo extraordinario.

Cuando ocurren tropiezos políticos como los que desde larga fecha vienen registrándose y tan extensamente fueron evidenciados y debatidos en discursos varios, y principalmente en los que se pronunciaron con motivo de la contestación al Mensaje de la Corona, parece inmediata é imprescindible una crisis; pero la reflexión pone en guardia á los amenazados, se estrechan las filas, menudean palabras halagüeñas y habilidades para preparar una votación de la mayoría, destinada á legitimar lo que en realidad nadie cree digno de legitimarse.

Cuando el fusionismo cae en graves errores de conducta y se hace solidario de desaciertos capaces de derrumbar otra situación cualquiera, un florido discurso del satisfecho Ministro de Estado basta para hacer olvidar toda clase de aventuras en las relaciones internacionales, y una lágrima del poético Ministro de Ultramar es más que suficiente para apagar el encono suscitado por los conflictos de la isla de Cuba ó la de Puerto Rico. Cuando altas cuestiones administrativas, estrechamente derivadas de un presupuesto desastroso ó de las preocupaciones de una escuela fatal llevada á las esferas del Gobierno, hacen preparar empréstitos y sublevan el ánimo de los industriales y agricultores de toda España, provocando manifestaciones tan imponentes como las de Valladolid, se

vuelve á exhibir teorías caducas y desprestigiadas, se habla nuevamente de remedios empíricos, se prescinde de los despegos que puedan manifestar las conciencias alarmadas de algunos amigos, y hasta se llega á proclamar como inconcuso el extravío de la opinión pública en masa.

Todo el mundo se equivoca menos ese Gobierno, que parapedado con los dóciles votos de una mayoría desquiciada, principió siendo sorprendido por la algarada de Villacampa; siguió impertérrito entre las descargas de Huelva, aplaude lo que antes condenaba, no se inmuta ante la oposición unánime de las eminencias militares á los proyectos de guerra, cede con perfecta calma en todas las cuestiones más fundamentales relacionadas con la famosa *fórmula* fusionista, no escasea abdicaciones, concesiones, contradicciones ni componendas, y mira impasible cómo el país sufre y perece.

*
* *

La tarea es así muy fácil para el Gabinete que preside el Sr. Sagasta. Para que no haya crisis, para eternizarse, si es posible, en el poder, no tiene más que seguir sordo al general clamoreo, clamoreo que se hace sentir con más viveza que en parte alguna en sus propias filas.

Los periódicos oficiosos pueden tener razón. El Gobierno rechaza pertinazmente toda idea de crisis, porque el instinto de conservación es el que predomina hasta última hora en todos los seres vivientes, aunque existan enfermedades que no se anuncian y sin embargo se sobreponen.

Que no haya crisis. Así los enemigos de las instituciones seguirán trabajando á sus anchas y allanarán poco á poco los terrenos más escabrosos, realizándose al fin los dorados sueños del evolucionismo del Sr. Castelar y de los sabios partidarios de la república posible. Así quedará aquilatada la nobleza y la paciencia del partido conservador, limitado hoy á la defensa teórica de sus hermosos ideales, que implantará cuando pueda, sin precipitaciones ni recelos. Así seguirán algunos reformistas y su prensa más autorizada poniendo por

condición de acato á la Monarquía el llamamiento inmediato de tal *partido* al poder, *conditio sine qua non*, como ellos dicen y repiten, alegando esos extraordinarios méritos de carácter para la más perfecta y tranquila gobernacion del Estado. Ó Ministros, ó revolucionarios: este es, sin ambages, el dilema de esos *soi-disant* monárquicos por convicción evidente y á toda prueba.

Que no haya crisis. Pero adviertan los actuales gobernantes, que lo que menos importa ya al país es una crisis parcial y ligera, habiéndose hecho el Sr. Sagasta y todo su Gabinete solidario de los repetidos errores de cada uno de los Ministros. El país se fija ya mucho menos en la cuestión política que en la administrativa; ve desvanecerse una á una sus más queridas ilusiones, sus más fundadas esperanzas, y lucha por sus intereses, lucha realmente por la vida, como los darwinistas explican.

La interrupción que esta Semana Santa trae en las tareas parlamentarias, quizá sea una tregua saludable que permita reconocer las consecuencias de la contumacia y dé ocasión al arrepentimiento de todos.

Si esto no sucede, y si continúa el empeño de desconocer los múltiples peligros que nos cercan, posible será que tengamos que lamentar á deshora la general desventura, siendo muy luego extemporáneos los mejores propósitos de una tardía penitencia.

Es la historia del pecador empedernido.

A.





REVISTA EXTRANJERA

La política de Federico III es la política de su padre Guillermo I.—Decreto del Emperador, delegando en su hijo el Príncipe Guillermo funciones de Soberano.—Tirantez de relaciones entre Francia é Italia.—Situación europea.—Boulangier y la dictadura en Francia.



UPONÍAMOS—opinando de distinta manera que los telegramas que se recibieron—suponíamos que el cambio en la personalidad del Emperador no podía ni debía traer mudanza alguna en la política general de Alemania. El gran Imperio, creación del padre del actual Soberano y del Canciller Bismarck, no ha echado todavía bastantes raíces para poder prescindir ya de los valiosos elementos y sabios concursos que le dieron tan vigorosa vida.

Hace algunos días que abundaban los comentarios del periodismo europeo, presentándonos á Federico III decidido á emprender rumbos distintos de los que seguía su padre. Se nos decía que el hijo del glorioso Guillermo I, tenía la ambición de borrar en el trono toda huella de autoritarismo, y no pocos soñadores de la prensa francesa llegaron á indicar que el temperamento conciliador del nuevo Soberano prepararía el reintegro á Francia de la Alsacia y la Lorena. Los recientes rescriptos imperiales del mismo Federico III han disipado pronto muchas ilusiones.

La prensa alemana ha hecho muy juiciosamente la obser-

vación de que el Emperador es alemán, y á su advenimiento al Trono no puede levantar más bandera política que aquélla bajo cuyos anchos pliegues quepan todos los alemanes. Se acusaba al padre de haber manifestado siempre sobrado apego al tradicionalismo autoritario y á la autocracia ministerial del Canciller, y se suponían en el hijo tendencias reformadoras, y más propicias á la agitación parlamentaria; pero el Príncipe de Bismarck ha sido mantenido en su antiguo cargo, y los rescriptos del nuevo Soberano no han podido menos de confirmar que Federico III será un Emperador prusiano, ante todo, como su predecesor lo era; pues su edad, su experiencia y su reconocida ilustración, deben decirle que, toda la perfección constitucional y todos los desahogos parlamentarios, podrán no ser siempre compatibles con las exigencias de la situación interior y exterior del Imperio de Alemania, Imperio nacido de la victoria y organizado para la guerra.

*
* *

El órgano oficial del Imperio de Alemania ha publicado un decreto por medio del cual Federico III confiere á su presunto heredero, el Príncipe Guillermo, el cargo de estudiar los negocios de Estado, autorizándole para firmar actos públicos sin necesidad de otro mandato especial, á fin de que el Príncipe participe de todas las prerrogativas imperiales y pueda familiarizarse con las tareas del Gobierno y los altos deberes de la suprema magistratura.

Telegramas recientes de Berlín suponen que la eventualidad de una regencia efectiva está ya prevista y ha sido objeto de otro rescripto que hasta ahora no se ha publicado, pero que se publicará muy luego.

Este decreto, que delega en el Príncipe Guillermo funciones de Soberano, no ha podido sorprender á nadie, dado el delicadísimo estado del Emperador, acerca de cuya salud tan contradictorias noticias se propalan.

*
* *

Cada día se acentúa más la tirantez de relaciones entre Francia é Italia, y el conflicto político-económico que entre ambas potencias ha surgido, parece insoluble. El movimiento proteccionista que en todas partes crece, hizo cometer á Italia el gravísimo pecado de denunciar el convenio de 1881, que favorecía á Francia, y de ahí tan hondos rencores.

No es esto sólo. La situación general empeora, y á todo instante aumentan los motivos de mutua desconfianza; motivos tan perfectamente fundados, como la reciente autorización dada por el Consejo á los Ministros de la Marina y del Comercio de la República francesa para presentar un proyecto de ley, en virtud del cual quede reservada exclusivamente al pabellón francés la navegación entre Francia y Argelia.

Es también algo enigmática la conducta del Presidente del Gabinete italiano, Sr. Crispi. Su último discurso político es objeto de vivos comentarios y se presta efectivamente á ellos. Afirma en primer término, que no es él quien inició los tratados que ligan á Italia con los Imperios de Alemania y de Austria, aunque no niega que los aplaude, y se esfuerza luego por tranquilizar á Francia acerca de las intenciones del Gobierno italiano, asegurando que el fin de la triple alianza es esencialmente pacífico, y que ninguna de las potencias que la forman tiene interés alguno en la guerra. Sin embargo, todo esto no es obstáculo para que en la Cámara italiana se discuta durante las largas horas de una sesión, la hipótesis de una guerra contra Francia, manifestándose allí unanimidad de sentimientos benévolos en favor de Alemania.

*
* *

Son todavía confusas las noticias que se tienen acerca de la actitud de Turquía ante la infeliz Bulgaria. La lucha trabada entre Inglaterra y Rusia, está aún en sus comienzos.

Por lo demás, la situación de Europa no ha variado, subsistiendo las dudas, confusiones y alarmas que produce el armamento incesante de todas las grandes potencias. Rusia,

Alemania, Austria é Italia, viven arma al brazo. Francia fija de continuo su vista en las provincias perdidas, olvidando con frecuencia sus desdichas interiores.

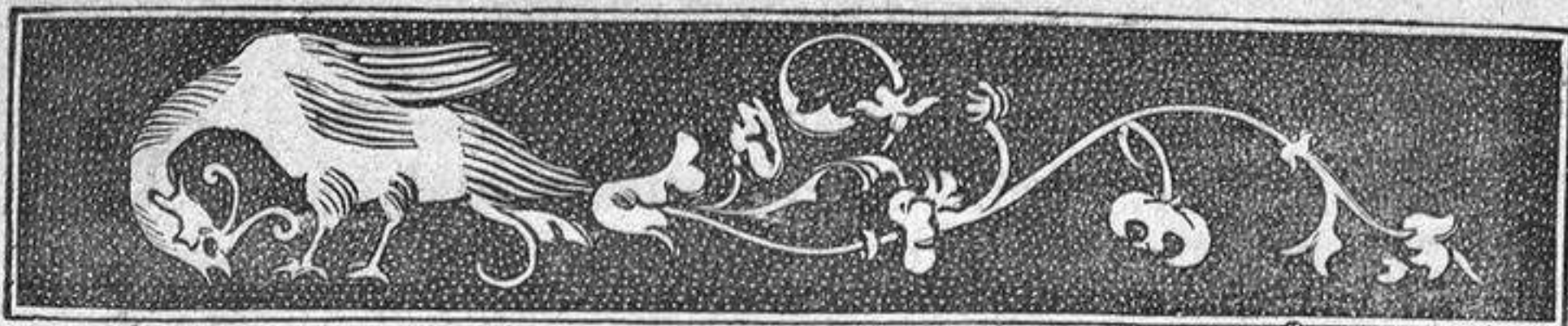
Y no es ciertamente el caso de echarlas en olvido. El actual Presidente de la República ha tenido mala mano en la elección de su primer Ministerio, y una nueva crisis parece ya inevitable, agregándose á las luchas y ambiciones parlamentarias el descontento general que cunde y se manifiesta en todas ocasiones, aun á riesgo de provocar esos grandes escándalos que se llaman proceso contra Wilson, y consejo de guerra contra Boulanger.

La agitación misma producida por la actitud y las declaraciones explícitas de ese ex-ministro de la Guerra, el general Boulanger, vienen á ser la confirmación patente de que son ya muchísimos los franceses decididos á adelantarse para saludar con entusiasmo la primera dictadura que se presente capaz de dar estabilidad al Gobierno y satisfacción á los instintos guerreros.

Y con todo, no creemos, al decir esto, que el general Boulanger tenga la talla de un César. Ni ese ex-ministro de la Guerra ni los amigos que le apoyan anduvieron cuerdos con sus campañas de propaganda y sus tentativas de plebiscito. Los dictadores nacen de un sorprendente golpe de Estado, pero no anuncian jamás sus propósitos á son de clarines y atabales.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

El ciego de Buenavista, por EDUARDO BUSTILLO.—Madrid, tipografía de M. G. Hernández, 1888.—En 8.º, 231 páginas. Precio, 2,50 pesetas.

Más de cincuenta romances y dos cuentos forman este «Romancero satírico de tipos y malas costumbres,» en los que luce su mucho ingenio y facilidad para la versificación el conocido poeta D. Eduardo Bustillo. Con la lectura de este libro, elegantemente impreso por el afamado tipógrafo señor Ginés Hernández, se pasan horas de entretenimiento y honesto deleite.

* * *

La Mimique et la Physiognomonie, por el DR. TH. PIDERIT, traducido de la segunda edición alemana por A. GIROT, catedrático del Liceo del Havre.—París, Félix Alcan, edi-

tor, 1888. En 4.º, 280 páginas con 95 grabados. Precio: 5 pesetas.

El autor resuelve en esta obra el antiguo problema de los movimientos mímicos, y explica fisiológicamente los fenómenos tan variados como complejos que ofrece el juego de la fisonomía. En la parte *mímica*, in-
quiere cómo y por qué ciertos músculos de la cara se contraen por ciertas emociones del alma; en la segunda parte, *fisognomonía*, demuestra cómo los rasgos mímicos pasajeros se convierten, por su mucha repetición, en rasgos persistentes, rasgos fisognomónicos.

En apoyo de su teoría incluye una serie de dibujos muy sencillos, pero en los cuales puede cualquiera notar inmediatamente los signos distintivos de las diversas expresiones de la cara y de los caracteres estudiados. Los fisiólogos y psicólogos apreciarán la

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

exactitud de los principios que expone M. Piderit, y los artistas y críticos de arte comprenderán su gran valor práctico.

* *

Calor y Electricidad, por DON R. ALVAREZ SEREIX.—*Madrid, 1888. En 8.º, 64 páginas. Precio: una peseta.*

En este folleto expone el autor las interesantes teorías de Clausius y de Hirn respecto á las relaciones que existen entre los grandes agentes de la naturaleza. Estudia, á más de otros puntos, los que siguen: La luz y el calor radiante se derivan de un mismo agente.—Entre el calor y la electricidad hay íntima conexión.—El espacio, según Clausius, lo llena la electricidad y no el antiguo *éter* de los físicos.—Existe un elemento dinámico capaz de hacer que la materia salga del reposo sin ningún movimiento anterior.—Los fenómenos eléctricos no pueden atribuirse á vibraciones atómicas.—Naturaleza real del calor.—Relación íntima entre la esencia misma del movimiento y la de la fuerza.

La gran fama de que merecidamente disfrutaban los ilustres sabios cuyas opiniones da á conocer el Sr. Alvarez Sereix en su opúsculo, hacen que éste sea digno de atenta lectura.

* *

Barcelona tal cual es, por DON JUAN VALERO DE TORNOS.—*Barcelona, 1888.—En 4.º, 236 páginas.—Precio, 3 pesetas.*

El distinguido escritor Sr. Valero de Tornos, da á conocer la importante ciudad condal bajo todos sus aspectos. Describe los teatros, el Ateneo,

los círculos y clubs, los periódicos y la Exposición; pinta con mucho grajejo las costumbres de Barcelona, sus cualidades y defectos. Es, en suma, el trabajo del Sr. Valero, digno de aplauso por la imparcialidad y buen gusto que en él resplandecen.

* *

Les frontieres de la folie, por el DR. A. CULLERRE.—*París, J.-B. Baillière et fils, editores, 1888.—En 8.º, 358 páginas.—Precio, 3,50 pesetas.*

Diez capítulos á cual más interesante, forman este libro, de lectura tan amena como instructiva. En ellos trata el autor sucesivamente, de la locura, la herencia y las degeneraciones intelectuales y morales; los víctimas de una obsesión; impulsivos; excéntricos; perseguidores; místicos; pervertidos; sexuales; cuestiones de medicina legal; locura y civilización. Toda persona amante de la ciencia y no dominada por preocupaciones, encontrará seguramente en la obra del sabio médico M. Cullerre, cuanto ha menester para darse cuenta de las cuestiones más oscuras de psicología morbífica.

El número considerable de observaciones curiosísimas que registra el autor; lo variado y transcendental de la materia que estudia, hacen de este libro uno de los mejores de la «Biblioteca Científica contemporánea» que dan á luz los diligentes editores de París, MM. J.-B. Baillière et fils.

A la misma pertenece también el volumen titulado *Variations de la personnalité*, escrito por los doctores Bourru y Burot, Catedráticos de la Escuela de Medicina de Rochefort, que ilustran quince hermosos fotogra-

bados. Basta el título para que se adivine el interés de la obra, y de su mérito responde la fama de los entendidos autores.

* * *

Instituto de Vitoria.—*Memoria del curso de 1886 á 1887, leída por el DR. D. ANTONIO POMBO, Catedrático de Historia Natural y Secretario de dicho establecimiento.*

El digno Secretario del Instituto de Vitoria, reseña á grandes rasgos las variaciones ocurridas durante el último curso. Ya que no podemos seguir á dicho señor en sus acertadas reflexiones, trasladaremos algunos datos. En el curso de 1886 á 87, se matricularon 189 alumnos, siendo de enseñanza oficial 141, y 48 de la doméstica, dando un total de 481 inscripciones. Entre las épocas ordinaria y extraordinaria de exámenes, tomaron parte 354 alumnos de enseñanza oficial, 82 de la doméstica y 75 de la libre, obteniendo 44, 8 y 5, respectivamente, la honrosa nota de sobresaliente. Se adjudicaron 13 premios y 7 menciones honoríficas; y pretendieron el grado de Bachiller en Artes 29 alumnos, de los que fueron calificados 4 con la nota de sobresaliente, 24 con la de aprobado y 1 con la de suspenso. La biblioteca y el gabinete de Historia natural, se han enriquecido con valiosos objetos, merced al celo de los profesores del establecimiento.

* * *

La liberté de la volonté, par O. K. NOTOVITCH.—*París, Félix Alcan, editor, 1888. En 8.º, 256 páginas. Precio: 3,50 pesetas.*

Notovitch, que es uno de los escri-

tores rusos más distinguidos y redactor jefe de las *Noticias* de San Petersburgo, acaba de publicar en la acreditadísima casa editorial de Alcan, con el título *La liberté de la volonté*, una obra que merece fijar la atención de los pensadores.

De la solución del problema del libre albedrío depende, no solamente la inteligencia de todas las bases psíquicas y físicas del sér humano, sino también la fijación y coordinación de todas las relaciones políticas y sociales de la humanidad.

Primeramente el autor examina y discute las doctrinas de Schopenhauer y luego aborda los problemas que siguen: *la ley y la vida, la ley moral, la reglamentación legal y la autoridad de la opinión pública, los delitos resultantes de la vida social contemporánea, la responsabilidad y la penalidad*, etc. Este estudio ofrece aún mayor interés porque procede de un país cuyas producciones filosóficas son poco conocidas.

* * *

Magdalena Ferat, por EMILIO ZOLA.—*Versión castellana de ENRIQUE MARTÍNEZ.*—*Madrid, «El Cosmos Editorial,» 1888.—En 8.º, 444 páginas. Precio, 3 pesetas.*

Magdalena, hija del obrero Ferat, que se enriquece después de diez años de un trabajo ímprobo, y que se arruina en dos días por las especulaciones á que le lleva el deseo de aumentar el capital de su hija, es un carácter digno de estudio. Educada en uno de esos colegios en que las colegialas, al salir de él, están completamente ignorantes «de todo lo que no sea el arte de no chafar los pliegues de su vestido ó de entrar en un salón como

la coqueta más consumada,» se transforma de tal manera al sufrir los embates de la vida, que acaba envenenándose, para huir del horrible martirio que la causa el recuerdo de sus faltas.

Guillermo de Viargue, su marido, prototipo de inocencia y debilidad, con sus orgullos de raza; la fanática protestante Genoveva, y el *matrimonio de tres*, son tipos tan raros, que casi nos atreveríamos á asegurar que no tienen nada de reales.

La misma casa ha dado á luz *El Marqués de Villemer*, preciosa novela de Jorge Sand, en que la ilustre autora da gallarda muestra de su rica fantasía. Forma un bonito tomo con portada de colores, que se vende á peseta.

* * *

Publicaciones de Cortezo. — *Barcelona*, 1888.

Acaba de distribuir el inteligente editor D. Daniel Cortezo los cuadernos 167 á 171 de la importantísima obra *España*. Prosigue en ellos la descripción de Valencia por D. Teodoro Llorente; termina la de Extremadura por D. Nicolás Díaz y Pérez, y empieza la de la provincia de Burgos, por D. Rodrigo Amador de los Ríos. Son muy notables también los cuadernos 51 á 60 de *Las grandes capitales*. Entre el gran número de primorosos dibujos que contienen, citaremos, por su mérito especial, los que representan: la puerta del hotel Cluny, la Escuela de Farmacia, el Liceo Carlomagno y la Biblioteca nacional, de *París*; ruína de los acueductos de Claudio, palacio Farnesio, el monte Aventino y Santa Sabina, y ruínas de Palatino, de *Roma*; castillo de Kenilworth, castillo de War-

wick y vista de Oxford, de *Londres*.

También se ha repartido el tomo segundo y último de la notabilísima novela rusa del célebre Conde León Tolstoi, titulada *Ana Karenine*, traducida ya en las principales naciones de Europa, y el tomo segundo de la *Conquista de Méjico*, de López de Gomara.

* * *

Annuaire de l'enseignement primaire. — *París*, A. COLIN, 1888. — *En 6.º*, 630 páginas. — *Precio*, 2 pesetas.

Este utilísimo *Anuario* se publica bajo la dirección de M. Jost, inspector general de la Universidad. Sus páginas están nutridas de datos. Contiene la primera parte: personal de la Administración central y de la enseñanza primaria en los departamentos; resumen cronológico de las actas oficiales relativas á la enseñanza primaria; estadística de ésta y distinciones honoríficas concedidas. En la segunda parte, figura una serie de artículos muy curiosos. Tales son, entre otros, los denominados: *Situación del maestro en el extranjero*, por Jost; *Lo que se ve en el cielo*, por F. Hément; *La música en la enseñanza primaria*, por Dupaigne; *Revista geográfica del año*, por P. Foncin, etc.

* * *

Principios de ciencia social, por H. C. CAREY, compendiados de la edición de Filadelfia de 1883, por MIGUEL CABEZAS. — *Madrid*, 1888. — *En 4.º*, 517 páginas. *Precio*, 6 pesetas.

Básase esta obra en la de igual título, escrita por el sabio economista, M. Carey, quien resume en ella los

principios del valor, de la riqueza y de la distribución del producto del trabajo; refuta brillantemente las teorías de Malthus y Ricardo; demuestra la identidad de las leyes físicas y sociales, y expone el conjunto de sus doctrinas con un plan perfectamente meditado.

Como observa el Sr. Cabezas, el trabajo de M. Carey está llamado á ejercer benéfica influencia en las generaciones futuras, y llegará á hacer que se olviden las teorías del libre-cambio, que perturban los pueblos modernos, y sostienen el antagonismo entre clases cuyos intereses son armónicos, y que, si se ayudaran mutuamente, no se detendría el progreso moral y material, cual ahora ocurre.

D. Miguel Cabezas ha conseguido compendiar con mucho acierto los tres voluminosos tomos de la obra de M. Carey.

* * *

El cuarto Poder.—*Novela de costumbres* por ARMANDO PALACIO VALDÉS.—Madrid, tipografía de Manuel G. Hernández, 1888.—Dos tomos en 8.º, de 290 y 338 páginas. Precio, 6 pesetas.

Acabamos de leer esta notabilísima obra y pensábamos exponer nuestras favorables impresiones, cuando cae en nuestras manos el artículo que le dedica el brillante periodista *Kasabal*. Preferimos copiar algunos párrafos de aquél:

«Palacio Valdés—dice—presenta en la novela en que nos ocupamos, dos preciosos tipos copiados admirablemente de la vida real. Son dos hermanas, Cecilia y Ventura; la mayor es un prodigio de perfecciones morales, no es muy guapa, pero es

muy buena; la menor, Ventura, es un encanto en cuanto á lo físico; pero si está adornada de gran hermosura, que ella procura por todos los medios hacer resaltar, está desprovista por completo de sentido moral.

Un hombre de noble corazón y de temperamento ardiente, Gonzalo, se siente inclinado á la primera; tímido en demasía, no se atreve á declararle su pensamiento, y sólo la distancia que un largo viaje ha puesto entre él y el objeto de sus amores, le da la audacia para manifestar el estado de su alma.

Sus pretensiones son bien acogidas; Cecilia, la mujer buena, ama á aquel hombre, y en una correspondencia que hace necesaria la ausencia, se ponen en contacto aquellas dos almas que han nacido la una para la otra.

Gonzalo vuelve de un largo viaje, en que ha visto mucho, en que su espíritu se ha desarrollado, al pueblo natal donde vive el objeto de sus amores. La ve, y después de las primeras emociones, encuentra fría á aquella mujer, cuyo pensamiento llena su vida; y no es que Cecilia sea fría ni indiferente; ama apasionadamente á Gonzalo, pero á pesar de ser aquél hombre su prometido, á pesar de estar ya fijado por las dos familias el día de la boda, pone todo su empeño en ocultar sus emociones, y ni sus palabras ni sus miradas revelan nada del inmenso amor de su corazón, de las ternuras delicadas de su alma.

Palacio Valdés ha hecho una delicada pintura de la preparación del equipo de boda de Cecilia. Al lado de ésta, ocupada sólo en coser, en trabajar y ocultando cuidadosamente las emociones tiernísimas que la embargan, al compás de la aguja y de las

tijeras, sin hacer de ellas confidente al hombre que adora, descuella Ventura, un portento de juventud, de gracia y de hermosura.

Sus elegantes trajes de casa están hechos expresamente para poner de relieve sus perfecciones físicas, y aprovecha los detalles más insignificantes de la conversación para mostrar su ingenio.

La mujer fría hiela á Gonzalo, al mismo tiempo que la mujer hermosa y expansiva inflama la sangre en sus venas, y al mismo tiempo que su amor se desvía de Cecilia se reconcentra inmenso y vehemente en Ventura.

¿Qué ha hecho la primera para detenerle? Nada. ¿Qué hace la segunda para halagarle? Cuanto está en su mano. Gonzalo, que es un hombre leal, no puede llevar al altar á la mujer que ya no quiere, y el conflicto estalla en el seno de la familia.

En el medio que Ventura adopta para resolverle en su favor, se demuestra ya su perversidad; Cecilia se resigna, y ocultando las penas que desgarran su alma, como ocultó sus alegrías, fría é indiferente al parecer cuando es desgraciada, lo mismo que cuando era feliz, prepara la boda de su hermana lo mismo que preparaba la suya, haciendo que las gentes crean que no tiene corazón.

Y el drama continúa más interesante después de aquel matrimonio, que labra la desventura de Gonzalo, y anonada con la tragedia final á toda la familia.

Palacio Valdés lleva con mano maestra la lucha de afectos y pinta magistralmente los caracteres.

Pero en donde el notable novelista se muestra como un pintor de primer orden, es en el cuadro en que se destacan las figuras principales.

La acción de la novela se desarrolla en una villa marítima de nuestras provincias del Norte, y Palacio Valdés, que es el Pereda de Asturias, despliega todas sus brillantes cualidades de pintor de costumbres, uniendo el espíritu de observación al colorido de su paleta... »

Al mérito grande de la novela corresponde lo esmerado de la impresión, la cual, por su pulcritud, buen gusto y elegancia, honra al laborioso y conocido tipógrafo D. Manuel Ginés Hernández.

*
* *

Academia de Medicina.—*Discursos leídos para la recepción pública del académico electo D. JOSÉ DE LETAMENDI el día 5 de Febrero de 1888.*—*En 4.º, 53 páginas.*

Disfruta el Sr. Letamendi merecida fama de escritor, filósofo, anatómico, etc., razón por la cual no necesitamos detenernos á puntualizar las cualidades que avaloran el discurso en que desenvuelve el tema *Concepto social de la división del trabajo en Medicina*, notabilísimo por la belleza del estilo, la originalidad de las ideas y lo curioso de las observaciones. El Sr. Calleja, médico también ilustre, le contestó en una oración discreta y erudita.

*
* *

Instituto de Segovia.—*Memoria del curso de 1886 á 1887, leída por D. EDUARDO MATEO DE IRAOLA, catedrático de Matemáticas y Secretario del establecimiento.*

Indica el Sr. Iraola los principales cambios habidos eu el curso de 86-87 en el Instituto de que es inteligente Secretario. Se matricularon 139 alumnos, de ellos 101 en la enseñanza

oficial, 12 en la privada y 26 en la doméstica, con un total de 354 inscripciones de matrícula. Se verificaron 345 exámenes, correspondiendo 267 á la enseñanza oficial, 20 á la privada y 58 á la doméstica; en aquéllos, 10 por 100 fueron calificados con la nota de sobresaliente, 14 con la de notable, 18 con la de bueno, 42 con la de aprobado y 16 con la de suspenso; notándose, en comparación del curso anterior, que ha aumentado el tanto proporcional de los sobresalientes, y disminuído el de los suspensos. Solicitaron el grado de Bachiller 18 alumnos, siendo aprobados 16 en ambos ejercicios.

En el edificio que ocupa el Instituto se han hecho importantes obras, y el gabinete de agricultura ha enriquecido sus colecciones. Este centro docente, como los de Toledo y Vitoria, cuenta con un profesorado ilustradísimo que se desvive por la enseñanza de la juventud.

*
*
*

Anuario de primera enseñanza.—*Madrid, 1887. En 4.º, 392 páginas.*

Corresponde este libro al año de 1886; está redactado por D. Santos M. Robledo y D. Manuel Bartolomé Cosío, y contiene multitud de curio-

sos datos estadísticos y disposiciones oficiales; la descripción del Museo de instrucción primaria, y notas sobre reformas en el régimen de la primera enseñanza. Es un trabajo que honra á sus ilustrados autores.

R. A.

*
*
*

L'Extreme Orient, Indo-China, Annam, Tonquín, China y Japón, por PABLO BONNETAIN.—*Volumen grande en 8.º, ilustrado con 450 dibujos del natural.*—*París, 1888.*—*Quantin, editor.*

Este magnífico volumen continúa la colección: «El mundo pintoresco y monumental,» inaugurada con *Inglaterra é Irlanda y Los alrededores de París*. M. Bonnetain, que durante dos años seguidos ha recorrido el extremo Oriente como turista ó corresponsal del *Figaro* y del *New York Herald*, nos había dado muy reducido número de sus impresiones de viaje. Este año las ha reunido todas bajo forma gratísima y bella, siendo al par de viajero, el escritor artista tan estimado. El geógrafo no ha disminuído ni absorbido al novelista, y su libro, maravillosamente editado por la casa Quantin, es atractivo como una novela, exacto como una fotografía.

G.-R.



ÍNDICE DEL TOMO LXIX

Páginas

15 DE ENERO DE 1888

D. Manuel Fernández y González, por la Redacción.....	5
Los presupuestos de enseñanza, por D. Enrique Serrano Fatigati....	7
D. Manuel Iradier Buflý y su obra como explorador en el África ca tropical española, por D. M. Rodríguez-Ferrer.....	24
La inmigración china en Filipinas (conclusión), por D. Ramón Jor- dana.....	42
Socialismo (continuación), por D. Cristóbal Botella.....	49
Brihuega y su fuero, por D. Juan Catalina García.....	65
La mano izquierda (novela, continuación), por Doña Eulalia de Lians.	75
Revista de teatros, por Ramiro.....	84
Crónica política, por A.....	91
Revista extranjera, por S.....	104
Boletín bibliográfico.....	108

30 DE ENERO DE 1888

José de Ribera, por D. Emilio Chaulié y F. de la Riva.....	123
Baza, por D. Nicolás Acero y Abad.....	126
D. Álvaro de Bazán en Granada, por D. Francisco de Paula Valladar.	142
La disolución de un matrimonio, por D. Francisco Lastres.....	162
El trovador murciano, por D. Leopoldo García-Ramón.....	169
Venenos y ponzoñas, por D. Rafael Álvarez Sereix.....	184
Revista de teatros, por Ramiro.....	195
La mano izquierda (novela, continuación), por Doña Eulalia de Lians.	202
Crónica política, por A.....	211
Revista extranjera, por S.....	217
Boletín bibliográfico.....	221

15 DE FEBRERO DE 1888

El Jurado y la agricultura en España, por D. Anselmo R. de Rivas..	225
D. Álvaro de Bazán en Granada, por D. Francisco de Paula Valladar.	237
Brihuega y su fuero (continuación), por D. Juan Catalina García....	248
El jubileo pontificio y el Gobierno de Italia, por D. Joaquín Sánchez de Toca.....	258
Variedades, por D. Rafael Álvarez Sereix.....	276
Aficiones artísticas del obrero, por D. Manuel Lorenzo D'Ayot.....	287
Revista de teatros, por Ramiro.....	298
La mano izquierda (novela, continuación), por Doña Eulalia de Lians.	307
Crónica política, por A.....	318
Revista extranjera, por S.....	326
Boletín bibliográfico.....	331

29 DE FEBRERO DE 1888

Ginés Pérez de Hita, por D. Nicolás Acero y Abad.....	337
Socialismo (continuación), por D. Cristóbal Botella.....	353
D. Alvaro de Bazán, por D. Fernando de Gabriel.....	370
Cartas de París, por D. Leopoldo García Ramón.....	371
Las Ordenanzas de policía urbana en 1591, por D. Carlos Cambro- nero.....	381
El jubileo pontificio y el Gobierno de Italia (conclusión), por D. Joa- quín Sánchez de Toca.....	393
Dos cartas acerca de la acción del aceite en el mar, por D. Rafael Álvarez Sereix y D. Pedro de Novo Colson.....	404
Revista de teatros, por Ramiro.....	413
La mano izquierda (novela, continuación), por doña Eulalia de Lians.	423
Crónica política, por A.....	433
Revista extranjera, por S.....	441
Boletín bibliográfico.....	445

15 DE MARZO DE 1888

Pedro Fernández de Lorca, por D. F. Cáceres Plá.....	449
Las Cámaras inglesas, por D. R. Alvarez Sereix.....	461
El día heroico de Barcelona, por D. Arsenio del Pozo Cadórniga...	471
Apuntes de un viaje por Argelia y Túnez, por D. Francisco Pons...	480
La Montálvez, por D. Palmerín de Oliva.....	495
El Congreso científico internacional de católicos, por R.....	507
Brihuega y su fuero (continuación), por D. Juan Catalina García...	511
La mano izquierda (novela, continuación), por Doña Eulalia de Lians.	524
Revista de teatros, por Ramiro.....	533
Crónica política, por A.....	542
Revista extranjera, por S.....	552
Boletín bibliográfico.....	557

30 DE MARZO DE 1888

La pintura vítrea en Francia, por D. Leopoldo García Ramón.....	561
Don Bosco y la caridad en las prisiones, por D. Francisco Lastres..	576
Ginés Pérez de Hita, por D. Nicolás Acero y Abad.....	594
Los discípulos de Catalina de Siena, por D. Adolfo de Sandoval....	610
Apuntes de un viaje por Argelia y Túnez (continuación), por D. Fran- cisco Pons.....	627
La mano izquierda (novela, continuación), por Doña Eulalia de Lians.	636
Revista de teatros, por Ramiro.....	646
Crónica política, por A.....	656
Revista extranjera, por S.....	660
Boletín bibliográfico.....	664

MADRID, 1888.—Tip. de Manuel G. Hernández, Liberad, 16 dup.º
Teléfono 934.